



ROBINSON ROJAS

¡Estos mataron a Kennedy!

Reportaje a un golpe de estado

EDICIONES ARCO

Santiago de Chile

Es propiedad.
Derechos reservados para todos los países.
Inscripción N° 29328

1a. Edición
2 de Noviembre de 1964

Impreso y hecho en Chile.
Hispano Suiza Ltda. - Santa Isabel, 0174
Santiago-Chile.

DEDICATORIA

A la pequeña legión de periodistas latinoamericanos y norteamericanos, anónimos en su mayoría, que cada día son humillados, son ofendidos y hasta torturados moralmente, porque están empeñados en una peligrosa tarea: descubrir la verdad.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Este libro fue escrito en enero de 1964. Su demora de nueve meses para encontrar editor, es la historia de un peregrinaje contra el miedo a revelar la verdad. Cuando el 28 de septiembre, la Comisión Warren hacía conocer el resultado de sus "investigaciones", "ESTOS MATARON A KENNEDY" recién iba a entrar en prensa. Para su autor, no hubo novedades en lo que el Informe Warren afirmaba, por lo tanto, este libro no ha cambiado ni una sola frase desde su génesis en enero de 1964. Y no hubo novedades, porque ¡el autor ¡sabía qué diría el Informe Warren! Y lo sabía, porque la Comisión Warren, al revés de lo que todo el mundo cree, no se reunió para "descubrir" quienes realmente mataron a Kennedy, sino para "demostrar" que Oswald lo hizo solo, y que en él terminaba todo. La Comisión Warren, en definitiva, sólo terminó el trabajo que el pequeño gángster Jack Ruby inició el 24 de noviembre, al asesinar a Oswald.

Bueno resulta que ustedes se enteren de la declaración del más notable ideólogo liberal contemporáneo, sir Bertrand Russell, al conocer el Informe Warren:

"El asesinato del Presidente norteamericano afecta la paz del mundo. Una conspiración para matarlo tendría graves consecuencias. Sólo por esta razón, la Comisión Warren tenía que explicar las desconcertantes anomalías ocurridas en el asesinato; y posteriormente, con todos los recursos de la Casa Blanca, el FBI, el Servicio Secreto, la policía de Dallas, la C/A y otras agencias gubernamentales a disposición de la Comisión, su informe fracasa evidentemente en despejar las dudas

sobre la verdad original del asesinato. Hemos visto alteración de evidencia médica, tres versiones oficiales contradictorias del asesinato, la circulación de la descripción de Oswald más de 20 minutos antes que fuera muerto Tippit ¡como asesino de Tippit!, informe fabricado por las autoridades de Dallas, testigos presenciales ignorados, mentiras sobre el número de balas, un desfile de distorsiones y evidencias fabricadas. La Comisión Warren está en sí misma compuesta de hombres tan relacionados con las agencias de investigación de los Estados Unidos, que son inaceptables para formar jurados".

R. R., octubre de 1964.

PROLOGO

Pasaré mucho tiempo sin que el mundo pueda saber a ciencia cierta "quiénes mataron a Kennedy".

Pero la interrogante de la multitud debe ser satisfecha por investigadores responsables que de alguna manera, den al mundo una respuesta exacta frente a un hecho histórico de tan vastas proyecciones en el futuro inmediato de nuestro tiempo.

Alguien que conversó con Kennedy, días antes que una bala asesina le destruyera el rostro y le cegara la vida, nos contaba que ninguna fotografía había logrado transmitir la imagen verdadera del Presidente, que era alto de figura esbelta, de mirada azul y profunda con su pupila misteriosamente dilatada, que parecía un poderoso lente humano proyectado hacia el porvenir del mundo. Su pelo rojo rebelde parecía dar un marco soberbio a su rostro que se caracterizaba por una mandíbula poderosa y firme.

Otro era el Kennedy débil y "encogido" que nos lograba proyectar la radiofoto. Así tampoco las Agencias Noticiosas fueron capaces de entregarnos, en sus lacónicos cables, su verdadero pensamiento.

Todo esto quizás produjo una falta de contacto espiritual entre nuestra generación y el mensaje que — sin duda alguna— trajo John F. Kennedy al mundo de nuestros días.

En una hora de profundas transformaciones, cuando los viejos valores jugaban sus descuentos, en el país más poderoso del mundo, aparecía un gobernante diferente.

Los E.E.U.U., vencedores de dos guerras mundiales, parecían los llamados a conservar por mucho tiempo el

liderazgo del mundo occidental. Los que derrotaron a Europa lograban a través de un Plan Marshall hacer florecer de nuevo la vida en el viejo continente. Mantenían poderosos ejércitos en todo el mundo y un cordón de acero, de proyectiles y cohetes, guardaba las fronteras de su influencia de la otra parte de la humanidad socialista. Mientras mantuvo el monopolio del secreto atómico, controló a su antojo la paz y la guerra, en peligrosos ensayos en Corea y en el Viet-Nam.

Sin embargo, ciegos a las realidades objetivas de la historia, trataron de ignorar las realidades dramáticas del interior de su país, las temibles desigualdades entre blancos y negros, las criminales incursiones del Ku Klux Klan, el sombrío temor de la maffia y la sorda rebeldía de los 17.000.000 de norteamericanos que según las propias palabras de Kennedy, quedan cada día sin almorzar.

Todos estos factores, unidos al hecho de que la historia camina hacia adelante, hicieron que los E.E.U.U. fuera perdiendo sus condiciones de líder occidental. Y tal vez, el hecho más grave de la pérdida de su influencia mundial no esté en su desventaja en la conquista del espacio, sino en el hecho de no haber entendido a tiempo que tenían el deber de conquistar al hombre de la tierra y sobre todo, ganar la confianza y no el rencor de esta familia de 200.000.000 de seres humanos que pueblan la América Latina.

No fue un hecho casual el recibimiento que hicieron los pueblos a Nixon en su gira por nuestro continente como tampoco fue producto de la casualidad, el triunfo de la revolución cubana, ocurrido en vísperas del término del último gobierno republicano de los E.E.U.U.

En este cuadro que abría la pendiente de la declinación norteamericana, entró en escena un hombre de la talla de Kennedy.

Llegó al poder para tratar de recuperar el prestigio perdido de su país en el mundo y para ello impulsó el desarrollo de la coherencia experimental hasta alcanzar un nivel parecido al de la Unión Soviética y cuando lo hubo logrado, firma el tratado de proscripción de los experimentos nucleares y desafía al mundo proponiendo que sea un ruso y un norteamericano juntos los que lleguen a la luna; capta el drama de los millones de negros discriminados y formula su reforma a la ley de igualdad de derechos civiles; habla en una concentración multitudinaria de negros y logra transformar el rostro sombrío de los preteridos en una mirada de esperanza; formula un plan ambicioso para la América Latina y trata de transformar el imperialismo en una alianza de pueblos para el progreso.

Toda esta lucha la realiza con un coraje que logramos apreciar sólo después de su muerte, cuando conocimos su afán por abrirse camino en un medio hostil que, desde adentro, trataba de frenar sus impulsos revolucionarios.

Sólo ahora, sabemos cuan grande fue la batalla librada por él y como sus enemigos lo combatieron desde la sombra, hasta acabar con su vida.

Este libro trata de descifrar el enigma de nuestro tiempo, de señalar las fronteras que separaban a Kennedy de los sectores reaccionarios de su país que deseaban perpetuar la vergüenza de la desintegración racial, el negocio de la guerra, la explotación del imperialismo. El inmenso poder de los 1.000 norteamericanos que controlan toda la maquinaria económica de los Estados Unidos y que no estaban dispuestos a ceder en las conquistas alcanzadas por los círculos financieros que ahogan el alma norteamericana y detienen el progreso de muchos pueblos de la

tierra.

Kennedy estaba contra ellos y el autor de este libro a través de sus páginas, nos va mostrando en un lenguaje rudo la magnitud del poder del dólar acumulado y la impotente batalla de un hombre por conseguir que su país cumpla un rol histórico en función del interés superior de la humanidad y no del mezquino interés del negocio y del dinero.

Kennedy vivió para dar un testimonio distinto y murió combatiendo; de aquí nace nuestro respeto y admiración por su figura gigante.

De aquí nace también, nuestra indignación por su asesinato frío y calculado, realizado por aquéllos que creen que su poder es eterno y que pueden seguir deteniendo el curso de la historia con la mano.

La mano asesina que detuvo la vida del presidente mártir está metida en cada nación de la historia de nuestro continente; ayer, derrocando presidentes democráticos, alentando dictaduras criminales, protegiendo a las naciones privilegiadas, apretando el gatillo contra multitudes indefensas, sacrificando pueblos y haciendo más dura la explotación del imperialismo.

El mundo exige que se haga luz sobre este hecho que cubrirá de vergüenza a muchas generaciones de norteamericanos, luz que aún está lejos, pero que contribuye a acercarla a nuestros días el valeroso testimonio en defensa de los verdaderos valores humanos que hace el autor de este libro en su vigorosa denuncia de los asesinos de Kennedy.

Patricio Hurtado Pereira

Alberto Jerez Horta

PROLOGO PARA LATINOAMERICANOS

América Latina es la región más mal informada acerca de los Estados Unidos. Nos ocurre lo que a la empleada doméstica, cuyo mundo es el fondo de la casa. Ella sabe algunos detalles íntimos del patrón, pero no conoce cómo se gana la vida de verdad, y por qué consigue llegar con tanto dinero a la casa. América Latina también vive en el "patio de atrás" de Estados Unidos, y no conoce cuál es el verdadero oficio, no del pueblo de Estados Unidos, porque los oficios de los pueblos son todos iguales, sino cuál es la profesión del "gran patrón": los que gobiernan el gobierno de Estados Unidos.

Por eso, no habrá sorpresa cuando, por ejemplo, la Comisión Presidencial de Investigación norteamericana, diga en un futuro próximo:

"Hemos llegado a la siguiente conclusión: Primero... Oswald, actuando en la soledad de su desequilibrio mental, fue realmente el asesino del Presidente John Kennedy; segundo... Ruby, por su parte, también actuó solo en su papel de ejecutor de Oswald; tercero... Oswald y Ruby no se conocían entre sí; y cuarto... no hay prueba de una conspiración, ni extranjera ni doméstica, para deshacerse de Kennedy".

Esta es la conclusión que ya se señala como final,

de la comisión especial que preside el Pdte. de la Corte Suprema de los Estados Unidos, Earl Warren. En 1942, Warren fue elegido gobernador de California. Diez años más tarde, W. M. Keck, de la Superior Oil, y Jack Smith, rico empresario en negocios de petróleo, dijeron que la industria petrolera había financiado la campaña de Earl Warren.

Sin embargo, en la conclusión final que se ve venir, de cuatro puntos, hay cuatro falsedades; primero... Oswald no actuó solo; al revés, fue alquilado para el trabajo; segundo... Ruby mató a Oswald para "cerrar el caso"; tercero... Oswald y Ruby se conocían y hay testimonios; y cuatro... hay muchas pruebas de que Kennedy murió víctima de una conspiración. Y todo eso, lo voy a demostrar en este reportaje.

Y este reportaje tiene forma de libro, porque América Latina está mal informada sobre Estados Unidos, porque los medios de difusión de nuestra América Latina (Chile incluido) dicen la verdad sólo a medias. No hay "pureza de información" en nuestra región, porque los medios de difusión, en su mayoría están comprometidos. Y los que no están comprometidos, sufren la ineludible presión de medios políticos y económicos, cuya mecánica de actuación es ésta: o dicen lo que nosotros queremos o les retiramos los avisos con que financian su existencia; o dicen lo que queremos, o nuestra "influencia política" la dedicaremos a hundirlos. (Recuerden que en Chile las concesiones de radio, por ejemplo, son facultad exclusiva del Ejecutivo).

Entonces, con este cuadro general, el latinoamericano no puede entender qué clase de complot podría haber derrocado a Kennedy, asesinándolo.

Sospechan del problema racial, de los negros. Pero el

latinoamericano se sorprendería de saber que el problema racial, es problema meramente electoral... no reviste gravedad, como para constituir causa de asesinato de un presidente. (Ni siquiera Lincoln fue asesinado por esa causa). En Estados Unidos hay un máximo de 20 millones de negros. De ellos, un máximo de cinco millones constituyen fuerza laboral. Como actualmente en ese país hay cerca de siete millones de cesantes... la igualdad de derechos para ser empleados, no afecta en nada el cuadro actual de la economía yanqui.

La rebelión de los negros, alentada por John Fitzgerald Kennedy, es sólo una herramienta secundaria de otra gran rebelión intentada por el presidente asesinado: la rebelión del Gobierno de Estados Unidos contra los poderes económicos que siempre lo dominaron... y le dieron órdenes. Y en ese fondo oscuro de la vida norteamericana, se gestó la muerte del presidente.

Ustedes no podrán encontrar una coordinación entre estos hechos: invasión de Guatemala en 1954 y doblaje del negocio en las grandes casas comerciales de Boston. Entrada de Estados Unidos a la primera Guerra Mundial, y doblaje de las ganancias de los bancos de la casa Morgan en Nueva York. Revolución en Cuba, y liquidación de las ganancias de grandes compañías de Chicago y Nueva York. Asesinato del presidente Kennedy y la renovación de las actividades del petróleo, con súbita confianza en el nuevo gobierno.

La coordinación entre esos hechos, se las voy a contar en el transcurso de este reportaje.

La realidad económica de Estados Unidos es ésta: la acromegalia fabulosa de los negocios privados, ha creado imperios particulares económicos, con este resultado: ¡no más de mil personas tienen en sus manos todas las

riquezas naturales de ese país de 200 millones de habitantes, y tienen en sus manos la explotación de esas riquezas naturales. Y las ganancias son para esos mil, no para todo el pueblo yanqui. Entonces, esos mil norteamericanos gobiernan Estados Unidos, porque tienen en su cerco de dólares al Congreso Nacional y a la Corte Suprema, y a los gobiernos de los estados!

Contra esos mil norteamericanos, estaba luchando John Kennedy... y estaba a punto de ganar. Le bastaba ser reelegido en 1964. Y todo indicaba que así ocurriría. Es decir, por primera vez en 80 años, el pueblo yanqui iba a cobrar lo que era suyo, a costa de las ganancias increíbles de mil norteamericanos.

Así, la conspiración del 22 de noviembre, tendría que haber nacido en Nueva York, llegado a Washington, y realizarse en Dallas. La conspiración de los mil norteamericanos. Esa conspiración necesita todo este libro para ser explicada.

Róbinson Rojas

Santiago de Chile, enero de 1964.

PRIMERA PARTE

"Ellos"

*"Dile que el mucho dinero ha asesinado hombres
y los ha dejado muertos años antes de su entierro;
y que la búsqueda del lucro más allá de simples
necesidades
ha convertido a hombres bastante buenos,
algunas veces, en gusanos secos y retorcidos"*

(EL PUEBLO, Sí; de Carl Sandburg)

El automóvil negro, Lincoln, de seis asientos, con estructura a prueba de balas, corría suavemente, a 25 kilómetros por hora. El hombre colorín sonreía a algunas personas que lo saludaban desde el borde de la acera. Muy pocas personas. La mujer a su lado, morena y hermosa, también sonreía. El hombre del asiento de adelante levantaba una mano, saludando. A su lado, otra mujer también reía. La mujer se volvió y dijo al hombre colorín:

—Señor Presidente... ellos no pueden hacerlo creer que no hay gente aquí en Dallas, ahora, que lo quiere y lo aprecia.

—No... seguro ...

El automóvil inmenso siguió su marcha, en una curva, para enfrentar un paso a nivel. Un tipo en camisa subió a un banco frente a la caravana y levantó un letrero escrito con esmalte negro. "Señor Kennedy, lo desprecio a usted, por sus ideas socialistas". Después sonó un

disparo. Kennedy se llevó la mano a la garganta y quedó como paralizado. El hombre de adelante se volvió, afirmándose en su brazo izquierdo.

—Dios mío... nos van a matar a todos —gritó el hombre, que se llama John Connally, y se encogió. Una bala lo había herido en la espalda.

—Oh, Dios mío... ellos han muerto a mi marido... Jack... Jack —gritó la mujer morena y se inclinó hacia Kennedy, que comenzaba a curvarse hacia adelante. Un tercer disparo le dio en la espalda y rodó hacia el piso del automóvil Lincoln. La mujer gritó "Ayúdeme... ayúdeme... ellos lo mataron"... hacia el agente de servicio secreto que iba a su lado. El agente se lanzó sobre el auto gritando: "Salgamos de aquí y vamos al hospital". Cubrió a Jacqueline Kennedy con su cuerpo.

Viernes 22 de noviembre de 1963. Hora: 12 horas y 31 minutos.

Así ocurrió la escena, de cinco segundos de duración, de acuerdo al testimonio del propio gobernador de Texas, John Connally, y los films de la escena, rodados por aficionados.

¿Quién asesinó al presidente John Fitzgerald Kennedy? La mujer Jacqueline Bouvier, esposa del presidente, gritó desesperada: "Ellos han muerto a mi marido". ¿Quiénes son "ellos"?

Este reportaje intentará dibujarlos. Intentará explicar la identidad de "ellos", los que regalaron el cadáver de su padre, en el día de su tercer cumpleaños, al niño John Kennedy, hijo.

El autor de este reportaje, es el único periodista chileno que llegó a Estados Unidos, el sábado 23 de noviembre, a cubrir los sucesos desencadenados por el asesinato de John Kennedy. Este periodista, especialista en asuntos internacionales, tiene una vasta experiencia

respecto a Estados Unidos, ya que ha viajado, en los últimos cuatro años, cuatro veces a ese país, en misiones periodísticas.

"Ellos"

—Oh, Dios mío... ellos han muerto a mi marido... Jack... Jack.

El alarido desesperado de Jacqueline Bouvier, cuyo vestido rosado comenzaba a mancharse con la sangre de su esposo, resume toda una historia... que, en cuatro líneas, es este párrafo del diario Courtant, de Hartford, Conn:

"El irónico paralelo entre el increíble suceso de ayer en Dallas y el asesinato del presidente Kennedy, ofrece evidencia fresca en el sentido de que existe una enfermedad en la sociedad americana".

¿Qué enfermedad? La enfermedad provocada por "ellos".

Ya que éste es un caso policial, porque envuelve un suceso criminal, acudamos al lenguaje policial: la enfermedad de la sociedad norteamericana, provocada por "ellos", la llamaremos LA MAFFIA.

Pero la maffia no es el grupo grotesco y sonoro, compuesto por los inmigrantes italianos —Costello, Anastasia, Luciano, Valachi, Capone y aun Sinatra—. Estos son el segundo nivel de la maffia. Digamos los mayordomos, o los capataces. La maffia tiene dos niveles en Estados Unidos: el gran dinero y el pequeño dinero.

El gran dinero, es el corazón, el cerebro y el hígado de la maffia. Está compuesta por los gigantescos

consorcios cuyo pulso está en Wall Street, y la sangre corre por todo el mundo —petróleo, que es la gran sangre del gran dinero; el acero, que son los huesos del esqueleto de la maffia; y la manufacturera General Motors, que tiene 8 mil millones de dólares solamente en bienes inmuebles. Los grandes negocios de Estados Unidos, manejados por los 306 millonarios de ese país (cifra del Internal Revenue Service, de fecha 8 marzo 1965), son la maffia. La maffia del gran dinero, que en la mayoría de los últimos cien años ha gobernado la política internacional de Estados Unidos —a través de la Standard Oil de Nueva Jersey (Rockefeller), o de la United Fruit Company y el First National Bank (casa Morgan) —, y también la política económica nacional —derechos exclusivos de General Motors, con alguna asociación esporádica con las compañías petroleras de la costa oeste, y frecuente acuerdo con la industria del acero.

El segundo nivel, el pequeño dinero, lo constituye la maffia que usted conoce, y que de vez en cuando aparece en los diarios, para saciar el deseo de escándalo de los lectores. Usted sabe, el crimen vende mucho como noticia. Pero hay crímenes que venden por partida doble. Por ejemplo el de Kennedy: vendió los diarios y espacios radiales y televisados periodísticos en todo el mundo; y además, constituyó la firma de un contrato por la libertad de acción de mil norteamericanos.

La maffia del pequeño dinero, son los gangsters que controlan el juego ilegal, la prostitución, el tráfico de drogas en los colegios norteamericanos... y algunos políticos. Todo eso, en la medida en que los patrones de estos capataces —el gran dinero—, lo considera adecuado.

Pero todo esto es el paisaje general de "ellos". Vamos

a mirarlos de cerca... y para eso, tenemos que reaprender historia. Sí, porque ocurre que el asesinato del presidente Kennedy fue historia, historia de verdad... como la primera guerra mundial, o la segunda, o la creación de la República de Panamá, o como la elección de Eisenhower. En fin, todo eso que uno aprende en el liceo, como misterioso desplazarse de la existencia de los hombres a través del tiempo. Vamos a descubrir, a través de la historia, la presencia de "ellos". El grupo del gran dinero, por supuesto, que no abre heridas en sus víctimas para sacarles sangre, sino para extraerles petróleo... o tal vez cobre... o quizás hierro... estaño... o plátanos... o asesinar al único presidente que trató de destruirla...

Aprendiendo historia

El día 2 de abril de 1917, el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, habló ante el Congreso, y dijo, en parte: "Es un deber penoso y opresivo, caballeros del Congreso, el que me he impuesto al dirigirme a ustedes. Hay, puede ser, muchos meses de tremendo esfuerzo y sacrificio delante de nosotros. Es un hecho aterrador dirigir este grande y pacífico país a la guerra, a la más terrible y desastrosa de todas las guerras. La civilización misma parece estar en la balanza. Pero el derecho es más precioso que la paz, y nosotros debemos luchar por las cosas que siempre hemos llevado más cerca de nuestros corazones, por la democracia, por el derecho de aquellos que se someten a la autoridad para tener una voz en sus propios gobiernos, por los derechos y las libertades de las naciones pequeñas,

por un dominio universal del derecho de aquellos pueblos libres, que traiga paz y seguridad a todas las naciones, y haga al mundo, por fin, libre".

Estados Unidos había entrado a la guerra mundial. Ocho millones de personas murieron. Veintiún millones quedaron heridos. Doscientos mil millones de dólares se gastaron en la Primera Guerra Mundial. El First National Bank, de J. P. Morgan, ganó en la venta de armas 363 millones de dólares. Una suma tres veces superior fue concedida, por la misma casa Morgan, como empréstito "para recuperación".

En julio de 1919, en Saint Louis, la conciencia del presidente Wilson se hizo insoportable, dijo: "La guerra fue una guerra industrial y comercial".

¿Qué quería decir esto? Era la presencia de "ellos". El grupo del gran dinero.

¿Pueden "ellos" empujar a un gigantesco país como Estados Unidos a la guerra?... Pueden. Y lo demostró el senador Gerald Nye, en la primavera de 1935, cuando se iniciaron las investigaciones senatoriales sobre la industria de las municiones y los métodos para preservar la neutralidad de Estados Unidos en guerras extranjeras. Gerald Nye citó a declarar a J. P. Morgan a su comisión.

Después, el senador Nye habló de los "créditos de Morgan" y de su poder en el Departamento de Estado, y concluyó diciendo:

"Y es así como fuimos a la Guerra. No lo hicimos para salvar el régimen democrático en el mundo, siino para evitar un pánico financiero".

La conclusión final de la Comisión Nye fue que ningún otro factor ha sido tan poderoso en la entrada de Estados Unidos a la guerra, como "la presión de los banqueros sobre el gobierno a fin de que se permitiese

la concesión de créditos ilimitados a los aliados".

Los créditos los concedió la casa Morgan.

El historiador Walter Millis, afirma: "La industria y la finanza, encabezados por la Casa Morgan, se empeñaron en crear la red económica que llevó continuamente a complicarse más y más en una alianza económica con los aliados, y, en consecuencia, a colocarse más y más cerca de la guerra con Alemania".

Las armas las vendió la casa Morgan. Pero al contado. 363 millones de dólares. Y también vendió secretos militares a los ingleses en 1915, antes de que Estados Unidos entrara a la guerra.

Y después de la victoria, había que recoger bien los dividendos. Miembro de la Comisión de Reparaciones, por los Estados Unidos, en el Tratado de Versalles, fue nombrado Thomas Lamont... alto ejecutivo de la Casa Morgan.

Pero falta un detalle: el general John Pershing, jefe supremo de las fuerzas norteamericanas en la guerra era uno de los mayores accionistas de la casa Morgan. Este es el mismo general que, en 1916, invadió México, al mando del ejército norteamericano. Detrás de él llegaron la Standard Oil y la Shell, que explotarían el petróleo mexicano hasta 1938, cuando fue nacionalizado.

Así actúa el grupo del gran dinero, en forma limpia y efectiva. Tan limpia y efectiva como una faena de asesinato.

Y el grupo del gran dinero, que controla a ratos — ratos históricos, de largos años— el gobierno de Estados Unidos y compra a algunos políticos de ese país, no tiene patria. Pero tiene bandera: la bandera es blanca, con un signo en el centro: U\$S.

Al comienzo de la segunda guerra mundial ocurrió una

desinteligencia entre el grupo del gran dinero y el Departamento de Estado. En verdad, la desinteligencia venía de antes, porque gobernaba Estados Unidos Franklin Délano Roosevelt, hombre difícil de comprar o de chantajear por la General Motors o la Standard Oil de Nueva Jersey. Ocurre que el grupo del gran dinero no quería la guerra, porque sus intereses financieros estaban vinculados a los miembros japoneses y alemanes de esa honorable sociedad. Es decir, los contrincantes en la lucha por la democracia, que al final, resultó doblaje de riqueza para el grupo.

El ejército de Estados Unidos necesitaba tanques para combatir las hordas nazis en África, sobre todo. La General Motors se negó a fabricarlos. Nadie la acusó de traición. Es miembro de la honorable sociedad, y la honorable sociedad controla bien... muy bien, los medios de información en los Estados Unidos.

En plena guerra, el senador Harry Truman, denunció a dos gigantes de la maffia del gran dinero: a la Standard Oil de Nueva Jersey y la Casa Dupont de Nemours. Era la Comisión senatorial para investigar la Defensa Nacional. La denuncia era así:

La Standard Oil de Nueva Jersey tenía compromisos de exclusividad con los trusts alemanes, controlados por Adolfo Hitler. El compromiso era que la Standard Oil no podía entregar a ningún país beligerante con Alemania nazi, las fórmulas del caucho sintético y otros implementos para la fabricación de tanques pesados. Pues bien, el 8 de diciembre de 1941, Estados Unidos entró a la guerra, y la Standard Oil de Nueva Jersey se negó a entregar las fórmulas al gobierno de Estados Unidos. Las fórmulas que servían a los nazis para matar a miles de soldados aliados. Pero los ejecutivos de la Standard Oil (Rockefeller), no fueron fusilados por

traidores. Se les aplicó una multa... de 500 mil dólares (el ingreso anual de la casa Rockefeller era de 4 mil millones de dólares, en esa fecha).

La Casa Dupont de Nemours, la otra acusada por el iracundo Harry Truman, tenía enlaces financieros con la Imperial Chemical Industries, de Inglaterra; la I. G. Farbenindustries, de Alemania nazi, y la Mitsui, del Japón. No pasó nada.

En el año 1942, la Anaconda de Montana, para salir de material de segunda categoría, vendió cobre de mala calidad... al Departamento de Guerra. Los implementos bélicos fabricados con este cobre, causaron la muerte de miles de soldados norteamericanos, antes de tomar contacto con el enemigo.

Pero los culpables de este "descuido", no fueron encarcelados. Ni siquiera enjuiciados. Es que resulta que la Anaconda Copper Mining es una de las 445 empresas de Morgan. Y Morgan es miembro de la honorable sociedad. De la mafia del gran dinero. El gran jefe, John Pierpont Morgan Segundo, falleció en 1943. En 1940, antes de entrar a la guerra (y vender material de mala calidad para las tropas de su propio país), las 445 firmas de la casa Morgan confesaban un capital de 30.200 millones de dólares. En 1946, el capital era de 74 mil millones de dólares, ¿quién puede acusar de algo a un miembro tan hábil de la honorable sociedad? Duplicado el capital con sólo una guerra mundial de por medio.

En 1939, el grupo del gran capital estuvo a punto de cometer un terrible error: dar la cara. Los Morgan, los Rockefeller y los Dupont estaban tan desesperados porque Roosevelt era totalmente antinazi, es decir, contrario al gran socio comercial, que pensaron en un

golpe de estado... Un golpe de estado, derrocar a Roosevelt. Agentes de la Bolsa de Nueva York hablaron con el general de división Smedley Butler, y le ofrecieron tres millones de dólares por encabezar el golpe de estado. Butler dijo no. Butler no identificó a los implicados.

Butler tenía restos de conciencia. Porque él era "general de los Estados Unidos", y sin embargo, como lo confesó años después, estaba al servicio de "ellos", y no de su patria. Esta es parte de su confesión:

"Pertenezco 33 años a la Infantería de Marina, y durante casi todo ese tiempo no fui más que un gángster a sueldo de los grandes consorcios de Wall Street y de los banqueros. Fui un matón del capitalismo. Colaboré en la purificación de Nicaragua, desde 1900 hasta 1912 para beneficio de la casa bancaria de los hermanos Brown. Llevé la luz a la República Dominicana, en 1916, para defender los intereses azucareros norteamericanos. En 1927, en China, colaboré para que la Standard Oil no fuera molestada".

¿Y los periodistas norteamericanos? Ellos no pueden hablar. La mafia del gran dinero se ocupa de ellos. Por lo menos de los patrones de los periodistas. Un ejemplo:

La investigación de los monopolios de la energía eléctrica, en la época de Roosevelt, descubrió que esa industria destinaba 25 millones de dólares anuales para coimas entre los periodistas. Hoy, la suma es mayor, aseguran entendidos.

Entonces, los diarios norteamericanos razonan como "ellos". Los traidores a la patria no son la Standard Oil ni la Anaconda, tampoco la Dupont, o la General Motors. Los traidores son Harry Truman, por ejemplo, o Roosevelt... y se les bautiza, comunistas.

Un traidor y un comunista reciente, para el grupo, era John Kennedy. Pero de nueva hechura: con poder, como ellos. Había que eliminarlo... pero... no nos adelantemos a los hechos. Estamos recién conociendo el rostro histórico de "ellos": la mafia del gran dinero.

Quién gobierna a quién

¿Cuánto vale un presidente? Depende. Si es en alguno de los paisitos del Caribe, el precio del grupo es barato. Digamos 20 mil dólares, o 10 mil. Depende si es en Guatemala, Nicaragua, Honduras, Cuba antes de Castro, o República Dominicana. Depende.

Pero, ¿en Estados Unidos, cuánto vale elegir un presidente? Esto ya es más sofisticado. No se sabe. Se presume. La campaña de Dwight Eisenhower costó 100 millones de dólares. Sesenta millones lo pusieron los petroleros. Sesenta millones de dólares podría ser un buen costo, para poner "al hombre justo en el lugar preciso".

¿Cuánto vale la vida de un presidente de los Estados Unidos? Aquí, los precios de mercado son secreto absoluto. Nadie sabe cuánto les pagaron a "los asesinos" de John Kennedy. Y por favor no se asusten. Escribí "los asesinos" de Kennedy, porque fueron dos personas quienes dispararon contra él. Una de frente, la otra por la espalda. Pero eso es adelantarse a los hechos. Volvamos a Eisenhower.

El 15 de agosto de 1955, el ex presidente Harry Truman, que tiene explosiones de cólera a veces, dijo esto: "El gobierno de Eisenhower está dedicado a los grandes negocios. Este gobierno simulador está pasando

por dificultades a causa de la corrupción".

Esta afirmación de Truman, en lenguaje claro, quiere decir esto otro: la mafia del gran dinero, exigía el pago por sus servicios. El pago que debe hacer "el hombre" de la Casa Blanca es simple: nada de trabas a la "libre empresa"; es decir, nada de controles del Departamento de Justicia sobre los monopolios que fijan los precios a su antojo; nada de impuestos reales sobre las ganancias; nada de impuestos sobre los capitales que salen al extranjero como "inversiones", uno de los drenajes de riqueza de Estados Unidos más fabulosos en la historia. Y por último, contratos del gobierno a los miembros de la honorable sociedad, y mano abierta con el petróleo.

Para que entiendan esto, vamos a ver el primer gabinete del general Eisenhower. Con una nota previa: recuerden que se descubrió, pero se enterró a tiempo, la traición a los Estados Unidos de la General Motors, la Dupont, la Standard Oil de Rockefeller y la Casa Morgan, en la segunda guerra mundial. Pues bien, esta es la lista de ministros del general Eisenhower:

Secretario de Defensa, Mister Charles E. Wilson... presidente de la General Motors, controlada por la Casa Dupont de Nemours. De inmediato, el secretario de defensa Wilson concedió contratos por seis mil seiscientos millones de dólares... a la General Motors. La defensa nacional, la guerra fría, "Rusia nos declarará la guerra mañana", ustedes saben... y sobre todo, que la General Motors pagaba al señor secretario de defensa 362.964 dólares al año, como sueldo.

Ministro de Justicia, mister Herbert Brownell. Ustedes saben, el ministerio de justicia debe vigilar que no existan monopolios en los Estados Unidos. El más grande monopolio de Estados Unidos es el petróleo. Y el

petróleo lo controla la casa Rockefeller, con un capital propio total de 250 mil millones de dólares. Pues bien, mister Brownell, ministro de justicia, era miembro de la casa Rockefeller.

Ministro del Interior, mister John McCloy, cuñado de un director ejecutivo de la Casa Morgan; y además, jefe del Chase National Bank, de los Rockefeller. George Humphrey, principal accionista en el imperio del acero y del carbón, ministro de hacienda. El ratón cuidando el queso, dicen en el idioma de la maffia del pequeño dinero.

El señor ministro de hacienda George Humphrey, del imperio del acero, pertenece a una célula distinguida del grupo del gran dinero: el Grupo de Cleveland. En 1948, este grupo controlaba capitales por 5 mil millones de dólares. Hoy, son casi 25 mil millones. El señor Ministro de Hacienda lo hizo bien en su puesto en la administración Eisenhower, no cabe duda.

El grupo de Cleveland es célula distinguida de la honorable sociedad, porque, como la Standard de Rockefeller, o la General Motors de la Dupont, está en la historia de los Estados Unidos. Ha hecho historia. Y así como la Casa Morgan tiene un record: la entrada de Estados Unidos en la primera guerra mundial; la Standard y la General Motors, más la Dupont, tienen otro record: sabotaje a Estados Unidos en la segunda guerra mundial; el grupo de Cleveland tiene otro record, propio: la muerte del presidente Harding. Pero entonces a ese grupo se le conoció por "el gang de Ohio".

La historia es ésta: a Woodrow Wilson lo sucedió Warren Harding, puesto en la Casa Blanca por el imperio del acero de Ohio... entonces... cito la página 400, de la Historia de los Estados Unidos, de William

Miller:

"La administración de Harding no había sido más que el largo engaño del presidente, por parte de "la banda de Ohio", que él trajo a Washington en 1921. La Oficina de Veteranos, bajo Charles R. Forber, fue estafada en 250 millones de dólares para beneficio de contratantes "obsequiosos" y proveedores; la oficina de Custodia de la Propiedad Extranjera, bajo el coronel Thomas W. Miller, fue usada para distribuir entre los conocidos, valiosas patentes industriales capturadas durante la guerra; el Departamento de Justicia, bajo Harry Daugherty, había dado permisos de venta de licor y perdón a criminales a cambio de "coimas"; y sobre todo, el Departamento de Interior, bajo el notorio Albert B. Fall, había concedido secretamente a unos pocos petroleros para su explotación privada, algunas de las más ricas reservas de petróleo de la marina, en particular aquellas en Teapot Dome, Wyoming, y Elks Hill, California. El conocer cómo sus amigos lo habían usado, aceleró la muerte de Harding, en 1923".

En realidad, el historiador Miller es de una ingenuidad que conmueve, o de una falta de información que podría indignar a los estudiosos. Ocurre que el presidente Harding murió el 2 de agosto de 1923, en San Francisco... y el informe médico dijo: suicidio. Pudo haber sido asesinato, porque los informes médicos a veces, tampoco escapan al control de la maffia (lo veremos después, con el caso Kennedy).

¿Por qué el suicidio? Porque el senador Welsh, de una Comisión investigadora del Senado, informó a Harding que había descubierto que su ministro del interior, Albert Fall, había recibido una coima de 100 mil dólares, para adjudicar a los petroleros particulares (Rockefeller y Mellon) la explotación de reservas que

eran de la marina, es decir de Estados Unidos. También, el senador Welsh explicó a Harding que su Ministro de Justicia, Harry Daugherty, estaba siendo coimeado por la "pandilla de Ohio" para obtener permisos de venta de licor y la libertad de algunos miembros de la maffia menor, la de los gangsters, los capataces de la maffia del gran dinero. Todas estas revelaciones serían hechas por Welsh. Harding, avergonzado... se habría suicidado.

¿Y el asesinato? Es más simple. Warren Harding conocía muy bien quiénes gobernaban la "pandilla de Ohio". Podría "emborracharse de moralidad", y gritarlo a Estados Unidos, cuando el escándalo surgiera. No podía ser. El grupo del gran dinero no permite sandeces moralizadoras. Y "arreglar" un suicidio es tan fácil.

Y los periodistas, ¿qué hicieron cuando el senador Welsh demostró esta fabulosa estafa al pueblo de Estados Unidos? Muy simple, calificaron de "escandaloso" y "bolchevique", al senador Welsh. A pesar de todo, Forbes, Miller y Fall fueron a la cárcel. Daugherty, sin embargo, siguió como Ministro de Justicia con el presidente Coolidge. Pero el senador Wheeler se hizo cargo de la investigación, y obligó a Coolidge a echar a Daugherty. Pero Daugherty no fue condenado. Ocurrió otro "suicidio" providencial: el de Jesse Smith, socio de Daugherty, y el único que poseía evidencia contra el ex ministro de Justicia. Otra vez, el juego resultaba perfecto.

Mucho más perfecto, si usted piensa que nunca, durante las investigaciones ni después de ellas, se publicaron los nombres de las firmas comerciales que habían estafado en miles de millones de

dólares al gobierno de Estados Unidos. El pueblo de Estados Unidos no las conoce todavía, y algunos de sus miembros invierten sus ahorros en acciones de esas mismas compañías que los engañan en sumas increíbles.

La pandilla de Ohio terminó su control en el gobierno de Estados Unidos con la muerte de Harding. Pero fue reemplazada por la pandilla... perdón, la Casa Morgan. Uno de sus accionistas poderosos era Calvin Coolidge, y la Casa Morgan es buena con sus accionistas poderosos: financió la campaña de Coolidge. Coolidge nombró Ministro de Comercio a Herbert Hoover, ingeniero a sueldo de la Casa Dupont de Neumours, para servirle de informante confidencial durante la conferencia de desarme de 1925.

"Ellos" estaban bien acomodados en la Casa Blanca, y por eso, no sorprende este resumen de la administración Coolidge, que figura en la historia de los Estados Unidos de Miller:

"La organización sindical fue impedida por las Cortes de Justicia, mientras que la organización industrial en monopolios y compañías de gran poder, fue impulsada con vigor".

Nunca en tres líneas se ha definido mejor el credo del grupo del gran dinero, que vivió con Coolidge una época de esplendor. Eran los años en que el grupo del gran dinero utilizaba a la maffia del pequeño dinero, los gangsters, para espías en las fábricas y para asesinar o simplemente baldar a los dirigentes sindicales. Todo esto está en los archivos del Congreso de los Estados Unidos, cubierto de polvo... a pesar de la asepsia de ese país.

En 1928: cambio en el equipo. Le tocaba el turno a

la Dupont de Nemours, después de la Casa Morgan. Además, la Dupont tenía una deuda de gratitud con Herbert Hoover, el ingeniero confidencial a su servicio, como Ministro de Economía. Un excelente republicano.

Los demócratas nominaron al gobernador de Nueva York, Al Smith, para la presidencia. En realidad, Smith, más que demócrata, era un "hereje". Un hereje para "ellos", por supuesto. Sus postulados eran estos: liberal en materias del trabajo; el estado debe ser el dueño de la energía hidroeléctrica; el gobierno central y de cada estado, deben regular las empresas financieras; expansión de las actividades económicas del estado; y protección y expansión de las libertades civiles.

Al Smith no recibió apoyo de los diarios... ¡y cómo, si la National Electric Light Association solamente, miembro de la maffia, repartía 25 millones de dólares al año entre los periódicos!

La Dupont financió a Hoover y desencadenó una campaña de difamación contra Smith... ¡se le acusó de católico, irlandés y liberal (Kennedy era católico, irlandés y liberal, también, recuerdan?). Hoover sacó el 58,2 por ciento de los votos. Así domina la maffia la opinión pública cuando se lo propone.

Hoover en la presidencia, y la mayor prosperidad de la historia para la Dupont, Allied Chemicals y Union Carbide (Dupont, Rockefeller y Morgan, en ese orden). En un año de presidencia de Hoover, estas firmas (especialistas en municiones y material químico de guerra) se transformaron en las más grandes del mundo. ¿Cómo? Por dos medidas de Hoover: primero, la confiscación a los alemanes de las patentes de alquitrán de hulla y su traspaso a esas firmas norteamericanas; y segundo, colocando altas tarifas a los productos químicos europeos. Así, las compañías que tenían a su

hombre en la Casa Blanca, pudieron fijar precios a su antojo... y no subir los salarios de sus obreros. Eso se llama monopolio... pero, ¡qué importa!

La prosperidad del grupo fue tan fabulosa, que le hizo cometer un error que le costaría la presidencia de los Estados Unidos.

Acumulaba tanta riqueza la maffia, que sin poderla invertir toda, o sacarla del país, la dedicó a la especulación de la Bolsa en Wall Street. Esto arrastró al público, que invirtió sus ahorros en acciones de compañías inventadas en el papel, que ganaban dividendos extraordinarios. Los bancos (otra vez Morgan, de nuevo Rockefeller y una vez más Mellon) se plegaron a la danza millonaria. Pero vino el colapso de la bolsa de octubre de 1929. Se acabó la farsa, millones de norteamericanos perdieron sus ahorros... y los Morgan, los Rockefeller, los Mellon, los Carnegie y los Guggenheim, se hicieron más ricos todavía.

Pero habían cometido un error: la opinión pública puede ser manejada con los diarios y la radio, pero cuando la opinión pública es robada en su dinero, no hay posibilidades de convencerla de nada... Hubo una ola nacional de indignación contra "Los grandes ladrones". En la cresta de esa ola, navegó Franklin Délano Roosevelt. En 1932, los demócratas estaban en la presidencia. Hoover y la Dupont, habían sido derrotados. Roosevelt prometió dar caza a todos los banqueros que habían causado la ruina del pueblo norteamericano, y del estado. Naturalmente, no dio caza a nadie. Es difícil cazar al enemigo, cuando el enemigo está adentro de la casa. Eso lo sabe bien, ahora, Roberto Kennedy, ministro de justicia, que tiene a la maffia del gran dinero defendiendo a un maffioso del pequeño dinero, Jimmy Hoffa, contra sus investigaciones.

Roosevelt quiso aplicar para su país la misma política que 30 años más tarde, trataría de imponer John Fitzgerald Kennedy: "que las riquezas de mi patria estén en manos del pueblo de los Estados Unidos, y no de 1000 individuos que las manejan a su antojo".

Pero el grupo tiene recursos. Si no puede comprar la presidencia, puede "influir" (cambié el vocablo porque se trata de jueces) en los jueces de la Corte Suprema... y así fue. Cito del libro Gran Inquest, de Telford Taylor, fiscal principal por Estados Unidos en los procesos de Nuremberg:

"La mayoría de los jueces federales habían sido nombrados por presidentes republicanos, y en los últimos 50 años la Suprema Corte había invalidado muchas leyes federales y estatales..." "y eso hacía temer a los del New Deal..." "En 1935 y 1936, esos temores se vieron abundantemente confirmados. Durante esos dos años, la Corte Suprema rechazó no menos de once estatutos federales "por inconstitucionales".

Esas legislaciones de Roosevelt, rechazadas por la Corte Suprema, estaban destinadas a liquidar en parte el monopolio del petróleo (Rockefeller, Mellon, Morgan), de la electricidad, de los ferrocarriles, de la American Telephone and Telegraph (los mismos anteriores, más Kuhn y Loeb y la pandilla de Ohio). Y también, para proteger a los obreros, con leyes sociales, Roosevelt se encontró con el muro de la "influida" Corte Suprema. Sólo después de la muerte de tres jueces influidos: Van Devanter, Sutherland y Butler, Roosevelt pudo realizar su protección a los obreros, que habían sido y estaban siendo estrujados por los monopolios financieros. (Era la época en que la mafia del pequeño dinero recibía dinero de la General Motors, de la Ford Motor, y de los Rockefeller, para que se asesinara a los obreros sindicalistas y

espiarán a los con deseos de sindicalizarse).

Y ésta es una breve nota sobre "coimas". Puede aparecer demasiado fuerte que yo diga que los jueces de la Corte Suprema de Justicia fueron "coimeados" ("influidos" es más elegante) por el grupo de los Mellon, Kuhn y Loeb, Morgan, Rockefeller, pandilla de Ohio y otros socios honorables.

Pero ocurre que esto es historia: a comienzos de 1933, Roosevelt impulsó una investigación senatorial sobre la estafa al pueblo de Estados Unidos por "ellos", durante la crisis de la bolsa en octubre de 1929. Se hizo cargo de los interrogatorios, Ferdinand Pecora. Pecora, primero demostró que en los mismos días de la crisis, cuando todos los pequeños inversores quebraban, mister Charles Mitchell, presidente del National City Bank de los Morgan, recibía un aumento de salario de 100 mil a 200 mil dólares. Y aquí viene lo importante: Pecora descubrió una lista de J. P. Morgan, con los nombres de todos aquellos que recibieron como "coimas", participación en las ganancias de la estafa más fabulosa al pueblo yanqui, por medio de la Bolsa de Valores. Miembros de esta distinguida lista de "coimeados" por Morgan: empleados del gabinete de Hoover; dirigentes de los partidos demócratas y republicano; generales del ejército de Estados Unidos; UN JUEZ DE LA CORTE SUPREMA, y el ex presidente Calvin Coolidge.

Es ejemplar en la historia de este escándalo, el interrogatorio del comisionado Pécora al socio de Morgan, George Whitney:

Mister Pecora: "John J. Raskob (en la lista de coimeados con acciones de la Alleghany Corporation), ¿no tenía algo que ver con el Comité Nacional Demócrata?

George Whitney: No entiendo de esas cosas.

Mister Pecora: ¿No era Silas Strawn (otro de los coimeados) , el presidente de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos?

George Whitney: Realmente... no sé.

Mister Pecora: ¿Qué hizo usted con sus propias acciones de la Alleghany?

George Whitney: Realmente... no sé... Vendí algunas... pero no recuerdo cuantas.

Ferdinand Pecora demostró con pruebas escritas, que George Whitney (de la casa Morgan, no olvidar) había vendido sus acciones en 1929, ganando 230 mil dólares. Eso, mientras el pueblo de Estados Unidos era sumido en la bancarrota. Es decir, el dinero del pueblo yanqui pasaba a manos del grupo. (Esto lo copié textual de los archivos del Senado, del 73º Congreso, primera sesión de las audiencias del Comité senatorial acerca de Banco y Cambios, año 1933).

Si el grupo pudo comprar jueces de la Corte Suprema, generales, presidentes y ex presidentes, ministros y secretarios, ¿no podría comprar la policía de Dallas, la más corrompida de Estados Unidos, para asesinar un presidente, que era una amenaza real para ese grupo? La respuesta viene enseguida, no nos adelantemos a esta historia de "quién gobierna a quién".

La lucha por el poder entre Roosevelt y "ellos", fue ganada por éstos en el período 1932-36, con el auxilio de los "influidos" jueces de la Corte Suprema. En el período 1936-40, Roosevelt ganó para los obreros, pero perdió definitivamente y quedó en manos del grupo en su tercer período, y el breve cuarto, empujado por las necesidades de la guerra. Tan en poder de la mafia estaba Roosevelt, que no se atrevió, a pesar de su inmenso apoyo popular, a acusar de traición a la General Motors, la Standard Oil y la Dupont de

Nemours. Ya en 1941, la cara del grupo se asomó a la Casa Blanca: fue nombrado secretario de Estado, Averell Harriman, que antes lo había sido de Comercio. Harriman era banquero de la firma Brown Brothers and Harriman (Matrimonio financiero con la... ¡adivinen!... Casa Morgan). Después, Harriman fue como embajador a Moscú, y lo remplazó como secretario de estado, Edward Stettinus, director de la United States Steel Corporation... consorcio de... ¡adivinen de nuevo!... la Casa Morgan. El más digno paréntesis democrático de Estados Unidos en este siglo, se había cerrado. Iba a ser pisoteado; Kennedy trataría de reeditararlo, pero sería asesinado, y Lyndon Johnson regresaría al negro pasado.

Pero, "las guerras son maravillosas", de acuerdo a la filosofía del grupo. Y la segunda guerra mundial fue realmente maravillosa; 19 meses antes de terminarla, las ganancias de los monopolios Morgan, Dupont, Rockefeller, Mellon y honorables socios, DEDUCIDOS LOS IMPUESTOS, habían llegado a DIEZ MIL MILLONES DE DOLARES, es decir, el doble de las ganancias totales del año 1939.

Diecinueve meses más tarde, al término de la guerra, el otro brazo del grupo del gran dinero, los bancos, tenían un superávit de DIECISIETE MIL MILLONES DE DOLARES. Para ser más exactos, este superávit era de 54 bancos de Wall Street, manejados por los Rockefeller, los Morgan y los Mellon. Un poco más de un millón de dólares de ganancia por muerto: 14.566.219 personas murieron en la segunda guerra mundial.

¿Qué hacer con estos 17 mil millones de dólares de los bancos de Wall Street? Dentro del territorio de los Estados Unidos, esos 17 mil millones tendrían que haber pagado un impuesto de 90 por ciento. Pero, por algo

"ellos" gobiernan a ratos Estados Unidos, y hacen muchas leyes de Estados Unidos. Hay una ley que exige de impuestos a aquellas inversiones en el extranjero de empresas norteamericanas que cumplan ciertas estipulaciones (las estipulaciones que fije la maffia, por supuesto). Se había encontrado el modo de salvar 17 mil millones de dólares y transformarlos en... no se sabe la cifra exacta... es demasiado grande.

El plan fue así: ¡es el comunismo el que amenaza ahora a la democracia!... ¡hay que defender a la pobrecita Europa del monstruo comunista!... ¿cómo?... En junio de 1947, el secretario de estado del presidente Truman, general George Marshall, dijo al mundo: "Nuestra política está dirigida hacia el renacimiento de la economía en el mundo, para poder permitir el nacimiento de condiciones políticas y sociales, en las cuales las instituciones libres puedan existir".

Hermosas palabras para el nacimiento de un plan. El plan Marshall. En el Senado, el plan Marshall de ayuda (inversiones) en Europa no comunista, fue defendido por el subsecretario de estado, Robert Lovett... director del banco Brown Brothers... uno de los bancos de Wall Street con superávit de 17 mil millones de dólares. El principal testigo llamado a sesión secreta del Senado... fue James Paul Warburg, banquero internacional... internacional de verdad: sin patria. En abril de 1948, el Senado aprobó el Plan Marshall. Los 17 mil millones de dólares, sin impuestos en Estados Unidos, volaron a Europa, como préstamo a países que... debían invertirlos en COMPRAR PRODUCTOS NORTEAMERICANOS según estipulación de los Convenios del plan de "ayuda mutua".

Así, el grupo ganó en sus dos caras: los bancos salvaron 17 mil millones de dólares, y sus industrias

corporativas (léase monopolios) vendieron el exceso de producción. ¿Las ganancias?... Fabulosas, y libres de impuestos, porque el dinero fue "reinvertido" en fábricas, industrias y comercios, sobre todo en Alemania Occidental... todo, libre de impuestos en Estados Unidos.

El general Marshall, peón de la gran idea, recibió su premio por tanto trabajo: se le designó director de la Pan American Airways (Panagra).

Pero el plan era de mayor alcance: crear una fuente de salida a la industria de guerra, que por medio de la Secretaría de Defensa (siempre en manos de un representante adecuado), obtiene excelentes contratos. En 1949, se creó la **OTAN**, Organización del Tratado del Atlántico del Norte. Para supervigilar esta nueva sucursal del grupo... el gobierno de Estados Unidos envió a Europa, como comandantes en jefes, a los generales Lucius Du Bignon Clay, que pertenece al Chase National Bank (Rockefeller), y William Henry Draper, de la firma "Baruch, Dillon, Read and Company", de la casa Morgan.

Estos generales-banqueros sucedieron a Dwight Eisenhower. ¿Por qué Eisenhower, el héroe, fue sacado de Europa?... Porque estaba destinado a mejor futuro... LO IBAN A HACER PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS. El acuerdo, se dice, fue tomado en la oficina color caoba del número 30, de la Plaza Rockefeller, en Nueva York, Quinta Avenida, sala de directorio de los 14 de la Standard Oil de Nueva Jersey... el gigante del grupo del gran dinero... en 1954, ganó 719 millones de dólares.

El gigante de la mafia

Para que ustedes entiendan quiénes son "ellos", los que tenían interés en anular al presidente Kennedy, hemos hecho un recorrido por la historia de Estados Unidos en este siglo. Una historia que a veces resulta increíble, pero sus detalles están ahí, en el Congreso de los Estados Unidos (archivos), en la Biblioteca Pública de Nueva York; en el archivo de Naciones Unidas, y en el archivo del New York Times, a todos los cuales he tenido acceso en mis viajes a ese país.

Los banqueros, los industriales y los empresarios periodísticos, en no más de 1000 personas, han gobernado Estados Unidos en este siglo, excepto lagunas como la Roosevelt y la de Kennedy. Y para gobernar, han recurrido a todo tipo de acciones, que tienen lugar en el Código Penal... de las cuales hay suficientes pruebas en las páginas precedentes.

En 1930, mister James W. Gerard, alto funcionario del Departamento de Estado, y embajador en Alemania, publicó una lista con las 64 personas que gobernaban a los Estados Unidos. Era presidente Herbert Hoover, el ingeniero con sueldo de la Dupont. Pues bien, en esa lista de quienes gobernaban Estados Unidos, NO FIGURABA HERBERT HOOVER porque, decía Gerard "el señor presidente no participa en los actos concretos de gobierno".

De la lista de 64 gobernantes del momento, sólo uno era político... los demás, miembros de la honorable sociedad, la mafia del gran dinero. El gobierno de Estados Unidos estaba regido, en este orden, por los más conocidos para nosotros: Rockefeller, Mellon, Ford, Dupont de Nemours, Ryan, Morgan, McCormick, Davis,

Lamont, Guggenheim, Hearst, Patterson. "Instituciones" gobernantes de los Estados Unidos, en orden de importancia, eran éstas: La Standard Oil de Nueva Jersey, la International Telephone and Telegraph, la General Electric, la United States Steel (monstruo que fue escupido en la cara por John Kennedy en 1962, firmando así su sentencia de muerte), la Bethlehem Steel, la American Tobacco, la Electric Bond and Share...

Eso era en 1930... ¿y en 1960, al ser elegido John Kennedy?... La lucha era feroz por el poder. En 1962, el presidente Kennedy bautizó a los banqueros, industriales y comerciantes como el S.O.B. Club. El *son of a bitch club*... el club de los hijos de p... El sobrenombre recorrió todo Estados Unidos, pero no salió al exterior con fuerza noticiosa. 18 meses más tarde el presidente Kennedy fue asesinado. El presidente Kennedy estaba tratando de liquidar al club de los hijos de p... Pero el S.O.B. Club tuvo "suerte", y a Kennedy se le fusiló en las calles de Dallas, Texas. Origen terrestre del gigante de la mafia: el petróleo. Y digo "se le fusiló", porque contra Kennedy dispararon dos personas, por lo menos tres balazos; por lo más, cinco balazos. Pero a eso, todavía no hemos llegado. Estamos en el rastreo de quienes son "ellos"... los miembros del S.O.B. Club.

En 1930, de acuerdo al embajador yanqui en Alemania, 64 banqueros, financistas, industriales y monopolios, gobernaban Estados Unidos. ¿Quién los gobernaba en 1952, cuando asumió el presidente Eisenhower? Ustedes recuerdan, todo este largo rodeo de la historia del grupo, comenzó cuando examinamos el primer gabinete del general "escogido" en el Rockefeller Center, sede de la Standard Oil de Nueva Jersey. Pero, se nos quedó un ministro; de ese vamos a conversar un

rato:

Mister John Foster Dulles, secretario de estado, "conductor del destino de la democracia" desde 1953, según propio autotítulo. ¿Quién es este caballero? John Foster Dulles es todas estas cosas:

Uno... Abogado de la firma "Sullivan and Cronwell", de Wall Street, a cargo de los intereses de la United Fruit Company.

Dos... Presidente de la Fundación Rockefeller.

Tres... Asesor de la Standard Oil.

Cuatro... Abogado de la International Railways of Central America, subsidiaria de la United Fruit Company, de los Moors y los Cabot, dueña de América Central.

Cinco... Director en el American Bank Note.

Seis... Director de la International Nickel Company y del Bank of New York (los Cabot y los Kuhn y Loeb).

Siete... Abogado gestor, antes, durante y después de la guerra, de los intereses alemanes (nazis) en Estados Unidos.

Así, Mister Foster Dulles, en 1953, como secretario de estado, era perfecto representante del Club en el gobierno yanqui. Y para que ninguno quedara fuera del Departamento de Estado, se nombró subsecretario de Asuntos Interamericanos, a John Moors Cabot... de los Moors y los Cabot de la Casa de Boston, dueños de la United Fruit Company. De nuevo, el ratón cuidando el queso. Y a los doce meses de entrar en el gobierno yanqui, Foster Dulles y Moors Cabot se comieron el queso: Guatemala.

El 29 de junio de 1954 era derrocado el gobierno de Jacobo Arbenz, en Guatemala, por las tropas del coronel Castillo Armas, armadas, protegidas y entrenadas por la United Fruit Company, que es lo mismo que decir John Foster Dulles, que, a su vez, era lo mismo que

decir el gobierno de Estados Unidos. Foster Dulles anunció al mundo: "la mayor amenaza comunista contra el hemisferio ha sido derrotada esta mañana". ¿Cómo ocurrió esto?

Es una historia breve, que demuestra, por enésima vez, que "ellos", los Morgan, Rockefeller, Mellon, Moors, Cabot, Gugenheim, Ford, Kuhn, Loeb, pandilla de Ohio; o..., como los llamaba Kennedy, planean, dirigen y legislan la política internacional y nacional de Estados Unidos, cuando no hay hombres de real valor, como Kennedy y Roosevelt.

Guatemala es un país de Centroamérica, poco más chico que nuestra provincia de Antofagasta (de ese tamaño era la "terrible amenaza comunista contra el hemisferio", de Foster Dulles), con menos de la mitad de la población de Chile. Son dueños del país un consorcio platanero (United Fruit Company), con su socio, un monopolio ferrocarrilero (International Railways of Central America), y un monopolio eléctrico (Electric Bond and Share), que hace pagar a los guatemaltecos las más altas tarifas eléctricas del mundo: mínimo de 10 dólares.

El mayor terrateniente de Guatemala es la United Fruit Company, tiene el doble de tierra de la que cultivan 161.501 campesinos guatemaltecos. El presidente Jacobo Arbenz inició en 1954 la reforma Agraria, y anunció la expropiación de las tierras ociosas (400 mil acres) pertenecientes a la United Fruit. Eso llevó la ira del monopolio bananero a la histeria. Ira acumulada por la política guatemalteca desde 1944, destinada a liquidar la Electric Bond and Share, formar una red de ferrocarriles nacionales (liquidar la International Railways of Central America), y explotar el petróleo de Guatemala para los guatemaltecos (dañando el negocio

de la Standard Oil de Nueva Jersey, Rockefeller, republicano).

La ira fue tan horrible, que el presidente de la United Fruit Company, en Estados Unidos, Kenneth Redmond, anunció en sesión de Directorio: "De aquí en adelante ya no se tratará del pueblo de Guatemala contra la United Fruit Company; la cuestión se convertirá en el caso del comunismo contra el derecho de propiedad, la vida y la seguridad del hemisferio Occidental". Y eso, dicho en una sala de directorio de una sociedad particular, de un miembro honorable de la libre empresa norteamericana (S.O.B. Club, para Kennedy), no era un rapto de ira más... era una orden para el hombre en el departamento de estado: John Foster Dulles. Y así fue: en nombre de la democracia contra el comunismo, Jacobo Arbenz fue derrocado, y reemplazado por Castillo Armas.

¿Qué hizo Castillo Armas a la mañana siguiente de ser puesto en el poder? Derogó la ley de Reforma Agraria, devolvió todas las tierras a la United Fruit, le condonó una deuda de 12 millones de dólares a la International Railways of Central America; y firmó un Convenio de Inversiones con Estados Unidos, cuyo texto no se atrevió a publicar. Además, liquidó la compañía eléctrica nacional, que quería competir con la Electric Bond and Share. La democracia estaba salvada... y los miembros del Club, también.

Así, tan perfectamente, funcionaba el grupo del gran dinero, y lo que resulta, es lo que se llama política internacional de los Estados Unidos... o política nacional.

Y en lo nacional, el Club se comporta en forma mucho más notable: en el estado de Montana, donde está la Anaconda Copper de los Morgan, se eligen los

políticos clave que la compañía desea, y se pagan los salarios que el monopolio quiere (Entre 1959 y 1961, el ingreso per cápita en Montana había bajado en 5,9 por ciento); en el estado de Pensilvania ordenan los petroleros Pew (disminución del estado en ingreso per cápita, del 59 al 61: 3,1 por ciento); Georgia está manejada por la mano eléctrica del Club; y algunos senadores y diputados de Dakota del Sur, un poco como algunos presidentes de Estados Unidos, son elegidos antes, en Nueva York, en la calle del muro, o en el Rockefeller Center. Por su parte, el estado de Nueva York, tiene otro padrino: los 445 consorcios de la Casa Morgan, en matrimonio con los Rockefeller, a través de la Radio Corporation of America, Allied Chemical and Dye, American Smelting and Refining, Crane Co., General Food Corporation y otras.

¿No es Nelson Rockefeller, uno de los cinco hermanos, gobernador de Nueva York, y pretendiente al puesto de presidente de los Estados Unidos?

El estado de Illinois, está dominado políticamente por la rama del Club denominada grupo de Chicago. Miembro distinguido en este grupo son los Frigoríficos Armour, del monopolio de la carne; y el Continental Illinois National Bank. Esta rama de "ellos" fue maestra en el uso de los gangsters, los capataces de la maffia del gran dinero. No parece casualidad que en su informe de 1962, el gobierno de Estados Unidos dijera que en Illinois, el ingreso per cápita había disminuido en 1,3 por ciento, en dos años.

En Massachusetts, el gobierno corre a cargo de lo que se llama el Grupo de Boston. Los representantes más distinguidos son los Moors Cabot, los Cabot Lodge, o los Moors solos, Cabot solos y Lodge solos. Aquí, el grupo del gran dinero acumula algo así como 50 mil

millones de dólares a través del First National Bank of Boston; la United Fruit Company; la Boston and Maine Railroad; United Shoe Machinery; American Wollen; U.S. Smelting, Refining and Mining y diez compañías más.

El año antepasado, Robert Kennedy fue a Boston, como Ministro de Justicia, a decir que "los hombres de negocios de este estado deberían ayudar en la tarea de poner fin a la corrupción política de Massachusetts, que es una de las más negras de nuestro país". Y esto no es un contrasentido con el hecho de que John Kennedy sea de Massachusetts, y haya sido su senador; no lo es tampoco porque Edward, su hermano, sea senador ahora por Massachusetts.

Esto necesita explicación. En 1957, la revista Fortune, decía: "Entre los multimillonarios norteamericanos, están a la misma altura Joe Kennedy (padre del asesinado presidente), Irenne y William Du Pont, Howard Hughes y Sid Richardson, calculando su fortuna en unos 250 millones de dólares. La suya (la de Joe Kennedy) es una de las escasas fortunas mundiales de verdadera importancia, que no deban su origen mundial al petróleo, o que no hayan sido heredadas".

Joe Kennedy hizo su fortuna especulando en la Bolsa de Valores durante la administración Calvin Coolidge. El periodista Joe McCarthy, dice:

"Kennedy se convirtió en maestro en las combinaciones para especular con valores bursátiles, en Wall Street. Formando sociedad con otros especuladores, tomaba opciones, por ejemplo, sobre cincuenta mil acciones baratas y poco cotizadas; después llamaba la atención sobre ellas en Wall Street, comprando y vendiendo pequeños paquetes de esas mismas acciones en otras Bolsas del país, para que su nombre apareciera

así con frecuencia en los indicadores automáticos de cotizaciones... Al observar ese falso movimiento de determinada acción, los inadvertidos suponían que algo sucedía, y se apresuraban a comprar, haciéndola subir varios puntos. Entonces, los especuladores vendían el paquete que poseían, se embolsaban tranquilamente la ganancia y buscaban otro objetivo".

En suma, el padre de John Fitzgerald Kennedy hizo su multimillonaria fortuna como especulador de la Bolsa. Pero, en vez de seguir el camino de los del S.O.B. Club, no unió su fortuna a los monopolios industriales o bancarios. Se hizo famoso porque "nunca aceptó un socio". En vez de eso, se hizo pilar del New Deal de Roosevelt y en el gobierno, declaró ilegales las operaciones de Bolsa que él tan bien conocía. Fue el organizador y primer presidente de la Comisión Senatorial de Contratación de Valores (SEC), que inició su lucha contra el Club en los años 30, fue anulada con la intromisión de la mafia en el gobierno a la muerte de Roosevelt, y ahora, es el principal instrumento de tortura contra los maffiosos en Wall Street, hábilmente manejada por Robert Kennedy... ¿hasta cuando? ... muy poco más... ya se cumplió la orden de fusilar a John Kennedy.

Así, entonces, resumiendo: los Kennedy son un fenómeno aparte en Massachusetts. El gobierno del estado sigue en manos del grupo del gran dinero.

El grupo de Boston tiene intereses junto a los Rockefeller y los Morgan por medio de la First Boston Corporation y la Philips Petroleum. Uno de los más famosos abogados de la Casa Morgan era... ¡el senador Cabot Lodge!

¿Se acuerdan de la pandilla de Ohio? Sí... la que por sus manejos, "suicidó" al presidente Harding.

Bueno, esa pandilla tiene el nombre financiero de Grupo de Cleveland, y gobierna políticamente el estado. Tiene alrededor de 25 mil millones de dólares. Su principal explotación monopolista es la del acero. Los miembros distinguidos de este club, son Cleveland Trust; Cleveland Cliffs Iron Company; Wheeling Steel; Republic Steel; Inland Steel; Sherwin Williams; Youngstown Street and Tube y Otis Corporation (mire la marca del ascensor en su oficina... le apuesto que es Otis... viene de allá, de la pandilla de Ohio... grupo distinguido del S.O.B. Club).

No es casualidad que el informe de 1962, sobre ingreso per cápita, del gobierno yanqui, diga que en Ohio, en los últimos dos años este ingreso bajó en 3,1 por ciento.

Y ahora, llegamos al gran estado. El más rico del mundo, y uno de los que paga salarios más bajos a sus obreros. Este estado tiene escondido en su vientre el producto que, expelido, enriquece al gigante del grupo del gran dinero, que hace, a ratos largos, la política externa e interna de los Estados Unidos. Ese estado es Texas. ¿Quién gobierna en Texas? Responde Robert Calvert, ex presidente del partido demócrata de Texas:

"Puede no ser muy edificante lo que diga, pero la industria petrolera tiene el dominio completo del gobierno del Estado y de la política del Estado. La industria petrolera controla la vida económica, política y social. Sus ingresos son tan grandes, y las vías y conductos de su influencia tan numerosos y extensos, que la industria del petróleo puede llevar a cabo cualquier programa gubernativo al cual se adhiera, y derrotar cualquier otro programa que se le oponga".

Clint Murchison es un millonario petrolero de Dallas. En una comida de la Asociación Medio-

Continental de Petróleo y Gas (el monopolio que reúne a todas las compañías, dominada por la Humble, de los Rockefeller), hablando del senador McCarthy, dijo: "Un payaso... tengo en el Congreso diez hombres de quienes se piensa mejor que de MacCarthy... para influencias, no lo necesito". Y esta no era una fanfarronada texana. Era la estricta verdad. En Maryland, el dinero de Murchison derrotó al candidato a senador demócrata Millard Tydings, y en Connecticut, ocurrió lo mismo al senador William Benton.

Texas, que ocupa el primer lugar en las reservas de petróleo, tiene el lugar número 34 en el ingreso per cápita. Texas, junto con Venezuela y Arabia, conforman las tres provincias del Imperio del Petróleo, que tiene su sede imperial en la Rockefeller Square, en la Quinta Avenida de Nueva York. En Venezuela, el imperio elige presidentes; en Arabia, mantiene reyes, y en Texas elige gobernador y legisladores al Senado y Cámara en Washington. Con el petróleo combinado de las tres provincias, el imperio elige presidentes para los Estados Unidos... o los suprime, asesinándolos... depende del momento, y la urgencia.

En Texas, la ley prohíbe que voten los pobres, sean negros o blancos. Y Texas es sólo superado por Montana en porcentaje de gentes miserables. La ley electoral establece un impuesto para poder votar. El impuesto es muy alto. Y un dato para la explicación del imperio: quien controle el petróleo en Texas, controla el petróleo de Estados Unidos... y quien controla el petróleo de Estados Unidos, controla el movimiento, así, físicamente, de toda la nación. Pues bien, controla el petróleo de Texas la Standard Oil de Nueva Jersey, de los Rockefeller...

Un millonario de Texas (se calcula su fortuna en mil

millones de dólares), Hugh Roy Cullen, compró la participación mayoritaria de la Liberty Broadcasting Company, que tiene 431 estaciones de radio en 43 estados. En la cadena de la LBC se dice lo que Cullen desea. Y este es sólo un caso de centenares. Así está "informado" e "influido" el pueblo de Estados Unidos.

Para que ustedes entiendan el poder de este gigante del grupo, les explico que "una de cada tres corporaciones multimillonarias de Estados Unidos, es una compañía petrolera". De acuerdo a un informe de la Monthly Letter, del First National Bank de Nueva York, de la casa Morgan, hay 10 compañías petroleras multimillonarias, con un activo total de 21.100 millones de dólares... y en el resto de todas las actividades combinadas de la industria del país, hay sólo 9 compañías multimillonarias, con un activo total de 18.700 millones de dólares.

El petróleo controla políticamente así, además de Texas, a los estados de Oklahoma, Louisiana y California, que producen petróleo.

Controlar Estados Unidos, significa gobernar Estados Unidos, y nada mejor para ello que elegir un presidente propio. El último record de la Standard Oil de Nueva Jersey (Rockefeller), fue su participación en la elección del general Dwight Eisenhower. Es un hecho que nos acerca al más reciente record (todavía fuera de la historia) del petróleo, en asociación con el acero y los blancos del sur: el súbito fallecimiento del presidente John Fitzgerald Kennedy. Su asesinato.

Inventando presidentes

En la historia de Estados Unidos y en el lenguaje de los escritores bautizados como "escarbadores", ha quedado para siempre un calificativo a los millonarios que comenzaron la era del monopolio, con John Pierpont Morgan y John D. Rockefeller a la cabeza, seguidos de cerca por Guggenheim y Carnegie. Ese calificativo es: los multimillonarios ladrones de fin de siglo.

Esos millonarios ladrones fueron la raíz del grupo del gran dinero, que en 1962, fue bautizado por John Fitzgerald Kennedy como el S.O.B. Club, que ahora dirige la industria del petróleo, el poder monetario más fabuloso que ha enfrentado el mundo.

De los millonarios ladrones, en 1910, el profesor de la Universidad de Princeton, Woodrow Wilson (entonces era gobernador de Nueva Jersey, y después sería presidente de Estados Unidos), decía, ante la American Bar Association:

"La mayoría de los hombres ya no son más individualidades, en cuanto concierne a sus negocios, sus actividades, o su moralidad. Ellos ya no son más unidades, sino fracciones; con la pérdida de su individualidad e independencia en escoger clases de negocio, han perdido también su individualidad para escoger en el campo de la moral. Ellos tienen que hacer lo que se les dice que hagan... si no, pierden conexión con los sucesos modernos... Ellos no pueden llegar hasta los hombres que ordenan... no tienen acceso a ellos. No tienen voz de consejo o de protesta. Son meros engranajes en una máquina cuyas partes son seres humanos... Y sin embargo, hay hombres que tienen todo el poder de elegir. Son

los hombres que controlan la máquina... y... los cuales la usan con una libertad de destino imperial... Hay más poder individual que nunca... pero aquellos que lo usan son pocos y formidables, y la masa de los demás hombres son meros peones en el juego".

Morgan y Rockefeller, los del "poder imperial" de que hablaba Wilson, ya son historia. Cincuenta años más tarde, Harold Ickes, el famoso ex secretario del Interior en el tiempo de Roosevelt, hablaba así de los herederos (esto es apenas ayer, en 1951):

"Hoy día el Capitolio (Congreso de los Estados Unidos) pulula en un enjambre de gestores petroleros de grasientos dedos, quienes, como de costumbre, cuentan con crujientes billetes, para gastarlos a su arbitrio en los lugares donde den mejores resultados. Lo que desean encarecidamente, a cualquier precio, es un decreto de renuncia que despoje a todo el pueblo del derecho de propiedad sobre tierras petroleras extra-territoriales, y por el cual los contribuyente literalmente pierden billones de dólares, que podrían usarse en la educación de sus hijos. Mañosos operadores quieren enriquecerse a costa de los niños. Ni siquiera aceptan que estas tierras submarinas, de propiedad nacional, constituyan una reserva para nuestras fuerzas armadas, o que se dediquen al pago de la deuda pública. La despiadada codicia jamás se había exhibido tan protervamente en toda su espantosa desnudez. Hoy, en Washington, puede contemplarse la naturaleza humana en su peor catadura, allí donde devotos senadores y representantes se supone que trabajan en pro del bienestar público atendiendo al juramento prestado, Mammon cabalga y la virtud cívica se esconde. El petróleo sigue inficionando el límpido manantial de nuestro poderío

democrático".

Esta descarnada descripción de la mecánica de la corrupción en el Congreso de los Estados Unidos, señala a algunos de los "influidos" por el grupo del gran dinero, en otra intervención de Harold Ickes, dos años antes: (Ickes acusa al jefe republicano de la Cámara de Representantes, Joe Martin, y al senador por Nevada, McCarran).

"Joe Martin, el senador McCarran y los de su calaña, en cuyos corazones palpita la ternura por las ricas y poderosas compañías petroleras, piensan que Dios ha creado esos ricos depósitos petrolíferos para beneficio de los Rockefeller, los Pew, los Mellon, los Sinclair y esos escurridizos patriotas de Texas y Louisiana, que financiaron a los "petrócratas", en la esperanza de que se anotaran un punto contra el presidente Truman con una jugada sucia".

En este airado grito de protesta de Ickes, que naturalmente fue reproducido a medias por la prensa importante de Estados Unidos, hay un miembro importante del Club, que en este instante (enero de 1964), tiene acceso amistoso a la Casa Blanca: los Mellon. Los Mellon participaron en la carrera política de Lyndon Baynes Johnson.

La administración de Truman es realmente contradictoria. El viejo demócrata cedió todo lo que pudo al imperio del petróleo, hasta el extremo de contribuir a inventar la guerra de Corea; pero, en el deseo de ser elegido en 1948 para la presidencia (antes lo era simplemente por la muerte de Roosevelt), boicoteó el robo de las tierras petrolíferas bajo el mar por parte de los estados de Texas, Florida, California y Louisiana. Y el boicot del "viejo malas pulgas" fue tan efectivo, que los petroleros quebraron su carrera

política, inventando otra carrera política: la del general Dwight Eisenhower.

Al comenzar el año 1946, Harry Truman se propuso nombrar secretario de marina a Ed Pauley... petrolero de California. Ustedes saben, la marina yanqui es el principal consumidor de petróleo del país. Pero hay más: Ed Pauley le había ofrecido al secretario de Interior, Harold Ickes, una coima de 300 mil dólares, si el Departamento de Justicia archivaba el proceso contra California, por el dominio de las tierras costeras. Ickes contó este intento de soborno a Truman, pero Truman insistió en nombrar a Pauley secretario de marina. Ickes renunció. El periodista Harvey O'Connor señaló: "... el olor a petróleo de las playas infestaba, no al partido republicano, sino al demócrata. La era del gobierno-por-compinches había llegado".

En junio de 1947, Truman cumplió otra "insinuación" del grupo, hizo aprobar la Ley Taft-Hartley, que liquidó todos los derechos laborales que había ganado la sindicalización durante la Administración Roosevelt. De ese mismo año data el cumplimiento, por parte de Truman, de una nueva insinuación: el plan Marshall. Pero eso ya lo explicamos en detalle.

En 1947 también (parece ser el año del imperio), Harry Truman comenzó su plan de defensa de la "tapa de la olla petrolera oriental". La olla son los yacimientos petrolíferos del Cercano Oriente, controlados por la Standard de California, Texas Company, Standard Oil de Nueva Jersey, la Gulf (de los Mellon), y la Socony. Estos yacimientos, más Venezuela, producen los dos tercios de las ganancias de los gigantes de la maffia. La nacionalización de esta olla petrolífera significaría que los gigantes del Club no ganarían 85 centavos de dólar por barril de petróleo, sino 15

centavos.

Entonces, Grecia y Turquía son la "tapa" de la olla, que la separa de la influencia de los países socialistas. Por eso, Harry Truman, en 1947, comenzó su plan de ayuda a "la libertad de Grecia y Turquía". Hasta 1950, el Departamento de Estado había gastado 660 millones de dólares en mantener los gobiernos de Grecia y Turquía. Ese dinero lo ponen los contribuyentes de Estados Unidos. En ese mismo lapso los seis grandes del petróleo, habían obtenido ganancias cercanas a los cinco mil millones de dólares.

El mismo propósito de mantener a los países árabes petroleros fuera del "microbio socialista y de la nacionalización", fue una de las causas de la invención, por parte de Inglaterra (va en la mitad de las ganancias petroleras) y Estados Unidos, del Estado de Israel. Esto ocurrió en 1948, siempre bajo la administración de Truman.

A pesar de todas estas concesiones, que revelan hasta qué punto el grupo del gran dinero planea la política internacional y nacional de Estados Unidos, los petroleros desconfiaban de Truman. Y desconfiaban de él, por su oposición a regalarles 40 mil millones de dólares como mínimo, o 350 mil millones de dólares como máximo... más ganancias.

Es una breve historia: en la primera administración Roosevelt, las exploraciones determinaron la presencia, en las tierras bajo el Océano (zócalo continental), de riquísimos yacimientos petrolíferos. Sobre todo en las playas de Texas, Florida, Louisiana y California. Se calculó su valor mínimo en 40 mil millones de dólares; máximo de 350 mil millones. De inmediato, los miembros de la maffia se lanzaron a tragarse tamaña riqueza, abogando ("influyendo", es decir "coimeando") porque

esas riquezas fueran declaradas propiedad de cada estado. Como cada estado es gobernado por "ellos"... el problema estaba resuelto. Pero Roosevelt estimó que era una riqueza de Estados Unidos. Y se inició la batalla política más sucia de la historia moderna yanqui, que culminó con la "elección presidencial", en 1952.

Al morir Roosevelt, Truman siguió su línea en este sentido, nada más que para mantener la votación del New Deal, y ser elegido presidente en 1948. Los petroleros decidieron oponerse a la elección de Truman, y los demócratas del sur, los "dixícratas" (los petroleros, los mismos que son la base política de Johnson), se marginaron del partido demócrata, apoyando a Thomas Dewey, el candidato republicano. Pero Dewey era un S.O.B. demasiado conocido, por sus conexiones con el Chase National Bank y la Standard Oil de Nueva Jersey (ambas Rockefeller). Truman ganó las elecciones, y ladró de inmediato, por vengarse de los dixícratas: ordenó instaurar juicios contra Texas y Louisiana "por invadir propiedad federal"... pero, nombró Procurador General, es decir, encargado de empujar el juicio, a Tom Clark, conocido por su "ternura para con los petroleros de Texas"... Los juicios fueron como castigo con pétalos de rosa para los petroleros... a tal punto escandalosos, que Harold Ickes diría:

"Un robo de bienes públicos de la mayor magnitud en la historia estadounidense, se ha iniciado ya con rapidez acelerada... El episodio de las reservas navales de Teapot Dome, adjudicadas con soborno a particulares, es una simple ratería de centavos, junto a lo que se intenta hoy día con la connivencia, o por lo menos con la soñolienta indiferencia, de funcionarios públicos de la mayor magnitud en la historia estadounidense, actitud hacia lo que —si la policía no llega a tiempo— será el crimen de

los siglos en Estados Unidos. Hasta los periódicos, en su mayor parte, han rehusado interesarse".

Y la policía no llegó a tiempo... Eisenhower llegó antes...

Pero, queda el episodio más notable de la administración Truman: la guerra de Corea.

El 8 de septiembre de 1945, ocupó Corea el general norteamericano Hodge al mando del Cuerpo 24 del Ejército. Lo primero que hizo el general Hodge, fue "utilizar a los oficiales japoneses invasores, como sus asesores en el gobierno". Los sudcoreanos cambiaron los gritos de alegría por disturbios callejeros. "Hemos sido traicionados por los yanquis", gritaban. En 1948, el general Hodge puso a Sigman Rhee en la presidencia de Corea del Sur, iniciando una administración de "robos a la luz del día". Los coreanos eran simplemente una bomba de tiempo a punto de estallar.

Entretanto, Estados Unidos vivía una época de recesión. Las ganancias de los grandes consorcios habían bajado, de 18 mil millones de dólares en junio de 1948, a sólo 14 mil millones, en junio de 1949. Y la curva amenazaba con descender más, ya que no tenían salida los enormes stocks (petróleo, acero y manufacturas) acumulados por la superproducción de la guerra mundial.

"Hay que salvar del comunismo a la República de Corea del Sur", fue el grito acuñado en el número 30 de la Rockefeller Square, de Nueva York. Gigantesco "plan de ayuda" a Corea. El día antes del comienzo de la guerra de Corea, las corporaciones habían logrado subir el nivel de sus ganancias, otra vez a 18 mil millones de dólares.

Pero era poco. El 25 de junio de 1950, Sigman Rhee denunció que "estamos siendo invadidos por el gobierno comunista del norte de Corea". Estados Unidos entró a la guerra. En seis meses de guerra, las ganancias de las

corporaciones subieron de 18 mil millones de dólares... a 28 mil millones de dólares. Claro, un millón de muertos, pero... los muertos no son socios del grupo, de modo que no estorban el negocio.

¿Y los petroleros? El 3 de octubre de 1950, "ante la gravedad de la situación", Truman estableció la Administración del Petróleo para la Defensa. Jefe de este organismo gubernativo: Bruce Brown, de la Standard de Indiana... y sus miembros, PAGADOS NO POR EL GOBIERNO, SINO POR LAS COMPAÑÍAS PETROLERAS A LAS CUALES PERTENECÍAN.

Sin embargo, las ganancias se habían estancado en 28 mil millones de dólares, para julio de 1950. ¿Cómo aumentar el giro del negocio guerrero?... Hacer la guerra general. Invadir China. El general Douglas MacArthur recibió el recado de la maffia, y obedeció. Propuso el empleo de la bomba atómica y la invasión de Manchuria. Harry Truman tuvo uno de esos rasgos que ponen a los hombres en la historia: dijo *no*... dijo que ya había bastantes muertos. Y destituyó al general MacArthur.

De inmediato, la Remington Rand, de la casa Dupont de Nemours, designó al general MacArthur para fundar en Lyon, Francia, una sucursal. Sueldo de seis cifras, en dólares. Ah... de paso, la casa Dupont de Nemours se ocupa de la fabricación de las bombas atómicas y de hidrógeno de Estados Unidos.

La destitución del general MacArthur ocurrió en abril de 1951. Las ganancias de las corporaciones ("ellos") según el índice de un mes después, de la cima de 28 mil millones de dólares, habían bajado a 16 mil millones de dólares.

Secretario del Ejército, durante la guerra de Corea, era Frank Pace. El año 60, mister Pace fue nombrado

presidente de la General Dynamics Corp... ustedes saben, la General Dynamics es la más grande fábrica de armas, de carácter privado, del mundo. Por supuesto, miembro distinguido del grupo... Kennedy, en 1962, tratando de apagar para siempre la guerra fría, echó a perder el negocio de la General Dynamics. La firma productora de armas perdió 143.200.000 dólares... Era uno de los miembros del Club damnificados por John Kennedy... había otros... miles de millones de dólares amenazados... Amenaza que bien pudiera costar la vida de un presidente.

Pero estamos recién al final de la administración Truman, y con un problema para los petroleros, socios mayoritarios del grupo del gran dinero: la apropiación de los yacimientos petrolíferos mar adentro, de las playas de los Estados de Texas, Florida, California y Louisiana.

Inmediatamente después que Harold Ickes acusara al Congreso norteamericano de estar inundado "por un enjambre de gestores petroleros de grasientos dedos", la Cámara aprobó, por 265 votos contra 109, una ley que daba a Texas todos los yacimientos petrolíferos hasta 10 y media millas mar adentro, y los tres octavos de todas las rentas del petróleo que pudieran obtenerse de los campos más allá de ese límite. El 2 de abril de 1952, el Senado aprobó también la ley, pero ampliada para todos los Estados, por 50 votos a 35. Creador de la mayoría fue un senador por Texas, recién elegido... se llamaba Lyndon Baynes Johnson.

El presidente Truman vetó la ley (las elecciones eran ese mismo año), declarando públicamente: "Esto sería robo a la luz del día, y en escala colosal". Pero los petroleros no tenían problemas. Estaban "comprando la presidencia" (Esta es una expresión muy usada por escritores yanquis). Sesenta o setenta millones de

dólares (según los cálculos amables de la American Federation of Labour) invirtieron los petroleros en la campaña de Eisenhower. La Standard de California había comenzado temprano la "petrolización" del partido republicano, financiando la campaña contra el comunismo y contra la propiedad federal de las tierras extra-litorales del senador Richard Nixon, protector de ciertos gangsters de su estado. El general Eisenhower tuvo un gesto de honorabilidad comprometida, rechazando ir en la misma fórmula con Nixon. Pero el petróleo tienen un sobrenombre: oro negro. Nixon fue en la fórmula.

Y en el sur, el petróleo siguió haciendo lo que no pudo toda la historia política norteamericana: dividir al partido demócrata. El partido demócrata de Texas acordó apoyar a Eisenhower.

Y Eisenhower, entretanto, en Louisiana, uno de los estados en el carro de los 40 mil millones de dólares, leía su discurso (uno de tantos): "El ataque contra las tierras de la playa es tan sólo una parte de los esfuerzos de la Administración para acumular más poder y dinero... La política de los traficantes del poder en Washington es la política del robo..."

Eisenhower ganó la elección. Pero Truman, cuatro días antes de irse de la Casa Blanca, declaró las tierras extra-litorales reservas de la Marina de los Estados Unidos. Problema fácil de resolver por etapas. Eisenhower nombró Ministro de Marina a Robert Anderson, gerente de la firma Waggoner, mayoritaria en intereses petroleros... de Texas, por supuesto. Como embajador en Inglaterra, nombró a Winthrop Aldrich, presidente del Chase National Bank (Rockefeller). Así, la Standard Oil de Nueva Jersey tendría un poderoso representante en Londres, para proteger sus intereses contra la avaricia de los únicos rivales serios: la Anglo-

Iranian y la Shell. Como Procurador General, Herbert Brownell, del Banco Brown Brothers, dueño de Nicaragua, y declarado partidario de la economía de los monopolios.

La presión petrolera era tan feroz en este primer período de Eisenhower, y tan a la vista, que el senador Tobey (ahora fallecido), republicano de New Hampshire, advirtió a Eisenhower:

"Conozco perfectamente las presiones a que estamos sometidos los republicanos por parte de los petroleros y los intereses del gas; pero creo que, por lo menos, debemos medir con discernimiento e inteligencia, los resultados políticos finales en el ritmo y extensión de nuestra docilidad en relación con nuestros aliados".

Secretario de Defensa fue elegido Charles E. Wilson, de la General Motors (Dupont de Nemours), que no encontró nada más adecuado que afirmar esto: "lo que es bueno para Estados Unidos es bueno para la General Motors, y lo que es bueno para la General Motors, es bueno para Estados Unidos".

La General Motors la controlan no más de 10 empresarios multimillonarios. Estados Unidos tiene 200 millones de personas.

Y para la General Motors es buena la guerra. Entonces, la Administración Eisenhower se inició con un presupuesto que contemplaba el 76 por ciento de gastos para servicios militares, producción de armamentos, proyectos de guerra atómica (feudo de la Dupont) y ayuda militar al extranjero. Sólo un cinco por ciento del presupuesto, se emplearía para todas estas cosas que no interesan a la General Motors: seguridad social, salud e higiene públicas, vivienda y educación.

Después de esto, Eisenhower inició, y ganó (con

el apoyo de la influencia del senador demócrata por Texas, Lyndon Johnson) en el Congreso, el regalo de las tierras extra-territoriales a Texas, California, Florida y Louisiana.

Pero los hombres de negocios norteamericanos (los del grupo del gran dinero) seguían aterrados... ¿saben por qué? La famosa reportera de economía, Silvia Porter, del New York Post lo explicó a la perfección:

"Hoy hay un pánico de paz en Wall Street. Ha nacido (este pánico) de la sospecha de que la guerra de Corea pueda concluir en un futuro muy cercano. Ha comenzado una aterradora discusión, detrás de las puertas cerradas de los principales consorcios norteamericanos, en cuanto a si la perspectiva de paz obligará a la Administración a arriesgarse en un programa de armamentos considerablemente reducido...".

Los encargados de la publicidad de la campaña Eisenhower, midieron la opinión pública, y encontraron que el norteamericano medio estaba harto de la guerra de Corea. Para asegurarse la victoria, le escribieron discursos a Eisenhower en que prometía, si ganaba, volar al día siguiente a Corea, y obtener el cese del fuego. Efectivamente voló a Corea en diciembre de 1952. Pero la guerra siguió igual siete meses más. La lucha terminó exactamente en julio de 1953. Exactamente en esa fecha, de acuerdo a los estudios del Chase National Bank, las ganancias de las corporaciones financieras fueron las más bajas desde Roosevelt... ¡apenas 14.800 millones de dólares, deducidos los impuestos!... ¡la mitad de las ganancias obtenidas cuando comenzó la guerra de Corea! La paz resultaba pésima para la General Motors,

y de acuerdo a lo afirmado por el Secretario de Defensa de Eisenhower, Wilson, debemos concluir que la paz era mal negocio para los Estados Unidos.

Pero quedaba un recurso: la guerra fría. Y los rusos ayudaron a la General Motors. En agosto de 1953, detonaron su primer artefacto nuclear de hidrógeno. "Cuidado... mañana Rusia nos declarará la guerra... hay que armarse... armarse... armarse", comenzaron a gritar los voceros del S.O.B. Club (diarios, radios y canales de televisión). El cazador de brujas MacCarthy era el rey de Estados Unidos. En pago de sus servicios, pidió al petrolero Clint Murchison, uno de los más acaudalados de Texas, un pozo en producción. Murchison ya había "influido" a MacCarthy con 25 mil dólares ese año.

El Secretario de Defensa Wilson, dando cabal demostración de lo bien que cumplía el oficio (con permiso de la General Motors), dijo a toda la nación, en diciembre de 1953: "Aun cuando debemos estar preparados... nuestra superioridad atómica es incontrarrestable. Los rusos están tres o cuatro años detrás de nosotros en esta materia, y se demorarán en resolver el problema de dejar caer una bomba H desde aviones".

Los rusos dejaron caer su primera bomba H en noviembre de 1955; los Estados Unidos lograron lo mismo, en mayo de... 1956.

Sin embargo, la transformación de Estados Unidos en potencia de segunda clase a causa de la entrada de la mafia en el gobierno, no era problema para la General Motors. Se había conseguido crear "alegría de guerra" contra el "pánico de la paz", y las ganancias de los monopolios (siempre con datos del Chase National Bank de los Rockefeller), llegó a la suma de 25 mil millones de dólares al final de 1955.

Con un general tan amable en el poder, no había problemas. La reelección estaba de cajón. Y así fue en 1956. Otro período para el héroe de la Segunda Guerra Mundial, transformado en el hombre del Club en la presidencia.

En su edición del 16 de noviembre de 1956, el U.S. News and World Report, socio distinguido del periodismo del grupo, bajo los titulares de "Efectos de la elección de Ike sobre... negocios, salarios, precios, stocks, impuestos, guerra fría", se regocijaba de este modo:

"El mundo del negocio se ha asegurado por lo menos cuatro años durante los cuales sabrá que la política del gobierno es amigable... Los líderes sindicalistas, en los años que vienen, como en los cuatro años que pasaron, sabrán que no tendrán ayuda del Gobierno para darles apoyo directo en sus demandas a los patrones. Una política de "manos fuera" continuará dominando la Casa Blanca, en cuanto al trabajo".

En el número postelectoral de 1952, el U.S. News había dicho esto:

"Los negocios y las finanzas podrán decir su opinión, ejercer más poder... los hombres que han venido dirigiendo los negocios, los bancos, las industrias norteamericanas, empiezan a tomar las riendas de la planificación política... Ike se ha rodeado de una administración de hombres de negocios..."

Y el vocero más leído del Club hablaba en lenguaje clarísimo:

"De ahora en adelante, el poderío militar norteamericano será el eje para la nueva política de los Estados Unidos, de uno a otro extremo del mundo. La Unión Soviética está rodeada por bases norteamericanas. Los nuevos y gigantescos aviones de

propulsión a chorro pueden bombardear las principales ciudades e industrias del mundo soviético. Una acumulación de miles de bombas atómicas está ahora a nuestra disposición. La fuerza de los Estados Unidos será incrementada ahora, con un depósito de bombas de hidrógeno, capaz cada una de destruir una ciudad... Actualmente, los Estados Unidos completan la expansión de una industria de armamentos sin parangón en el mundo entero".

Y por último, en esta cadena de citas aclaratorias, un párrafo que resulta de antología acerca del grado de ingenuidad del lector de revistas y periódicos en Estados Unidos. Decía en 1956 el U.S. News and World Report:

"El poder de veto estará ahora en manos de un presidente (Eisenhower) que se sabe es amigo de los hombres de negocio. Esto significa seguridad contra cualesquiera acciones iracundas del Congreso, que podrían ser perturbadoras para los negocios. Todo el Gobierno, en la medida que el control de la Casa Blanca puede asegurarlo, tendrá ahora una actitud de amigo hacia el negocio privado. Esto significa que los organismos oficiales encargados de regular los negocios privados... serán dominados gradualmente por funcionarios que no están interesados en ir más allá de la ley para imponer "reformas" de sus cosecha".

¿Se necesita más luz para ver el petróleo? ¿O para no tropezar con el acero, el cobre y los gestores de la Dupont, de la General Motors, consiguiendo contratos del Departamento de Defensa?

No obstante, a veces la "influencia" del negocio privado en la Casa Blanca era tan fuerte, que su olor inundaba todo Estados Unidos y había que echar pie atrás en los grandes negocios. Ejemplo típico es el caso

del TVA.

En abril de 1933, la administración Roosevelt estableció la Tennessee Valley Authority, una corporación destinada a obtener el control para el estado de la electricidad producida por hidroenergía. Tiene este nombre, porque fue creada especialmente para impulsar la recuperación económica del Valle de Tennessee, que era la región más pobre de los Estados Unidos. Bajo la supervisión de la TVA, el Tennessee Valley se transformó en una rica región agrícola e industrial, y sirvió de ejemplo a Estados Unidos, de que el dominio del estado de las riquezas naturales, es mucho mejor para el pueblo. Esto, por supuesto, transformó a la TVA en el blanco de la ira de los monopolios privados de la electricidad yanquis. Su campaña de destrucción pareció cerca de la victoria, cuando en 1954-55 el presidente Eisenhower hizo presentar en el Congreso el proyecto de ley llamado Dixon-Yates, para dismantelar la TVA. El proyecto estaba "influido" por la General Electric, American Light and Power (Morgan), Duquesne Light (Mellon), Electric Bond and Share (la de Guatemala), y otros socios de la honorable sociedad.

La intervención de la industria privada fue tan escandalosa, que Eisenhower tuvo que retirar su apoyo al proyecto de ley, para no perder su prestigio personal en Estados Unidos. Así, la TVA sobrevivió... y sería usada con vigor por John Kennedy... hasta que lo fusilaron en Dallas, Texas.

En enero de 1959, Fidel Castro entró en La Habana. El día 2 de enero, en la sala de Directorio del Chase National Bank de Nueva York, en Manhattan, se reunieron los representantes de los consorcios financieros Morgan, Rocketeller, Mellon y Kuhn y Loeb, dueños de las riquezas naturales de Cuba. Se acordó esperar, a ver

"¡qué hace este loco de la barba!".

El loco de la barba hizo estallar, en el patio trasero del imperio del petróleo, Texas, como pompas de jabón, todo el dominio comercial de Cuba por parte de los consorcios de Manhattan.

La historia de Cuba, hasta ese día de enero de 1959, fue así:

Durante los últimos veinte años del siglo XIX, los intereses bancarios de Nueva York se interesaron por el azúcar cubana. En el año 1896, ya tenían en su poder el equivalente a 30 millones de dólares. La Bethlehem Steel (de los Kuhn y Loeb en sociedad con los Rockefeller), consiguió concesiones en minas de hierro, níquel y manganeso. En 1910, los esfuerzos combinados de Rockefeller, Kuhn y Loeb, Mellon y Morgan, poseían azúcar y minas por valor de 50 millones» de dólares en Cuba. Ocho años antes, los infantes de marina norteamericanos habían dejado Cuba, pero seguían en la base de Guantánamo, pagando dos mil dólares... al año, de arriendo. El día antes de que Fidel Castro entrara en La Habana, el 31 de diciembre de 1958, el capital privado norteamericano controlaba el 90 por ciento de la electricidad y los teléfonos; el 50 por ciento de los ferrocarriles; el 40 por ciento de la producción de azúcar; y cantidad indeterminada de las minas de hierro, níquel y manganeso... y la prospección de petróleo.

El año 1959 transcurrió en la duda para los directores financieros en la sala color caoba del Chase National Bank de Nueva York. Pero en el amanecer del año 60, Castro fue preciso: nacionalización total. Pánico en Manhattan. Ordenes para la Casa Blanca. Y bajo la supervisión de Eisenhower, el Departamento de Defensa comenzó el estudio de la "Operación Pluto".

La Operación Pluto era la invasión de Cuba, que se transformaría en el fiasco de Bahía Cochinos, del lunes 17 de abril, de 1961... Regalo de la administración de hombres de negocios de Eisenhower... a la nueva administración de Kennedy.

Y Kennedy hizo fracasar la "Operación Pluto".

SEGUNDA PARTE

EL S. O. B. CLUB

"Mi padre siempre me dijo que todos los hombres de negocios eran unos hijos de p..., (), pero nunca lo creí, hasta hoy día".*

(John Fitzgerald Kennedy, al iniciar su lucha contra los magnates del acero).

() "Sons of a bitch", S. O. B., en inglés.*

Una mañana de abril de 1962, dos agentes del FBI entraron en la oficina privada del gerente de la Bethlehem Steel Co. (la segunda más grande de Estados Unidos, de la casa Rockefeller y Kuhn and Loeb) en Filadelfia, y le dijeron:

—Tenemos órdenes de interrogarlo... una orden legal, del Departamento de Justicia... aquí está la firma de Robert Kennedy.

Y los detectives del FBI interrogaron al gerente y buscaron documentos incriminatorios en su oficina.

Esa misma labor hacían otros agentes del FBI en las oficinas principales de la United States Steel Corp. (la más grande industria del acero yanqui, de los Morgan), y de siete compañías más.

Por primera vez en la historia de los Estados Unidos en este siglo, los "business men", estaban siendo tratados como delincuentes.

—Estas son tácticas propias de la Gestapo —gritó el

presidente del Comité Nacional Republicano, William E. Miller.

John Fitzgerald Kennedy había comenzado su primera batalla contra los monopolios privados norteamericanos, que han gobernado esa nación desde casi siempre... y la iba a ganar. Los hechos comenzaron una semana antes que los agentes del FBI hollaran las oficinas de los grandes de la maffia.

El presidente del Consejo de la U.S. Steel Corp., Roger M. Blough, pidió audiencia a John Kennedy, en la primera semana de abril de 1962. Blough entró sonriente a hablar con Kennedy. Cincuenta minutos más tarde, salía pálido y con el rostro tenso. Cuando abrió la puerta del despacho privado de Kennedy, se escuchó cómo éste decía, iracundo:

—¡Qué se han imaginado estos hijos de p...! (sons of a bitch).

Blough había ido a comunicar al presidente Kennedy, que la U.S. Steel Corporation alzaría el precio del acero en 6 dólares la tonelada. Kennedy respondió: "Si lo hacen, los aplasto". Blough, heredero de medio siglo de manejo de la Casa Blanca, respondió: "Veremos".

Junto con la Steel, estaban la Bethlehem y seis compañías más, que constituyen el monopolio del acero de la maffia. El Big Steel, lo llaman en Estados Unidos.

El anuncio del alza del precio en el acero resultaba una doble traición para Kennedy. Primero, por su concepción liberal de la economía (es decir, con control del estado), y segundo, porque Kennedy, personalmente, a través de su ministro del trabajo, Arthur Goldberg, había arreglado la huelga de los trabajadores del acero.

Y la había arreglado así: los obreros no obtenían aumentos de salarios, como medida antinflacionaria,

sino 10 centavos por hora en beneficios laterales. Y los obreros, dirigidos por el presidente de la United Steelworkers, David McDonald, habían aceptado sólo porque confiaban en John Kennedy.

Ahora, conseguida la paz con los obreros, el gigantesco negocio del acero iba a hacer la jugada ya conocida: elevar los precios. ¿Para qué? Para realizar la buena ronda de siempre del grupo: ganar mil millones de dólares con los contratos del Departamento de Defensa de los Estados, que son pagados con el dinero del pueblo de Estados Unidos. La U.S. Steel y la Lukens Steel Co., son los únicos que pueden producir planchas de acero para los proyectiles Polaris... y ahí estaba el negocio del 3,5 por ciento de alza en el precio del acero.

Pero, como lo dijo Ted Sorensen, el "escritor" de Kennedy: "La U.S. Steel eligió el presidente equivocado para traicionarlo".

Kennedy planeó bien el ataque contra los que había bautizado, con cólera, los S. O. B. Y debía planearlo bien, porque era primera vez que el gobierno yanqui, desde Roosevelt, iba a luchar contra el imperio de la maffia. Con candor, la revista Time anotó: "Siempre, en todo tiempo, y diez veces desde la Segunda Guerra Mundial, la U.S. Steel Corp., la más grande compañía de la industria básica del país, había fijado a su sabor, el precio del acero".

Pero ahora no. Y el presidente Kennedy empezó el ataque, con una conferencia de prensa, televisada a todo el país, en que afirmó:

"En esta grave hora de la historia de nuestra nación, cuando estamos enfrentados a serias crisis en Berlín y Asia sudoriental, cuando estamos dedicando nuestras energías a la recuperación económica y a la

estabilidad, cuando estamos pidiendo a los reservistas que dejen sus hogares y familias por tiempo indefinido y a los soldados en servicio que arriesguen sus vidas — cuatro han muerto en los últimos dos días en Viet Nam—, y solicitando a los obreros sindicalizados que pidan bajos aumentos de salarios, en una hora en que restricciones y sacrificio se demandan de cada ciudadano, el pueblo norteamericano encontrará duro, como yo lo encuentro, aceptar una situación en la cual un pequeño grupo de gerentes del acero, cuya ambición de poder y ganancias excede su sentido de responsabilidad pública, sea capaz de mostrar tan cabal desprecio por el bienestar de 185 millones de norteamericanos... Los gerentes del acero están intentando un irresponsable desafío al interés nacional, con despiadado desprecio de sus responsabilidades públicas... No hay ninguna justificación para elevar el precio del acero... Bajo el sistema de la libre empresa, las decisiones sobre precios y salarios, deben ser hechas privada y libremente. Pero el pueblo norteamericano tiene derecho a esperar, como reconocimiento por esa libertad, en los hombres de negocio, un más alto sentido de la responsabilidad por el bienestar de su patria, que el que han demostrado en los últimos dos días... Hace un tiempo, pedí a cada norteamericano reflexionar en lo que cada uno puede hacer por su patria... y se lo pedí a las compañías del acero. En las últimas 24 horas, tuvimos su respuesta..."

Todo el pueblo de Estados Unidos escuchó este ataque a la mafia, y lo vio en televisión, porque fue hecho durante su conferencia de prensa habitual... sin posibilidades de ser "censurado" por los controles comerciales del periodismo norteamericano. Los diarios norteamericanos dijeron: "se trata del más salvaje

ataque, jamás hecho por presidente alguno de los Estados Unidos, contra el negocio en grande".

Y el ataque no solamente era verbal... tenía la fuerza de voluntad de dos hombres que se transformarían en enemigos mortales de "ellos": John y Robert Kennedy. Veinticuatro horas después de este discurso, Kennedy hizo todo esto:

Encargó al Departamento de Justicia (Robert Kennedy) investigar el negocio del acero, para iniciar juicio por monopolio contra él. Encargó al Departamento de Defensa (Robert MacNamara) cancelar los contratos federales de defensa con la U.S. Steel. Inició una investigación de la contabilidad de las grandes compañías, por medio del Departamento de Comercio Federal. Inició con los abogados del Consejo de Técnicos Económicos (a cargo del economista socialista Walter Wolfgang Heller), el bosquejo de una ley de emergencia, para detener el alza por 90 días, mientras bombardeaba a la industria privada básica del país. Llamó a su despacho al representante de Brooklyn, Manny Celler, jefe del Subcomité cameral Antimonopolios. A la salida de su conferencia con Kennedy, Celler anunció que su subcomité comenzaría a investigar públicamente al acero en mayo. Por su parte, el senador por Tennessee, Estes Kefauver ("El Crimen en América"), dijo que su subcomité Antitrust y antimonopolios, investigaría gustoso al acero.

Robert Kennedy, como Ministro de Justicia, desplegó todo el desagradable poder de choque de los agentes del FBI, poniendo bajo vigilancia los hogares de los gerentes del acero, interrogándolos, curioseando en sus archivos... en fin, investigándolos como delincuentes comunes bajo sospecha. De paso, dijo a los reporteros que se estudiaba la iniciación de un Gran Jurado (Juicio Público),

por posible violación de la ley antitrust, ya que la U.S. Steel había amenazado a Kennedy con la acción conjunta con la Bethlehem y seis compañías más en el alza del precio... lo que significaba fijación ilegal de precios (cosa que hace, por otro lado, desde su nacimiento, el imperio del petróleo).

Los agentes del FBI investigaron también los apuntes de los reporteros económicos, y los interrogaron acerca de lo que sucedía en las compañías del acero.

"El grupo", entonces, organizó una conferencia de prensa, en cadena nacional, del presidente del Consejo de la U.S. Steel, Roger Blough. Blough dijo que Kennedy estaba atentando contra la libre empresa, y que en realidad, el alza del acero no afectaba al público yanqui, porque, aseguró, "el mayor precio, apenas significa 65 centavos por refrigerador, 3 centavos por tostadora de pan, y 10,64 dólares por un auto de modelo standard".

Pero Robert McNamara lo demolió: demostró que el alza significaba un mayor gasto en la defensa, de mil millones de dólares. Y es el pueblo norteamericano el que paga las instalaciones militares.

Además, y esto lo estableció John Kennedy, "los gerentes del acero falsean los hechos, porque el alza de precio dará una excusa a todos los manufactureros (el más grande es la General Motors) para también alzar sus productos".

Mientras Kennedy lanzaba a sus detectives, ministros, abogados y parlamentarios a la primera línea de fuego contra el gigante del acero, realizó una operación de tenazas.

Joseph Block, presidente de la Inland Steel de Chicago (la octava en el capital), es al mismo tiempo consejero, por parte patronal, del Comité de Consejeros del Trabajo y el Capital, en el Ministerio del

Trabajo. Kennedy llamó a Block y le dijo: "Estoy dispuesto a liquidar a este hato de... ¿de qué lado está usted?"

A la salida de la conferencia con Kennedy, Block anunció a los periodistas: "Mi industria ha decidido no subir los precios de su acero, por esta vez".

Dos días después, el presidente de la Bethlehem Steel Corp. (la segunda del país, y principal asociado de la U.S. Steel en el alza de precios que causó la tormenta), Edmund F. Martin, dijo: "Nuestra compañía ha decidido rescindir el alza que había acordado... a fin de permanecer en la competencia".

Tres horas más tarde, Roger Blough, de la U.S. Steel, se rindió. "En vista de los últimos acontecimientos, y a la luz del desarrollo de la competencia, mi compañía también ha dejado sin efecto el alza de 3 y medio por ciento en la tonelada de acero". Las otras seis compañías que habían conformado el ala de choque de la mafia, corrieron a rendirse junto a la U. S. Steel y la Bethlehem Steel.

Por primera vez "desde siempre", un presidente de Estados Unidos había liquidado un sector importante del grupo del gran dinero. Era la primera quincena del mes de abril de 1962. Diecinueve meses más tarde, John Kennedy sería asesinado.

¿Por qué se rindió el trust del acero? Porque le entró pánico. Le entró pánico por el anuncio de Robert Kennedy, de la formación de un Gran Jurado para investigar la industria. La industria pensó que rindiéndose, el Gran Jurado sería cancelado. Pero, la mafia se equivocó. Robert Kennedy iniciaría las investigaciones previas para el Gran Jurado, a fines de 1963... pero, ahora, ya no tiene sentido esta investigación... Kennedy, el presidente, fue asesinado el

22 de noviembre de 1963.

Para los hombres de negocios, el vergonzoso episodio del acero (vergonzoso para ellos) era simplemente la primera batalla de una guerra. La guerra de John Kennedy y familia (el gobierno), con la maffia del gran dinero (la libre empresa).

La revista republicana Time (que tiene una edición expurgada para Latinoamérica), al final del episodio, afirmaba: "La ferocidad de su ataque sobre el acero hizo odiar y enfurecer a muchos de los hombres de negocios, que habían llegado a pensar que John Kennedy, después de todo, no era hostil a la libre empresa".

Y los reporteros de Time definieron a la perfección el nuevo espíritu que había en la Casa Blanca, al reflexionar: "El demostró, de un modo imposible de olvidar, que cualquier organización, grupo o persona que lo contradiga puede atraer sobre sí el abrumador poder del Gobierno Federal".

Lejos estaban los tiempos en que un embajador en Alemania demostraba que entre "los 64 que gobiernan Estados Unidos, no está el presidente Herbert Hoover, porque él no toma parte en los actos concretos de gobierno". Y lejos también, a pesar de la cercanía del tiempo, el héroe de la guerra que recibía órdenes desde el número 30 de la Rockefeller Square, sede del gigante de la maffia y del imperio del petróleo.

Fue bueno mientras duró... duró 18 meses y 7 días... perdió Kennedy el 22 de noviembre de 1963... al ser fusilado... Si no... era seguro que ganaba Kennedy, y perdía la maffia. Con cuatro años más de gobierno...

Kennedy presidente

¿Cómo perdió el grupo el control del gobierno de Estados Unidos en 1960, al ser elegido John Fitzgerald Kennedy? Hubo dos razones. La extraordinaria habilidad política de Kennedy y la circunstancia histórica imponderable, inexplicable, a la manera de la defensa irracional y heroica de Stalingrado... la batalla de Verdun... el poder que tuvo durante cuatro años un saltimbanqui como el senador Joseph McCarthy... o la supervivencia de la revolución bolchevique en 1918...

¿Cómo podía ser traidor al negocio un hijo de millonario, de multimillonario, que a los 21 años tenía de regalo un millón de dólares? Eso, tal vez, suavizó el camino hacia la Casa Blanca de John Kennedy, porque sus discursos... bueno, "ellos" saben que muchos políticos de su país hablan y hacen cosas enteramente distintas.

La lucha por la nominación en la Convención Nacional del Partido Demócrata, en el alba de 1960, fue terrible. Al final, en el campo de batalla sólo había dos contrincantes: John Fitzgerald Kennedy por los "liberales", y Lyndon Baynes Johnson, por los "conservadores". Los candidatos se dijeron de todo. Johnson habló del "niño bonito de Boston", del "vago hijo de millonario" y del "Dios que quiere hacernos el favor de venir a contarnos cómo tenemos que manejar este partido y este país". John Kennedy, fue más cáustico. Habló así:

—Nuestro hombre del petróleo quiere emporcarnos a todos la cara... pero desde la Casa Blanca.

El ayudante político de Johnson en la Convención de 1960 (y socio político desde siempre), era el texano John Connally. Antes de la última votación, llamó a

reunión a los convencionales sureños, y les dijo: "Tenemos que ganar la nominación de Johnson, porque si no, estaremos colocando un cadáver en la Casa Blanca. John Kennedy está aquejado de una enfermedad mortal, que lo puede liquidar en cualquier instante".

Esta técnica política del texano Connally asqueó a muchos convencionales, y Kennedy ganó la nominación.

Al día siguiente de la nominación de Kennedy por la Convención, éste almorzó con Adlai Stevenson, su consejero en los grandes problemas. Kennedy le planteó su dilema abruptamente: "He escogido a Lyndon Johnson como mi co-candidato". Stevenson quiso disuadirlo: "Pero, ¿si tú sabes que es incondicional de los petroleros!"

Kennedy estableció su juego político: "Adlai, he hablado y hablaré como un liberal... eso, para el sur, significa ser comunista. El único modo de ganar las elecciones, es con los votos del sur... Johnson los tiene... y desde la Casa Blanca podré vigilar a Johnson". Stevenson estuvo de acuerdo. Llamaron a Bob Kennedy. La reacción de Bob Kennedy: "¡No puedes asociarte con esa clase de políticos!". Pero John también convenció a Bob.

Cuando Lyndon Johnson recibió la llamada telefónica de John Kennedy, éste le dijo: "senador, déme dos horas para decidir si acepto ir con usted". Johnson llamó a su ayudante político John Connally, y éste reunió a los petroleros de Texas. John Connally explicó a Johnson y a los petroleros:

—Me parece buena la idea de que Lyndon Johnson sea vicepresidente. John Kennedy sufre del mal de Addison en estado muy avanzado... esta tuberculosis en sus riñones puede matarlo luego... Johnson quedaría

automáticamente de presidente, y desde la Casa Blanca es mucho más fácil ser reelegido... figúrense, primera vez que nosotros llegaríamos a la presidencia de Estados Unidos.

Pero los petroleros, hombres prácticos, no querían confiarse de una posibilidad entre varias.

"Senador Johnson", le dijeron, "no queremos que acepte la designación para vicepresidente. Usted nos es útil en el Senado, donde puede detener cualquier intento de legislar contra los intereses del petróleo... como lo ha hecho hasta ahora, y muy bien, cosa que le agradecemos. ¿Está claro? No queremos que acepte la designación... lo queremos en el Senado... siga ahí... y seguirá siendo senador siempre".

Johnson replicó: "Creo que también seré útil para la industria en la vicepresidencia... podría pedir al senador Kennedy, por ejemplo, que a cambio de mi aceptación, me prometa nombrar al señor Connally en la secretaría de marina... y desde ahí podemos controlar la compra del petróleo...".

Los petroleros siguieron negándose a la idea. Johnson aceptó de todos modos la vicepresidencia en la fórmula, y algunos industriales del petróleo se enfurecieron. Pusieron su dinero en la campaña de los republicanos Nixon y Lodge (de los Moors y Cabot, del grupo de Boston, ya conocidos nuestros). Kennedy aceptó las condiciones de Johnson, pero ese mismo día explicó a su hermano Robert, bastante alarmado por estos juegos políticos: "No te preocupes, tendré a Connally en la secretaría de marina unos cuantos meses, después lo despidió... tú te encargarás de controlarlo".

John Connally fue secretario de marina exactamente un año. Permaneció bajo el control diario de los hermanos Kennedy... y después fue elegido

gobernador de Texas. Iba en el automóvil presidencial en Dallas... y una bala que falló darle a Kennedy, lo hirió a él.

Kennedy ganó la elección presidencial. Comenzaba su camino que lo llevaría a ser fusilado en las calles de Dallas. Estados Unidos tiene un sistema de gobierno federal que pone a la misma altura de poder al Congreso, la Corte Suprema y el Ejecutivo. En las tres ramas, la infiltración del grupo del gran dinero ha sido siempre fuerte. Y lo era, al hacerse cargo del puesto John Kennedy. Su plan general de acción, de aumentar el poder del Ejecutivo, para lograr si no el adueñamiento de las riquezas naturales de Estados Unidos (ahora en poder de "los mil de la mafia"), por lo menos el control de los que negocian con ellas a costa del pueblo yanqui y de la paz del mundo, tenía que empezar, en lenguaje militar, "camuflado", y así fue.

Su gabinete, políticamente, no era derechista ni izquierdista, apenas en el centro. Tres gobernadores, dos hombres de negocios, dos abogados, dos funcionarios del Departamento de Estado y un parlamentario. La derecha representada por el ministro de Comercio, Luther Hodges, demócrata de North Carolina. La izquierda franca, representada por el ministro del Trabajo, el abogado Arthur Goldberg, y el de agricultura, Orville Freeman.

Pero el secreto estaba en su Ministro de Justicia. John Kennedy convenció a Bob, en una conversación de 20 minutos, en el dormitorio de John. "El Departamento de Justicia es el arma de choque del gobierno", le dijo John, "y necesito estar yo al frente de él... pero no puedo... por eso, tienes que estar tú... yo me encargo del resto de los ministros". Al día siguiente, Bob dijo que sí.

Para el puesto de Secretario del Tesoro, hubo tres bajas.

En la lista presentada a Kennedy, había estos nombres: Robert Lovett (ya conocido de nosotros, por ser banquero de Manhattan), Eugene Black (presidente del World Bank) y John McCloy (presidente del Consejo del Chase Manhattan Bank). Los tres fueron rechazados. Kennedy nombró en cambio a uno que no estaba en la lista; Douglas Dillon, republicano, y ex subsecretario de estado para asuntos económicos en la segunda administración de Eisenhower. Dillon es lo que entre los políticos se llama "hombre manejable"... y esta breve historia lo demuestra:

Cuando se le propuso el nombramiento, Dillon, que era seguro secretario de estado si ganaba Nixon, fue a hablar con Dwight Eisenhower. Eisenhower le dijo: "No puede aceptar el puesto, a menos que tenga un documento firmado por Kennedy, en que éste diga que lo dejará a usted enteramente libre en la política del Tesoro". Kennedy no le dio tal documento, y Dillon aceptó de todos modos. La historia se supo, y un periodista, en Palm Beach, le preguntó a Kennedy qué había del asunto. La respuesta de Kennedy es típica: "Un Presidente no puede entrar en componendas con los miembros de su Gabinete".

Y el extraordinario ajedrez político que dirigía Kennedy, se hizo notorio el 31 de diciembre de 1960. Nombró presidente del Consejo de Técnicos Económicos (tres miembros; y verdadero planificador de la política del Departamento del Tesoro) a Walter Wolfgang Heller, profesor de Economía en la Universidad de Minnesota; de 45 años... teórico de la planificación económica por parte del gobierno, es decir, enemigo mortal de la mafia del gran dinero. Dos puntos notables del pensamiento de

Heller, eran estos:

Uno... Los precios y los salarios serán convenientes para la nación, en la medida que destruyamos los monopolios domésticos, racionalicemos el trabajo y entremos en competencia de productos con el extranjero.

Dos... Hay que eliminar evasiones de impuesto tan absurdas como el 27,5 por ciento de "agotamiento" concedido al petróleo y otros minerales; rebajar la cantidad que se clasifica como "ganancia de capital"... y otros métodos legales de evadir los impuestos por los millonarios.

Ese era el hombre que manejaría a Dillon... y aterrorizaría a la mafia.

La política exterior de Estados Unidos, es simplemente un reflejo de las presiones y contrapresiones que ocurren en el interior de los Estados Unidos, manejadas por la mafia del gran dinero. Esto, ha provocado una maraña de tratados, bases militares y conductas diversas, difíciles de cambiar, siquiera en una década. Por eso, la gran planificación de Kennedy fue en el sentido nacional... liquidar la "libre empresa irresponsable", como él la llamaba, y en seguida iniciar el camino de regreso en la política internacional. De ahí la designación de Dean Rusk como Secretario de Estado, es decir ministro de Relaciones Exteriores. Dean Rusk es presidente de la Fundación Rockefeller, Rockefeller es dueño de la Standard de Nueva Jersey... la Standard es mayoritaria en el petróleo del Cercano Oriente y de Venezuela. Pero Rusk, como todos los ministros de Kennedy, aprendió, en los episodios de Cuba sobre todo... que el verdadero amo se llamaba John Kennedy, con un doble poderoso: Robert Kennedy.

Sin embargo, como en todos los otros puestos que Kennedy decoró con hombres de confianza de la mafia, puso inmediatamente después hombres de sus propias ideas. Delegado ante las Naciones Unidas, Adlai Stevenson. Stevenson es dirigente emocional de todos los jóvenes de la generación de Kennedy, que quieren conseguir un mundo en paz a toda costa, y borrar de una vez la guerra fría. Subsecretario de Estado Chester Bowles, cuya idea internacional más "liberal", fue siempre el reconocimiento de la República Popular China.

Tal vez una señal de lo que iba a ocurrir en la administración Kennedy, es el caso de Robert McNamara, ministro de Defensa. McNamara es lo que se llama niño prodigio en el oficio de gerente. En 1945 entró a la Ford. Un día después que Kennedy era elegido presidente, en 1960, McNamara era nombrado presidente de la Ford Motor Co. Primer caso de un "extraño" a la familia Ford, para servir en tal cargo. McNamara es un republicano liberal, y así, votó por Kennedy en las elecciones, y perdió potencialmente tres millones de dólares. La cosa sucedió de este modo:

Al ser nombrado Ministro de Defensa, McNamara vendió sus 24 mil 250 acciones de la Ford, y renunció a la opción de otras 30 mil. Un abogado, que calculó que McNamara perdía tres millones de dólares al hacer esto, le dijo: "Venda las acciones a sus hijos, y así cumple con la ley y usted no pierde nada". McNamara contestó: "Yo no perdería nada... pero el país sí, potencialmente... yo quedaría atado a mis intereses en la Ford".

Cuando McNamara se hizo cargo del ministerio, un reportero, remedando la famosa afirmación del ex ministro de Eisenhower, Charles Wilson, de la General Motors, le dijo: "¿Cree usted que lo que es bueno para

la Ford es bueno para el país?", Replicó McNamara: "Actuaré solamente en el interés del país".

La posición actual de McNamara, con respecto a la Ford, es así: en 1981, la compañía tendrá que darle una pensión de vejez de 16 mil dólares al año. Ahora le debe 50 mil dólares, como compensación por el mayor trabajo que tuvo como presidente.

Tres ministros serían los generales de la campaña de Kennedy contra la mafia: el de Defensa, McNamara; el del Trabajo, Goldberg; y el de Justicia, Robert Kennedy. De McNamara ya he dado algunos datos suficientes para conocerlo, de Goldberg, basta esto:

Arthur Goldberg, 52 años, hijo de rusos, criado en Chicago. Abogado, se transformó en el representante de los trabajadores, desde que estuvo a cargo de la huelga de trabajadores de diarios contra el imperio de Hearst, en 1938, Jack y Bob Kennedy conocieron a Goldberg cuando Bob investigaba a los gangsters infiltrados en los sindicatos (Hoffa y compañía). Goldberg era conocido por sus continuos esfuerzos por expulsar a los gangsters infiltrados en la AFL-CIO (Federación Americana del Trabajo-Congreso de Organizaciones Industriales). Cuando George Meany, de la AFL-CIO, presentó a Kennedy una lista de cinco nombres como candidatos a ministro del Trabajo, el presidente los rechazó a todos... y eligió a Goldberg.

El tercero, y en realidad primero, y al mismo nivel de Kennedy, a veces sobre Kennedy (Cuba y la lucha contra la mafia), es Robert Kennedy, que ahora tiene 38 años, y siempre un solo deseo: limpiar Estados Unidos de las mafias. La chica (los gangsters) y la grande (los monopolios).

Lo que los hombres de negocios norteamericanos no entendieron cuando llegó Kennedy al poder (y los pilló

desprevenidos en el vergonzoso desastre del imperio del acero), es que Kennedy representaba una nueva generación en el poder. Lo que se llama un "turning point", de la historia. Un "punto de inflexión" de la historia. Tan importante como lo fue la batalla de Stalingrado para el mundo. Sin el "turning point" de Stalingrado, seguramente hoy el socialismo no existiría en el pie de igualdad con el capitalismo en que se haya.

Dejemos la explicación a Félix Gross, profesor de Sociología de la Universidad de Nueva York:

"Estados Unidos tiene cierta tradición de anti-intelectualismo. En los tiempos del senador McCarthy, esta ola de anti-intelectualismo ganó impulso entre algunos grupos. Existía una especie de confianza general en las habilidades y conocimientos de los hombres de negocios"... y entonces, los hombres de negocios gobernaban el país.

Pero, llegó Kennedy, y el paisaje anti-intelectual de Estados Unidos se transformó... volvamos al sociólogo Gross:

"Los Estados Unidos emplean actualmente más profesores de colegios y científicos que mineros de carbón. La clase intelectual norteamericana comienza a ejercer su influencia. Fue el presidente Kennedy quien representó no solamente a la nación, sino a las nuevas generaciones dedicadas a la educación, investigación y ocupaciones intelectuales, con valores orientados hacia amplias metas".

Estos eran los "hombres de Harvard", que acumularon contra ellos el odio de los "hombres de Wall Street", siguiendo las aguas de John Kennedy, que se propuso destruir el poder económico de unos pocos, para dárselo a todo el país... pero fue fusilado en Dallas,

Texas.

La gran batalla

Al día siguiente de ser bautizado el S.O.B. Club y de ser destruida la intención del imperio del acero de subir los precios, y ganar mil millones de dólares a costa del gobierno, había gran llanto entre las plañideras del grupo:... los más grandes diarios de Estados Unidos.

Dijo el Wall Street Journal: "Nunca vimos nada parecido. Una de las industrias nacionales del acero anuncia que tratará de hacer más dinero con su producto... y de inmediato el infierno se desencadena. El señor Kennedy tuvo su victoria. El Presidente se encargó de decir que todo el pueblo de Estados Unidos debería estar agradecido. Alrededor de él había alegría desbordante, ante esta prueba positiva de cómo el puro poder político, usado con crueldad, puede destrozarse a cualquier ciudadano privado que se ponga en su camino. Si no hubiéramos visto esto con nuestros propios ojos, y oído con nuestras propias orejas, habríamos sido incapaces de creer que en Estados Unidos, hoy día, esto ocurriera".

El Banner, de Nashville: "Un aviso para todos los norteamericanos, de que el día de la Libre Empresa está llegando a su fin. Jruschov estuvo muy cerca de la verdad cuando dijo: "Vuestros nietos vivirán en un sistema socialista".

El Times de Los Angeles: "La conducta del señor Kennedy para con la libre empresa, es una reencarnación, en escala no soñada, del estado

corporativo de Mussolini".

David Lawrence, columnista en cadena nacional de periódicos: "La conducta de Kennedy para con el acero es un trágico disparate, que está haciendo creer al público que las alzas de precios son perversas y antipatrióticas... estamos en el alba de una recesión, en cuyo final se haya un sistema cuasi-fascista... Las únicas personas en el mundo que pueden realmente tener satisfacción por la trágica hazaña del presidente Kennedy, son los abogados del estado socialista... a menudo, predecesor del comunismo".

En la capital de la industria del acero, Pittsburgh, el Post Gazette reflejaba las heridas y el miedo de sus amos: "La industria ha ganado el cargo de irresponsabilidad de parte del Presidente, pero siente que la Administración Kennedy ha ido a extremos vejatorios para sostener su punto de vista".

El Saint Louis Post Dispatch: "El Presidente Kennedy habría sido más avisado, si hubiera puesto algunas cortapisas en la conducta de su ardoroso hermano. No nos gustan, no nos gustan del todo las vagas amenazas de cargos criminales del Procurador General Kennedy, contra los gerentes del acero; y no nos gustan sus vagas amenazas de juicios para romper a la U.S. Steel".

Dos diarios aplaudieron a Kennedy. El Bee, de Sacramento: "Fue una dramática demostración de que el Gran Negocio no podrá nunca más decir "que el público se vaya a buena parte y sigamos con la fiesta". James Weeksler, del New York Post: "Un episodio en la caída del imperio de los monopolios, cuyos líderes habían perdido contacto con la realidad".

No obstante, son más claras las opiniones de los hombres de negocios, de los campeones de la libre

empresa. He aquí algunos ejemplos:

George McDougal, Vicepresidente de la Daniel Construction Co., en Greenville: "Creo que así fue como Hitler se hizo cargo del poder absoluto... pero poco le duró, ¿se acuerdan?"

Milton Friedman, economista de la Universidad de Chicago: "Eso demuestra con dramatismo cuánto poder para un estado policial reside en Washington".

Yale Brozen, también de la Universidad de Chicago: "La acción de Kennedy fue la más grande demostración de dictadura con guante blanco que uno podría imaginarse. ¿Quién es esta, o cualquiera otra Administración para indicar qué precios debe haber?"

Edward Cárter, gerente en Los Angeles: "Esto lleva a una cadena sin fin, porque cuando usted comienza regulando los precios, usted tiene que regular los salarios, y al hacer esto, tiene que regular dónde trabaja la gente. Es difícil saber dónde se para uno. Esto podría llevar a la nacionalización de la industria del acero".

El ex presidente del Consejo de Técnicos Económicos del Presidente Eisenhower, Raymond Saulnier, fue más sofisticado: "Creo que esta acción irá a los libros como el más sobresaliente ejemplo de interferencia del Gobierno en una decisión de empresa privada en nuestra historia".

Así era el llanto y así el odio contra Kennedy, en el mes de abril de 1962. Pero era el odio que no hace noticia, porque se consume, se digiere y se transforma en ideas en las salas de directorio de los miembros distinguidos del S.O.B. Club.

En mayo, el presidente Kennedy comió con la Cámara del Comercio de Estados Unidos. Fue una comida fría en el ánimo. En su discurso final, Kennedy, hábil político,

dijo:

"Espero que la Cámara de Comercio entienda que creo que el pasado episodio del acero fue un "punto de inflexión" para las mejores relaciones entre el negocio privado y el gobierno". Kennedy afirmó que tanto los grandes negocios como los grandes sindicatos (la mayoría infiltrados de gangsters) deberían entender que precios y salarios son materia de interés público... y el interés público es asunto principal del Gobierno.

El presidente saliente de la Cámara de Comercio, Richard Wagner, gerente en la industria del petróleo, fue claro en su odio y en su miedo, al comentar, cuando Kennedy se había ido: "Deberíamos recordar que los dictadores en otras tierras, usualmente llegan al poder sobre procedimientos constitucionales aceptados, establecidos como resultado de la erosión de los principios fundamentales de la constitucionalidad".

El presidente de la Ford Motor, Henry Ford Segundo: "En una sociedad democrática, las necesidades de reformas no pueden servir de justificación para la eliminación de la libertad".

Quiero pedirles que recuerden todo lo que leyeron en la primera parte de este reportaje, para que no pierdan de vista qué significa "libertad", "libre empresa", y "libre juego democrático", para los caballeros norteamericanos dueños del petróleo, el acero, la energía eléctrica, el agua, el gas, el carbón, los teléfonos, los ferrocarriles, los aviones, los autos, los camiones y hasta los alimentos en los Estados Unidos.

La derrota del acero ocurrió en la primera y segunda semanas de abril. El 28 de mayo, la Bolsa de Nueva York se desmoronó. La red de influencia directa en todo el aparato económico norteamericano, que ha creado el crecimiento desmesurado de la libre empresa, hasta

transformarse en monopolios de riquezas fabulosas, es capaz de hacer bajar la Bolsa.

La caída violenta de los valores en la Bolsa de Nueva York, el lunes 28 de mayo, bautizado como el Lunes Triste (Blue Monday), según algunos, fue simplemente motivada por la iracunda reacción de los grandes negocios, que quisieron derrotar por el miedo también, a John Kennedy. Eso se dice.

Las cosas ocurrieron de este modo:

Al saberse el descalabro de la Bolsa, el gabinete Económico, con Kennedy, se reunió de emergencia en la Casa Blanca. ¿Qué hacer?

Heller, Dillon y otros, propusieron bajar el margen de dinero en efectivo que se necesita para comprar en la Bolsa (es de 70 por ciento); una inmediata rebaja de impuestos para entonar la economía; aumentar los gastos federales para trabajos públicos y de defensa. Kennedy y sus asesores acordaron... no hacer nada. Y la Bolsa se recuperó sola... como si en realidad el desmoronamiento hubiera sido artificial, para provocar un mal paso al Gobierno.

Hay que hacer notar que el Ministro de Comercio de Estados Unidos es Luther Hodges, conservador. Bueno, Hodges no asistió a la reunión de emergencia en la Casa Blanca. Kennedy no lo llamó. Eso realza un poco la "decoración", de la Administración de Kennedy.

El Wall Street Journal da un poco de luz en el asunto, al decir que los hombres de Kennedy han dado muchas razones para la baja del Lunes Triste, pero, no han considerado un hecho que podría ser la mejor causa del derrumbe: la crueldad del ataque de Kennedy sobre el acero ha asustado a muchos hombres de negocio... y a los accionistas.

El veterano periodista de Los Angeles, John Gray,

ahora retirado a los 87 años, que no vendió sus acciones de la Suther California Edison a pesar del pánico, dijo:

"Todo el asunto se debe a esos tipos que quieren desacreditar al presidente. Ellos lanzaron al mercado paquetes de acciones, los precios se fueron abajo, como lo tenían planeado, pero luego las cosas se descontrolaron, y la Bolsa volvió arriba".

Otro interrogado por los periodistas, fue Maurice Soble, de California: "Ellos están haciendo esto porque odian al Presidente, por haber rehusado doblegarse a su deseo de alzar los precios del acero. Esta es una conspiración... seguro".

En Dallas, Texas, tal vez como un anuncio emocional de lo que ocurriría 18 meses después, las opiniones fueron diferentes. Dijo Fred Shoellkopf, corredor de bolsa de Dallas: "Kennedy recibió el mismo castigo que él hizo sufrir al acero... es un buen ojo por ojo".

En Chicago, un "business man" llamado E. C. Price, fue más claro: "Todo lo que usted oye en estos días, es que el Gobierno está investigando, investigando, investigando. Cuando el negocio privado necesita todo el estímulo que pueda conseguir, todo lo que hay son amenazas".

Robert Lorie, de la Universidad de Chicago, fue profético:

"Creo que el hecho que realmente comenzó la declinación del mercado de valores fue la batalla Kennedy-Acero. Creo que, a causa de nuestro gigantesco crecimiento, nuestra prosperidad y nuestras esperanzas de mover hacia adelante el país dependen de la confianza de los hombres de negocio, grandes y pequeños, y sus esperanzas para el futuro. Si esas

esperanzas son dañadas, será mucho más trágico que la baja en el mercado de valores".

El 22 de noviembre del año siguiente, Dallas le dio la razón al profesor Lorie. Hubo un VIERNES TRÁGICO.

La voz del Chase Manhattan Bank es como el oráculo de los maffiosos del gran dinero. Es de la casa Rockefeller. Y la voz del Chase, es la de su presidente, David Rockefeller, que dijo:

"El episodio del acero demuestra el tremendo poder económico que esgrime ahora la rama ejecutiva del Gobierno, y demuestra también que está preparada para esgrimirlo rápido y con dureza. Esto implicaría que la estructura de los precios no estará más regida por las leyes de la oferta y la demanda, sino por los deseos del Gobierno".

Ustedes tienen que entender esto: la maffia del gran dinero no acumuló odio contra Kennedy porque éste estuviera liquidando los negocios, en cuanto a su utilidad para el país. Acumuló odio furibundo, porque Kennedy iba a quitar el control económico del país, de las manos de unos pocos, para dárselo al representante del pueblo, es decir, el Gobierno. Y la prueba de esto es el último informe del First National City Bank: desde el momento que Kennedy subió al poder, hasta su asesinato, la curva de ganancias de las empresas norteamericanas, subieron ininterrumpidamente... pero también subieron los salarios... y esto era imperdonable...

Dijo la revista republicana Time: "Fortificadas por los privilegios garantizados por el Gobierno, notablemente libres de las leyes antimonopolios, las uniones sindicales norteamericanas, que una vez fueron débiles, han llegado a ser demasiado poderosas... tan poderosas como para demandar y obtener aumentos de salarios...

que no están económicamente justificados"...

Un mediodía de julio, después que Kennedy venció al acero y sobrevivió a la maniobra de desmoronar el mercado de valores, invitó a almorzar con él a 17 destacados miembros del S.O.B. Club. Entre ellos, Frederick Kappel, presidente de la American Telephone and Telegraph Co.; y Gaylor Freeman, vicepresidente del First National Bank of Chicago (de la casa Morgan y Grupo de Chicago, respectivamente). El almuerzo duró tres horas. Los hombres de empresa le hicieron los siguientes cargos a Kennedy: por qué tenía a tantos "hombres de Harvard" a su alrededor; por qué demostraba tanta agresividad contra los monopolios; por qué el Gobierno estaba siempre al lado de los trabajadores, cuando estos iniciaban conflictos contra las empresas; y por qué él (Kennedy) ventilaba todos los problemas económicos públicamente... cuando eso no era conveniente.

Kennedy no respondió. Simplemente sonrió. Se despidieron sonriendo. Era en julio de 1962.

Pero la campaña de desprestigio contra Kennedy, tenía otro campo de batalla, fuera del mercado de valores de Nueva York y los diarios y cadenas de televisión: El Congreso. Kennedy había enviado al Congreso un proyecto de ley para medicina preventiva para los ancianos. Si el proyecto era liquidado, el prestigio de Kennedy mermaría, de acuerdo a los estrategos políticos de la maffia. La Asociación Médica Norteamericana, calificó el proyecto de "medicina socializada".

Aunque el partido demócrata tenía una mayoría de 64-36 en el Senado, el proyecto de ley fue rechazado por 52 a 48. El coro periodístico, alborozado, dijo: "El joven Presidente está recibiendo de su propia y agria

medicina".

Una hora después de la votación, el presidente Kennedy habló por la televisión:

"Esta es la más triste derrota para toda la familia americana, para los 17 millones de norteamericanos que tienen más de 65 años; para todos aquellos norteamericanos que tienen padres, que pueden enfermarse, y que tienen hijos que educar".

Es útil añadir que el jefe de la batalla contra el proyecto de medicina para los ancianos, fue el senador demócrata por Oklahoma, Robert Samuel Kerr, de 65 años. El dijo: "Soy enemigo declarado de todo lo que signifique seguridad social". Robert S. Kerr, ha sido definido de este modo:

"La tremenda influencia de Kerr en el Senado, es la suma de muchos factores, de los cuales no el menor es su presuntuosidad. Y ésta es nutrida por el hecho de que Kerr es el hombre más acaudalado del Senado. Un petrolero (Kerr-McGee Oil Industries, Inc.), tiene una fortuna personal de más de 35 millones de dólares y es dueño o controla, a través de Kerr-McGee, cerca del 25 por ciento de todas las reservas conocidas de uranio en Estados Unidos".

Mejor tarjeta de miembro del S.O.B. Club, difícil encontrarla, y el Presidente Kennedy estaba empeñado precisamente en que no sucediera esto: ¡un cuarto del uranio, material estratégico por excelencia de esta era atómica, en manos de UNA SOLA PERSONA!

Al mismo tiempo, los diarios y comentaristas de radio y televisión, aportaban su parte en la campaña: hablaban de la inminencia de un período de recesión, es decir, atochamiento del mercado, baja de las ganancias, disminución de salarios. Sólo que nunca, en el período de casi tres años de Kennedy, hubo recesión. Pero, los

diarios los lee el pueblo que vota, las radios y televisión las escucha el pueblo que vota... y se necesitaba con urgencia liquidar la popularidad de Kennedy, para impedir su reelección en 1964... porque con cuatro años más de gobierno, la máquina poderosa del Ejecutivo, como la definió David Rockefeller, terminaría de verdad por aplastar la mafia del gran dinero... Pero Kennedy estaba en el alma de los yanquis, y las encuestas señalaban persistentemente que sería reelegido... Así, el planteamiento, en octubre de 1963, era serio: o Kennedy, o la vida de la "libre empresa", entendida a la manera de la mafia del gran dinero.

Investigaciones

El 2 de enero de este año (1964), el presidente de la General Electric, Ralph Cordiner, se quejaba de que su compañía tendría que pagar 75 millones de dólares, al ser encontrada culpable su gigantesca compañía, de "fijar los precios" junto con 28 subsidiarias (esta es una de las manifestaciones de monopolio). El juicio contra la General Electric, había comenzado en enero de 1961, al hacerse cargo Robert Kennedy del Departamento de Justicia. Era la más grande multa en la historia de Estados Unidos.

Eso refleja cómo estaba caminando la máquina de Kennedy para aplastar al S.O.B. Club.

En octubre de 1962, James Saxon, Comptroller of the Currency, es decir, supervisor fiscal de los 4.500 bancos de Estados Unidos, terminó el informe encargado por Kennedy, en noviembre de

1961. El informe recomendaba 84 cambios sustanciales en el sistema bancario yanqui... y fue calificado del más radical desde la reorganización de 1933. La opinión de la Asociación de Banqueros Norteamericanos sobre el proyecto de reforma, es clara: "Esto significa que terminaremos con un sistema bancario supervisado por el Gobierno"... Iba a ser el final del "sistema dual" que permite a los bancos tener balances "sin regulaciones de mano pesada".

Ese mismo mes, el Departamento de Justicia (Bob Kennedy) instauró juicio por monopolio contra tres compañías petroleras. La Richfield, la Cities Service y la Sinclair Oil (decimoctava, décima y novena en la lista de grandes del imperio del petróleo). La acusación era por "fijar el precio" de la bencina en la costa oeste.

El intento de unirse de dos gigantes de la mafia, también fue liquidado por el Departamento de Justicia. En junio de 1962, se le ordenó a la Du Pont Corporation deshacerse de inmediato de sus 63 millones de acciones de la General Motors. El grupo mayoritario de accionistas de la Du Pont, con el eufemístico nombre de Christiana Securities, tendría que pagar 26 millones de dólares como impuestos por esta fallida maniobra de agrandar su poder.

En el mes de noviembre de 1963, cuando John Kennedy fue asesinado en Dallas, su hermano Robert, en el Departamento de Justicia, tenía iniciados siete juicios monopolísticos contra la... General Motors. El gigante de la manufactura yanqui controla en estos instantes el 54,7 por ciento del mercado de autos y camiones de los Estados Unidos. De acuerdo al ex ministro principal de

Eisenhower, Wilson, Estados Unidos se salvó con el asesinato de Kennedy... porque Wilson dijo: "Lo que es bueno para la General Motors, es bueno para Estados Unidos".

Treinta días antes de morir, el presidente Kennedy impidió que se formara un retoño de monopolio ferroviario, al negar su visto bueno a la unión de la Pennsylvania Railroad y la New York Central. Stuart Saunders, presidente de la Pennsylvania, dijo: "La decisión de Kennedy es irreal, poco práctica... y dictatorial".

En Estados Unidos, el palitroque (juego de bolos) es una especie de institución nacional y centro de actividad de los gangsters. Los juegos de palitroques son hechos por dos compañías: la Brunswick Corp. y la American Machine and Foundry Co., que ganan un promedio de 500 millones de dólares al año cada una. Nunca fueron molestadas por el gobierno yanqui. Pero Bob Kennedy, en agosto de 1962, inició juicio por monopolio contra las dos. Otro record de los hermanos Kennedy.

En abril de 1963, Robert Kennedy estableció otro ejemplo de lucha de verdad contra la corrupción económica en su patria: atestiguó voluntariamente (con la aprobación de su hermano John) contra los ex parlamentarios demócratas Thomas Johnson, de Maryland, y Frank Boykin, de Alabama. Los dos ex parlamentarios están acusados de aceptar dinero para usar influencias, a fin de persuadir al Ministerio de Justicia —incluso a Robert Kennedy— que fuera suave con un estafador ya convicto.

En junio de 1963, la Corte Suprema fuertemente presionada por John Kennedy, dio respaldo constitucional al Ministerio de Justicia para "iniciar todas las acciones

judiciales que estime conveniente, a fin de evitar que los bancos tiendan a crear monopolio". De inmediato, Bob Kennedy instruyó a sus abogados para iniciar investigaciones en los dos bancos más grandes de Philadelphia; en los bancos de Arizona y Kentucky; de Milwaukee... y dos gigantes de la mafia: el Continental Illinois National Bank, el más grande de Chicago y principal fuente financiera del llamado Grupo de Chicago; y el Manufacturers Hannover Trust Co. de Manhattan, que controla el 13 por ciento del mercado en Nueva York. Cinco meses después, Kennedy era asesinado en Dallas.

El año 1962 terminó con un nuevo record en la historia norteamericana: 92 juicios antimonopolios. El resultado de esto, de acuerdo al Wall Street Journal, es que "los hombres de negocios terminaron el año irritados, iracundos y odiando el uso del poder por parte del señor presidente Kennedy".

Pero el terror para los hombres de negocios comenzó a hacerse pánico desde agosto de 1963, cuando se hizo evidente que la Corte Suprema de los Estados Unidos estaba apoyando la labor antimonopolios del Ministerio de Justicia. En septiembre de 1963, sólo dos meses antes del asesinato de Kennedy, decía el Wall Street Journal:

"El Gobierno de Estados Unidos está entrando a un período en el cual sus poderes antimonopolios son más grandes que nunca antes en la historia de esta nación. Un abogado de Chicago, resumió así la situación actual de los hombres de negocio: "El único modo de evitar un juicio antimonopolio hoy día, es tener dos compañías tan chiquitas, que no le importen a nadie".

A mediados de 1962, John Kennedy encomendó a la Comisión de Valores y Cambios (creada por Roosevelt, pero transformada en un fantasma inútil con el tiempo)

que investigara Wall Street. "La Cueva de Alí Baba", la bautizaron hace años. Al cabo de 17 meses de investigaciones, la SEC llegó a la conclusión de que "los bancos, compañías de seguros, casas de cambio y oficinas de corredores, deben ser puestos bajo efectivo control, para evitar un sinnúmero de actividades ilegales". Todos estos "graves abusos", de que habló la SEC, son ignorados por el público "porque algunos periodistas de diarios, revistas y radios, son cultivados cuidadosamente por las empresas, usualmente recibiendo datos de los manejos a que serán sometidos los valores para ganancia sólo de los que están en el secreto". Las grandes compañías se valen de la publicidad, para dar información intencionada, y así obtener ganancias con las variaciones provocadas con ingenio en la Bolsa de Valores.

Un ejemplo típico: la SEC descubrió que las acciones de una insignificante firma de Long Island, llamada Technical Animations Inc., habían subido de inmediato, después de aparecer una crónica sobre la compañía en la revista Time, el 28 de abril de 1961. Ocurre que Joseph Purtell, periodista de economía de la revista Time, tenía 2.500 acciones de esa compañía, y cuando subieron, vendió 1.000 con enormes ganancias. La SEC descubrió que Purtell, en la revista Time, había hecho lo mismo 26 veces en los últimos 4 años.

John Kennedy, en agosto de 1963, al cerrarse la investigación dijo que iniciaría de inmediato un plan de control de los que viven de lo que sucede en Wall Street. No alcanzó a hacerlo. Lo liquidaron el 22 de noviembre siguiente.

El grupo del gran dinero realiza grandes negocios, a menudo, respaldado sólo por la fantasía de sus gerentes o papeles. Un ejemplo típico, son los bancos,

que declaran tener una cantidad de fondos, que a menudo está inflada por documentos que no es dinero. En diciembre de 1962, James Saxon, Contralor Federal, sorprendió a los bancos de Dallas, Texas, que son los mayores del sur de Estados Unidos, demostrando que el 28 de diciembre tenían 270 millones de dólares menos que lo declarado 3 días después, 31 de diciembre, como informe al gobierno federal.

Desde el momento en que John Kennedy y su hermano Robert iniciaron la ofensiva contra "el libre juego de la libre empresa", un ex presidente tomó la defensa de los hombres de negocios. El ex presidente era Eisenhower, que en uno de sus discursos típicos, se lamentaba: "Una de mis mayores preocupaciones es que el Gobierno deba ser manejado por la sabiduría, en vez de esta juventud irresponsable. Por mi parte, les puedo decir que estoy cansado, terriblemente cansado, de ver a América hundirse por causa de ellos. De escuchar sus palabras desvergonzadas y jactanciosas y observar sus acciones altisonantes..."

John y Robert Kennedy respondieron, sin palabras. Pidieron a la subcomisión senatorial de los Servicios Armados, que investigara por qué, su administración se había encontrado con un almacenamiento estatal de materiales industriales de 7.700 millones de dólares, al hacerse cargo del gobierno. "Esta cantidad es dos veces lo que se necesita para tres años de guerra", explicó Kennedy.

El presidente del subcomité, senador Stuart Symington, dijo, después de la investigación: "Los ciudadanos que pagan impuestos en este país, perdieron mil millones de dólares en el período de Eisenhower, cuando éste permitió un almacenamiento tan fabuloso de materiales industriales". Ocurre que el Ministro del

Tesoro de Eisenhower era mister George Humphrey: Y mister Humphrey era socio en una compañía productora de níquel. Y el Gobierno de Eisenhower firmó contrato con esa compañía productora de níquel... y compró tres veces más níquel de lo que se necesita... y adelantó 22 millones de dólares a la compañía... en el momento de firmar el contrato.

La campaña de desprestigio a Kennedy contestó magnificando la estafa del texano de Pecos, Billie Sol Estes. Todos los diarios de la mafia dieron primera página durante semanas al hecho, titulándolo como "Escándalo en la Administración: el más grande del siglo". Billie Sol Estes estafó a muchos con almacenamientos fantasmas de productos agrícolas. Resultado final: el ministro de Agricultura, Freeman, nombrado por Kennedy, no tenía nada que ver en el asunto. Los tres empleados del Ministerio implicados en el caso, fueron despedidos de inmediato. Lo único positivo fue esto: que la Comisión Médica de Texas informó que un agente del Tesoro yanqui, investigador de Billie Sol Estes... "se había suicidado en Pecos". Pero el cadáver fue exhumado por orden de la Comisión Senatorial, y se le encontraron cinco balas en el cuerpo.

El primero de noviembre de 1963, los directores de las tres compañías de acero más grandes en los Estados Unidos, se reunieron de emergencia. ¿Por qué? Porque habían sabido que el Departamento de Justicia había ordenado incautarse de todos los archivos de las más grandes compañías del acero, para iniciar las audiencias de un Gran Jurado en Nueva York, con el cargo de ejercer actividades monopolísticas. Las investigaciones, de acuerdo al informe confidencial, serían llevadas por el Departamento de Justicia, hasta el año 1956. Era la catástrofe, que dejaría la desgracia de

la General Electric sólo como un pequeño incidente. El reportero económico de la revista Time, escuchó decir a uno de los gerentes de la U.S. Steel: "Estamos intrigados, fastidiados, ofendidos y... locos".

Veintidós días más tarde, Kennedy fue asesinado en Dallas.

Defensa

Uno de los mejores negocios para "el libre juego de la libre empresa", son los contratos gubernativos a través del Departamento de Defensa. Ya vimos como el acero perdió de ganar mil millones de dólares a costa del Gobierno, después de ser destrozado públicamente por John Kennedy.

Kennedy puso en el Ministerio de Defensa a un hombre famoso por su espíritu investigador en la industria: Robert McNamara. Y Robert McNamara cumplió las exigencias de Kennedy. Dedicó todo un equipo de ingenieros a estudiar los costos de la defensa, en función de las compañías particulares. McNamara llegó a la conclusión de que "la libre empresa" ganaba 97 centavos demás por cada dólar, en los contratos federales.

John Kennedy, basado en los estudios de McNamara, logró hacer aprobar por el Senado la ley Hebert, que permite al Departamento de Defensa tener acceso a los libros de las compañías que ganan contratos con el gobierno, y revisar si los costos están bien. Se había acabado la "época dorada del negocio de los grandes con el Gobierno".

De acuerdo con los cálculos de McNamara, este

año, 1964, el gobierno ahorraría mil millones de dólares en la construcción de sus armas, y en cinco años más, el ahorro será de 5 mil millones de dólares... Si McNamara y su equipo siguen en el puesto, naturalmente.

Este anuncio de McNamara ocurrió en octubre de 1963. Los contratos para 1964 fueron concedidos, con ahorro de mil millones de dólares para el contribuyente. Por eso, cuando el presidente Lyndon Johnson, en enero de 1964, anunció que era hombre de paz, y por lo tanto reducía en mil millones de dólares los gastos de defensa, McNamara tiene que haber sonreído con tristeza. Ocurre que la construcción EN CANTIDAD de armas no ha disminuido... lo que disminuyó fue lo que se paga por ellas. Y eso fue obra del Gobierno de Kennedy. La incógnita es si ahora, con el poder legalizado obtenido por Kennedy, Johnson se atreverá a cercenar mil millones de dólares por año en las ganancias de los que contratan con el gobierno (U.S. Steel; Dupont de Nemours; General Motors, Standard de Nueva Jersey y otros).

Además de esa tarea, McNamara recibió otra de parte de Kennedy: obtener el control absoluto, desde el Departamento de Defensa, del Pentágono. Y McNamara también lo consiguió.

Dijo Leslie Arends, del Comité de Servicios Armados de la Cámara de Representantes:

"Tenemos en el hecho, si no en el título, un solo Jefe de Estado Mayor en el Ministro de Defensa, McNamara. Aunque nosotros estipulamos en la Ley de Unificación que las fuerzas armadas deben estar bajo control civil —ya que es esencial que en nuestra forma de gobierno exista ese control—, por ningún momento nos imaginamos que el control civil se iba a convertir

en una dictadura civil en la planificación militar, como ocurre ahora".

En febrero de 1963, el Jefe de Operaciones Navales en Estados Unidos, almirante George Anderson, testimonió voluntariamente en el Senado para decir que "la marina necesita más hombres, más barcos y más aviones que lo que el presupuesto de McNamara propone". Dos meses después, Anderson fue enviado a Portugal como embajador, y reemplazado en el cargo de Jefe de Operaciones Navales. Dijo Anderson, al irse: "Uno está obligado a inclinarse delante del señor Kennedy, y quien se le pone por delante, es noqueado... Me parece que la supercentralizada estructura impuesta por Kennedy a través de McNamara, conduce al abuso del poder".

La semejanza con los argumentos de los hombres de negocio es realmente notable. Pero ocurre que la preocupación de John Kennedy por dominar también las fuerzas armadas, tiene que ver con los hombres de negocios. La marina de Estados Unidos es el principal comprador de petróleo de los grandes del imperio de ese producto. La Fuerza Aérea también, pero en bencina superfina. Y el Ejército, de la General Motors. Están demasiado cerca de la tentación... y varios militares han sucumbido. Hay ejemplos de sobra en la primera parte de este reportaje.

Es un círculo vicioso. Muchos yanquis recuerdan sonrojados que Eisenhower nombró Secretario del Ejército, a Roben Stevens. Y Stevens es dueño y presidente del imperio textil J. P. Stevens. Y hacerse cargo de las telas que consume el ejército... es un negocio gigantesco.

Tal vez habría que completar la confesión pública del general de la marina yanqui, Smedley Butler, que

al hablar de sus 33 años en la marina (párrafo anterior en la primera parte de este reportaje), terminó diciendo:

"Durante todos esos años tuve, como algunos podrían decir con gracia, una banda a mis órdenes. Fui recompensado con honores, medallas y promociones. Pensándolo bien, creo que superé bastante el record de Al Capone. Lo mejor que él pudo hacer, fue operar con su banda en tres ciudades distintas. Nosotros, los marinos, operamos en tres continentes"... A las órdenes de los consorcios financieros yanquis.

El pánico de la paz

El odio y el miedo acumulado por el grupo del gran dinero, a medida que Kennedy iba agregando poder a su Gobierno para dismantelar la máquina montada en casi ochenta años, hacía crecer la necesidad de que Kennedy no fuera reelegido presidente en 1964. Por eso, cada vez que Kennedy se acercaba a los soviéticos para aminorar la tensión internacional, se le acusaba de débil, y hasta comunista encubierto.

En octubre del año pasado, con sentido del humor, el republicano Barry Goldwater, seguro candidato a la presidencia, dijo en Coronado, California:

"Está claro que la venta de trigo a la Unión Soviética, y el proyecto conjunto de alcanzar la Luna, es una prueba evidente de que los Kennedys están formando una sociedad de ayuda mutua soviético-norteamericana".

Barry Goldwater, de tremenda ternura para con el petróleo, ha sido definido de este modo: "Es un senador

que, de llegar a presidente, invadirá Cuba, apoyará revueltas en los países socialistas y considerará rápidamente la posibilidad de enviar infantes de marina para invadir China con Chiang-KaiShek".

Se le define como patriota.

Al terminar la guerra de Corea, Richard G. Follis, presidente de la Standard Oil de California, una de las compañías rectoras en el imperio del petróleo, que dobló sus ganancias con la guerra en la península asiática, dijo a la Sociedad de Analistas de Valores de Nueva York:

"La realidad dice que se puede alcanzar dos clases de paz. En la primera, la nación puede seguir rearmándose y manteniendo una fuerza de choque en el Extremo Oriente, PARA ESTAR SEGUROS DE QUE LA PAZ EN COREA NO LLEGUE A SER TOTAL. El efecto de una paz como esa en la industria petrolera, sería sumamente pequeño, porque requiere sorprendentemente muy poco petróleo más mantener fuerzas luchando en Corea, que mantenerlas sin luchar. La segunda forma de paz, es catastrófica: si hubiera un arreglo genuino entre Unión Soviética y los Estados Unidos para participar en un programa de desarme, EL IMPACTO SOBRE LA INDUSTRIA PETROLERA Y SOBRE TODA LA ECONOMÍA SERIA TERRORÍFICO... SE ME HACE DIFÍCIL CREER QUE TAL COSA PUEDA OCURRIR".

El temor de Follis, vocero más autorizado del imperio del petróleo y de la maffia del gran dinero, tiene que haberse transformado en verdadero terror a mediados de 1963, cuando John Kennedy se colocó en el umbral de un acuerdo de desarme con Unión Soviética... al firmar el tratado de proscripción parcial de pruebas nucleares en Moscú.

Se hizo lo imposible porque el tratado de

proscripción fuera rechazado por el Senado. Se acudió a los testimonios de generales (proclividad manifiesta del Club cuando la guerra fría está en peligro). Por ejemplo, el general Thomas Power, del Comando Aéreo Estratégico, dijo ante el Senado:

"Este tratado no cuida, precisamente, los mejores intereses de los Estados Unidos... La única posibilidad de que no haya guerra, es que Estados Unidos siga siendo la primera potencia nuclear... si el tratado se aprueba, habremos perdido esa superioridad".

El general Power, muy amigo del senador Stuart Symington, multimillonario de la Emerson Electric, es partidario de bombardear la Unión Soviética, con artefactos nucleares, sin previo aviso "bajo ciertas condiciones". Su filosofía es ésta: "Uno debe convencer al enemigo de que, no importa lo que él haga, será destruido".

Después le tocó el turno al sabio atómico Edward Teller, de la Dupont, encargada de la mantención del almacén atómico yanqui. Dijo:

"El tratado es un error. Si ustedes (el Senado) lo ratifican, habrán cometido el error más grande de la historia de este país. Lo que necesita Estados Unidos es desarrollar una bomba de hidrógeno más grande que la de los rusos, y para eso necesitamos seguir haciendo ensayos... No podemos desarrollar un proyectil interceptor perfecto... y en esta decisión, ustedes pueden estar firmando el destino de la supervivencia nacional y el fin de Estados Unidos como nación".

Lewis Strauss, presidente de la Comisión de Energía Atómica en tiempos de Eisenhower, también sirvió para oponerse al tratado:

"El tratado es una paloma de barro. Puede ser burlado... y creo que será burlado para desventaja

nuestra".

Pero el pueblo de Estados Unidos, empujado por el calor juvenil de los discursos de Kennedy, se mostró partidario de la paz, y los senadores cuidaron su mercado electoral. El Tratado fue ratificado por 75 a 17.

El sabio Albert Schweitzer, envió una breve nota a John Kennedy, felicitándolo. "Un rayo de luz aparece en la oscuridad. Este es uno de los más grandes acontecimientos en la historia de la humanidad", escribió.

Pero, la paz "sobre la industria petrolera sería terrorífica".

Sesenta y cinco días después, Kennedy caería en Dallas, Texas, el centro petrolero mundial. (De este mundo: el occidental).

El futuro

Mucho más que el presidente violento y agrio, a los hombres de negocio del grupo del gran dinero asustaba el futuro... asegurado con la reelección de John Kennedy. Y en la noche de ese futuro, el terror mayor era para el petróleo.

En 1951, el presidente Eisenhower hizo aprobar una ley de reforma tributaria, que el senador John Kenncdv calificó de "demostración cabal de la disgustante intimidad que existe entre los que gobiernan y algunos pocos de sus gobernados". En resumen, la ley de Eisenhower aumentó las excepciones de impuestos "a las grandes ganancias".

Kennedy, desde el instante en que llegó a la

presidencia, quiso establecer una reforma tributaria. La iba a hacer en 1964, para transformarla en arma electoral, y así, obligar al Congreso a aprobarla. Según cálculos de los expertos de Kennedy, en la investigación de solamente algunos millonarios (la mayoría del petróleo, miembros distinguidos del Club) en Estados Unidos, en 1961, pagaron impuestos por 280 millones de dólares, en circunstancias que sus entradas personales reales habían sido de 620 millones de dólares. Y todo legal, de acuerdo a la ley Eisenhower. Ocurre que los norteamericanos comunes, contribuyen con 900 millones de dólares en impuestos cada año, y los norteamericanos millonarios, sólo con 250 millones de dólares. Todo, por los "hoyos de escape" de la actual ley de tributación.

Esos eran los hoyos que iba a tapar Kennedy. De esos hoyos de escape, hay dos que son el cuerno de la abundancia de los monopolios que siempre manejaron la Casa Blanca, a menudo el Congreso y a veces la Corte Suprema. El primero, es que las compañías yanquis tienen liberadas de impuestos TODAS SUS GANANCIAS EN SUBSIDIARIAS EN EL EXTRANJERO MIENTRAS NO ENTREN A ESTADOS UNIDOS. (La Standard Oil de Nueva Jersey y sus cinco asociadas en el petróleo del Cercano Oriente y Venezuela y el resto del mundo, más la General Motors con sus fábricas de automóviles en Europa y en Australia, se han transformado en las compañías más ricas del mundo con este procedimiento).

En mayo de 1962, John Kennedy inició el ataque contra este hoyo de escape. La batalla iba a ser ganada en su segunda administración... pero antes fue asesinado.

El presidente de la General Motors, Frederic

Donner, a fines de 1962, cuando ya se habían iniciado cuatro de los siete juicios contra ella por actividades monopolísticas, se quejaba: "Otra de las amenazas desde Washington que nos tiene muy preocupados por el futuro de la libre empresa, es que someterá a impuestos la entrada de las compañías norteamericanas por concepto de ganancias en sus subsidiarias en el extranjero... en el lugar mismo de la ganancia, y no al entrar al país. También me causa mucho desasosiego el hecho que será derogada la exención de impuestos al capital que uno mantenga en el extranjero".

El desasosiego de mister Donner debe haber terminado la noche del 22 de noviembre de 1963, cuando el cadáver de John Kennedy reposaba en el salón occidental de la Casa Blanca.

El presupuesto de los Estados Unidos, para 1962, estuvo desfinanciado en mil millones de dólares. Pues bien, solamente tapando el "hoyo de escape impositivo de los petroleros", ese presupuesto estaría financiado.

Ocurre que la legislación yanqui para el petróleo, trata a la industria como si fuera la más pobre, la más necesitada y la más débil de todas. Y ocurre que es al revés... por algo el petróleo se llama "oro negro". Y en esa legislación tributaria, estaba listo para ser derogado por Kennedy el "hoyo más grande". El llamado "depletion allowance", que quiere decir "exención por vaciamiento".

Su mecánica obedece a este singular axioma: mientras más rico se hace usted, más pobre será en el futuro... por eso, el estado, que lo quiere y lo cuida..., le permite deducir de LOS INGRESOS BRUTOS DE LOS POZOS DE PETRÓLEO EN PRODUCCIÓN un 27,5 por ciento... libre de todo impuesto... porque usted se está empobreciendo potencialmente... no ve

que al sacar petróleo, le queda menos adentro...

La evasión de impuestos de los petroleros, por este 27,5 por ciento, alcanzó en 1962 a más de mil doscientos millones de dólares. Lo suficiente para equilibrar el presupuesto.

Vive en Dallas un individuo que se llama Haroldson Hunt. Es petrolero. Gana un millón de dólares a la semana, nada más que por el famoso 27,5 por ciento. También en Dallas, vive Clif Murchison, multimillonario del petróleo gracias al 27,5 por ciento.

Hasta el 22 de noviembre de 1963, vivían temblando de miedo, porque John Kennedy tenía lista su máquina para suprimir este escape a los impuestos. El 22 de noviembre, en su propia ciudad, les llegó la tranquilidad de repente, en cinco segundos... suficientes para fusilar a un presidente.

Los ingresos combinados de los 20 petroleros más ricos de Texas, sobrepasan los 400 millones de dólares... y hacen deducciones de impuestos, solamente por 97 millones de dólares. Para cuidar una ley tributaria tan agradable, y sobre todo el 27,5 por ciento... los petroleros ponen políticos en el gobierno del Estado, y senadores y representantes en el Congreso... El campeón de esos legisladores elegidos con "propósitos únicos", se llama Lyndon Johnson. Antes hacía pareja con Roben Kerr, el senador más rico del Congreso, y petrolero también. Pero Kerr murió en enero de 1963... y Johnson quedó reinando solo.

Es que el "depletion allowance" de 27,5 por ciento, es de mágicos poderes. Funciona de este modo: usted invierte 100 mil dólares en un pozo, que le produce 500 mil dólares al año. Al cabo de 10 años, usted, con el 27,5 por ciento, ha ganado limpiamente un millón 375 mil dólares... y tiene que agregarle, en

seguida, las ganancias concedidas a los demás mortales de cualquier negocio. Total, en diez años, ganó veinte veces lo que invirtió... en un solo pozo.

Ese era el gran objetivo de Kennedy. Lo iba a liquidar tal vez este año de 1964, o el próximo, siendo reelegido.

Pero hay más en el petróleo... para el futuro que no fue, porque mataron a Kennedy.

Estados Unidos posee el quinto del petróleo mundial. América Latina posee otro quinto. El Cercano Oriente, un cuarto, y Unión Soviética, otro cuarto. Es decir, Estados Unidos se puede autoabastecer de petróleo con toda tranquilidad. Sin embargo, desde 1948, Estados Unidos importa petróleo en porcentaje que ha variado de 10 a 15. ¿Por qué? Porque los cinco gigantes de la industria del petróleo yanqui (La Standard de Nueva Jersey, la Texas Company, la Socony, la Gult Oil y la Standard de California), junto con las compañías nacionales y extranjeras como la Shell, conforman un monopolio gigantesco en el mercado, fijando los precios mundiales por barril, según valor del Golfo (Texas), que es el más alto... y ese precio rige para Estados Unidos. Así, los cinco grandes de USA hacen el siguiente negocio: el barril precio Golfo vale 2 dólares 25 centavos... y ellos obtienen el barril en Venezuela a 45 centavos y en el Cercano Oriente a 35 centavos... De este modo, los cinco grandes obligan a importar petróleo a Estados Unidos... se ganan limpiamente casi dos dólares por barril, que extraen del "patio del fondo de su casa" (Venezuela).

Las ganancias de las cinco grandes se producen en esta proporción: dos tercios por el petróleo extranjero, un tercio por el nacional.

Este fue otro "turning point" en la política "a futuro" de John Fitzgerald Kennedy... y de nuevo el imperio del petróleo tembló. Si el petróleo de América Latina, se dijo Kennedy, tiene un costo de producción tan bajo, ¿no sería bueno para Estados Unidos comprar mucho de ese petróleo latinoamericano, y así cuidar las reservas nacionales? Pero para hacer tal cosa, el petróleo no puede pasar por manos de la mafia, que allí es donde se produce el milagro de la multiplicación de los dólares en beneficio de los grandes del imperio de la libre empresa.

Entonces, trato directo entre el gobierno de Estados Unidos y los gobiernos de América Latina. Para eso, los pozos de petróleo no tenían que ser de la Standard de Nueva Jersey... no, tendrían que ser nacionales... nacionalización. El imperio comenzó a temblar... porque la idea de John Kennedy llegó al número 30 de la Rockefeller Square en Nueva York... y encajaba en el espíritu de la Alianza para el Progreso.

Pero el temblor se hizo franco terror, cuando John Kennedy envió secretamente a Buenos Aires a mister Harvey Poe, en octubre de 1963. El presidente Illia había caducado los contratos petroleros con las compañías extranjeras... y necesitaba que Yacimientos Petrolíferos Fiscales se hiciera cargo de la enorme tarea de comercializar el petróleo. Poe llevaba un ofrecimiento de Kennedy, por 25 millones de dólares, a 20 años plazos... para hacer andar Yacimientos Petrolíferos Fiscales, en manos exclusivamente argentinas.

Más claro: el presidente Kennedy había comenzado la operación de ayudar a la industrialización de América

Latina, de la única forma que es posible: que todas las riquezas naturales sean explotadas por los países a que pertenecen. Eso se llama "nacionalización", al estilo del petróleo mexicano... y significa la pérdida del control y de la ganancia fantástica de los grandes del petróleo.

Pero, la gran idea se vino al suelo, y ya no es más, porque Kennedy fue asesinado menos de 30 días más tarde, en las calles de Dallas, estado de Texas... el corazón de la industria del petróleo.

El gobierno de Kennedy, a medida que agregaba poder a la máquina federal, hacía insostenible su coexistencia con sus propios connacionales interesados en que el modo de ser de la legislación norteamericana no cambiara. Es típico el juicio de Joseph Shell, petrolero de Los Angeles, y líder de la minoría republicana en el congreso del estado de California, que en junio de 1962, en la campaña para gobernador, refiriéndose a Kennedy y sus asesores, dijo:

"Estoy enfermo y cansado de llamar a esa gente liberales, cuando en verdad, básicamente, ellos son socialistas".

Corrupción

En octubre de 1963 ocurrieron simultáneamente varios hechos en Washington y en Dallas. En la primera semana de octubre, se descubrió que desde la propia oficina del Líder de la Mayoría del Senado, se manejaba un equipo de prostitutas sólo para parlamentarios, una especie de central de gestores. Todo, administrado por el secretario de esa oficina, Bobby Gene Barker, puesto en el cargo por Lyndon Baynes Jonhson. El escándalo parecía envolver graves caracteres, porque el Senado

decidió hacer las investigaciones secretas.

Tres días más tarde, quedó arreglada en sus detalles la gira á Texas de John Kennedy, con visita especial a Dallas, ya sugerida por el gobernador de Texas, John Connally, y el vicepresidente Lyndon Johnson.

Una semana después, el 14 de octubre, el ciudadano Lee H. Oswald, confeso de marxista, obtuvo un puesto en la Librería Escolar de Dallas, colocada en el recorrido ya fijado de la caravana del presidente Kennedy. Oswald nunca antes había podido encontrar trabajo en Dallas, por ser marxista. Además, su puesto en la Librería era ilegal... porque no se puede emplear marxistas en lugares estatales. Pero Oswald consiguió el trabajo.

Uno de los funcionarios de la Casa Blanca, al saberse las proyecciones del escándalo en el Senado, comentó: "Esta es una buena noticia para el presidente... ahora podrá doblarle la mano al Congreso, que no lo ha dejado gobernar como él quiere".

En síntesis, el caso del Senado es así: Bobby Gene Baker, abogado de 35 años, era secretario de la Oficina del Líder de la Mayoría del Senado, Mike Manstield, con un salario de 19.600, dólares al año. Su secretaria privada, con 8 mil dólares al año, era Carolyne Tyler, de 24 años, ex Miss Laudon County (105-64-105).

Desde diciembre de 1962, Baker compró una casa a pocas cuadras del Capitolio, en 28 mil dólares. En la casa puso a vivir a Carolyne Tyler, y a Mary Alice Martin, secretaria de la oficina del senador demócrata por Florida, George Smathers.

La casa rebalsaba alegría de vivir. Caballeros

entraban y salían de la casa a toda hora de la noche, y los aires del twist se podían escuchar en las vecindades. Un vecino dijo: "Un montón de gente usaba la puerta de servicio para sus visitas".

Bobby Gene Baker también organizó el Quorum Club, localizado en una suite de tres piezas del Carrol Arms Hotel. El lugar, que obtuvo permiso de funcionamiento "para propósitos literarios y promoción de la convivencia social", era atendido sólo por damas. Una de ellas, Ellen Romesttch, 27 años, casada con un sargento del ejército alemán, de la Misión Militar en Washington. El sargento, de regreso en Alemania en noviembre de 1963, se divorció de Ellen, diciendo:

"Nunca supe lo que pasaba a mis espaldas. Ellen es el caso de una mujer que sucumbió a las tentaciones de una vida fácil, que yo no podía darle".

El Quorum Club estaba decorado con pinturas al óleo de mujeres solamente, todas con el busto desnudo. Cuota de entrada al club: 100 dólares. Derechos anuales, 50 dólares. Algunos socios distinguidos: los senadores demócratas Frank Church, Daniel Brewster; Howard Edmondson y Harrison Williams; y los diputados republicanos James Battin y William Ayres. El Quorum Club tenía 197 miembros. Su característica más sobresaliente: una línea directa con el Capitolio, de modo que los senadores podían ser llamados a votar, cuando eran requeridos en las sesiones.

Bobby Gene Baker se había cambiado recientemente a una casa de 125 mil dólares, vecina a la de su gran amigo, el vicepresidente Lyndon Johnson. La esposa ds Baker, Caroline, ganaba 11 mil dólares al año, como secretaria de un Comité Senatorial. Además

de su oficio de gestor (le había producido ya dos millones de dólares al descubrirse el escándalo) Baker se dedicaba a regentar moteles. En sociedad con el constructor Alfred Novak, inauguró un motel de un millón doscientos mil dólares en Ocean City, Maryland: el Carrousel Motel. Su lema era "un escondite de alto estilo para los muchachos del Capitolio". La inauguración fue hermosa. Invitado de honor: Lyndon Bayncs Johnson, y esta vez acompañado de su esposa, Lady Bird Johnson.

Otro gran amigo de Bobby Gene Baker, era el millonario petrolero y senador Demócrata Robert Kerr, que a través de su banco Fidelity National Bank, concedió 275 mil dólares como hipoteca a Baker, sobre la Serv-U-Corp., que no era de él, sino de su socio en una oficina de abogados.

Uno de los telefonistas de la oficina de Baker, Boyd Richie, un texano de 17 años (403 dólares al mes), pololeaba con una de las hijas de Johnson, Lucy Baynes.

Pero la investigación, realizada por un Comité del Senado, se declaró secreta antes de que los periodistas lograran saber más de lo que ustedes leyeron. Eso fue en octubre. Desde entonces, nada más se ha sabido.

Los representantes políticos del grupo del gran dinero estaban también en jaque.

El 18 de noviembre de 1963, en Tampa, Florida, el presidente John Fitzgerald Kennedy, en un discurso a la Cámara de Comercio de Florida, dijo: "Desearía que los hombres de negocios colaboren en armonía y no HOSTILMENTE con el gobierno federal, para que todo el país tenga prosperidad".

Cuatro días después, John Kennedy fue asesinado.

TERCERA PARTE

EL ASESINATO

"En muchos casos, ellos son buenos. Son hombres de integridad. Son hombres de honor. Pero el dólar ha sido siempre su Dios".

(Reverendo Baxton Bryant, Dallas, Texas).

"Esto prueba que mientras en América Latina, cuando se quiere cambiar de gobierno, a los presidentes sólo se les destituye, en Estados Unidos se les asesina".

(Ex presidente Arturo Frondizzi).

"Nunca se sabrá exactamente quiénes asesinaron a Kennedy, porque su muerte obedeció a razones de alta política".

(Senador chileno Luis Bossay Leiva).

Octubre fue un mes de grandes sucesos y pequeños sucesos en Washington y Dallas.

En octubre, Johnson y Kennedy hablaron de la fecha definitiva del viaje a Texas, anunciado, pero sin fecha, en septiembre, el día 26, a sugestión de John Connally, gobernador de Texas, y Lyndon Johnson, ex senador de Texas.

En octubre, según testimonio de Pierre Salinger, secretario de prensa de la Casa Blanca, se fijó la fecha definitiva de la visita de John Kennedy a Dallas. El

Presidente volaría a Texas el día 21 de noviembre, y el 22 estaría en Dallas.

En octubre, se descubrió, y se cercó de silencio, el escándalo Bobby Gene Baker, secretario de la Mayoría del Senado, y que debe su carrera al vicepresidente en ese mes, Lyndon Baynes Johnson.

En octubre, según testimonio de Altho Bill Demer, maestro de ceremonias del Carrousel Club, de Jack Ruby, en Dallas, el joven norteamericano Lee Harvey Oswald estuvo en ese club. Aunque Demer no sabe si habló o no con Ruby. Fue a principios de octubre.

En octubre, después de siete semanas de incesante búsqueda de empleo, Lee Harvey Oswald encontró trabajo en el Texas School Book Depository Building. Era el día 14 de octubre. El puesto: almacenero. Salario: un dólar 25 centavos a la hora. Ya se sabía que la caravana de Kennedy pasaría por allí. De acuerdo a la fe política marxista de Oswald, "no podría haber sido empleado allí".

Pero: el 22 de noviembre, el presidente Kennedy fue asesinado. Se acusó a Lee Harvey Oswald de haberlo hecho, con un fusil italiano que compró encargándolo por correo a Chicago. El domingo 24 de noviembre, Jack Ruby asesinó a Lee Oswald, de un balazo de revólver calibre 38.

De estos escuetos hechos, ha surgido una serie de dudas. Dudas que tienen los norteamericanos, y tienen todos los hombres del mundo. Porque, de toda la historia, hay solo dos hechos comprobados: primero, que John Kennedy fue asesinado; y segundo, que Oswald fue asesinado por Jack Ruby.

Veamos las dudas:

Una... Los asesinatos de Kennedy y de Oswald, ¿fueron actos aislados de individuos, o hay otros

envueltos en algún complot?

Dos... ¿Cuáles fueron las verdaderas motivaciones de los asesinos de ambos casos?

Tres... ¿Hubo negligencia culpable en los planes para la seguridad de Kennedy, y para la seguridad de Oswald?

Cuatro... ¿Cuántos disparos se hicieron sobre el presidente Kennedy? El balazo que le causó la muerte, ¿fue hecho desde atrás o desde adelante?

Cinco... Si el asesino del presidente Kennedy fue uno solo, ¿podría haber disparado tres tiros por lo menos, en cinco segundos? (Ese es el tiempo en que transcurrió todo. Entre cinco y seis segundos).

El periodista autor de este reportaje, a través de sus propias investigaciones en Estados Unidos, y las de sus colegas italianos, franceses y norteamericanos, tratará de resolver el problema de las dudas.

En primer lugar, la motivación concreta, más allá de quién fuera el ejecutor material de la muerte de Kennedy quedó explicada en todas las páginas anteriores de este libro.

Ahora, el asunto es resolver un hecho meramente policial: el asesinato de una persona que era el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica.

Tres personajes

Son tres personajes, implicados en el último capítulo de una novela policial que se empezó a escribir en abril de 1962, cuando los hombres de negocios de Estados Unidos (de los grandes y fabulosos negocios), supieron en toda su dimensión qué pretendía hacer John

Kennedy con ellos. Los tres personajes son Lee Harvey Oswald, joven cesante yanqui, vago de profesión casi, mediocrementemente alfabeto y neurótico de conducta; Jack Rubinstein, dueño de cabaret, analfabeto parcial, gángster y ex socio de Jimmy Hoffa en Chicago; también este personaje es de Dallas; y, por último, la policía de Dallas, con fama de ser la más corrompida de Texas... y la policía de Texas, es la más corrompida de Estados Unidos. Estos tres personajes se encontraron un día entre el 3 y el 14 de octubre de 1963, y planearon el asesinato de Kennedy. Hubo un trato: el trato fue roto por la policía de Dallas, y Oswald no pudo escapar... lo iban a matar al detenerlo... pero había muchos testigos en el escondrijo de Oswald (un cine), y los policías no pudieron matarlo. Pero completó el trabajo Jack Rubinstein, que mató a Oswald en la propia Central de Policía de Dallas. Las posibilidades son que Jack Rubinstein, ahora, sea condenado a la silla eléctrica, o que muera de "un ataque al corazón"... porque Ruby tiene que morir, para cerrar el círculo.

Ese es el esquema de la muerte del presidente Kennedy, aun cuando falta un personaje: un policía de Dallas (posiblemente Tippit) que disparó contra John Kennedy, desde el nivel del suelo, debajo del paso a nivel que debería cruzar su automóvil. Ese policía hirió al presidente en la garganta, y le voló la parte derecha y basal del cráneo, al salir la bala. Kennedy se llevó la mano a la garganta, y quedó paralizado, no por el miedo, sino por la destrucción de los centros nerviosos en la base del cráneo. Hubo una pausa, Oswald disparó sobre Kennedy desde su ventana. Falló. La bala paso por el lado de la cabeza de Kennedy, y se incrustó en la espalda de John Connally, que, como quejándose de un error en el libreto, gritó: "Oh Dios mío... nos van a

matar a todos". El segundo disparo de Oswald dio en la espalda de Kennedy, y lo impulsó hacia el fondo del asiento, con violencia. Oswald no disparó más. Tippit (o el policía que disparó desde el paso a nivel, o algún sitio del parque que bordeaba la ruta) subió tranquilamente a su patrullera, mientras el capitán de la policía de Dallas gritaba enfurecido, señalando hacia atrás, el edificio de la librería escolar, donde estaba Oswald.

Pero en esta estructura, hay varios detalles. Y para contarlos, necesito antes describir a mis tres personajes. Comencemos por Lee Harvey Oswald:

Es un joven realmente contradictorio. En 1956, a los 17 años, se enroló en la Marina, porque "éramos muy pobres y no quería ser una carga para mi madre". En septiembre de 1959, Oswald pidió ser dado de baja de la marina "porque necesito ayudar a mi madre a ganarse la vida". La marina encontró razonable la petición, y lo dio de baja en San Francisco. Pero Oswald, en vez de llevarle el dinero de la paga a su madre (1.600 dólares), la gastó en su pasaje para Unión Soviética. El 2 de noviembre de 1959, Oswald, en la embajada yanqui en Moscú, declaró ser marxista y que "mi lealtad es para la Unión Soviética".

Pero, ocho meses después, desde julio de 1960, Oswald estaba pidiendo permiso de salida de la Unión Soviética. En abril, se había casado con Marina Nikolaevna Prusakova, farmacóloga de Minsk, donde Oswald trabajaba como obrero. A principios de 1962, Oswald, que había declarado "fidelidad" a la Unión Soviética, estaba escribiendo al senador republicano por Texas, Tower, para que lo sacara de allí. La carta de Oswald a Tower terminaba así:

"Soy un ciudadano de los Estados Unidos de América

(pasaporte número 1733242, 1959) y zuplico a usted senador Tower tratar el asunto de un ciudadano de los Estados Unidos retenido por la Unión Soviética contra su voluntad y sus espezos dezezos".

(La puntuación y falta de ortografía son de Oswald, y revelan su falta de cultura gramatical y ortográfica).

En la misma época, Oswald escribió a John Connally, que ya no era Ministro de Marina. Le pedía a Connally rectificar el decreto de "dada de baja de la marina con deshonor", que se produjo después de que Oswald declaró su fidelidad a Unión Soviética. En la carta a Connally, hablando en tercera persona, Oswald explicaba:

"Esta persona en respuesta a preguntas de periodistas en Moscú criticó ciertos aspectos de la vida norteamericana. La historia fue inflada en otra historia sensacional de "renegado", con el resultado que el Departamento de Marina dio a esa persona un tardío descargo deshonorale aunque él había recibido antes un descargo honorable después de tres años de servicio en septiembre 11, 1959 en el Toro, la base californiana del Cuerpo de Marina. Estos son los hechos básicos de mi caso".

(El párrafo es textual y con las faltas de puntuación y sintaxis de Oswald).

Algunas de las declaraciones de Oswald en Moscú: "Cuando estuve en Japón como marino, pude observar el imperialismo yanqui en acción" "Leí a Marx a los 15 años, después de ver cómo son tratados los obreros en Nueva York, y los negros en el sur". "Ahora, aquí en Unión Soviética, me siento como si hubiera salido de un campo de concentración".

El Departamento de Estado consideró que Oswald podía regresar, y le concedió un préstamo de 435 dólares

para su pasaje y el de su esposa rusa. En junio de 1962, Oswald y su esposa, junto con su hija de ocho meses, llegaron a Nueva York. Era el día 13 de junio. Antes, había escrito a su madre: "Necesitamos unos 800 dólares; pero hay muchas organizaciones que nos pueden financiar el pasaje... la Cruz Roja puede ser... pero, madre, por sobre todo le pido, no envíe dinero suyo...".

Entre junio de 1962 y febrero de 1963, Oswald vivió de trabajo desconocido. Es decir, vago. Sin embargo, entre octubre de 1962 y enero de 1963, pagó los 435 dólares que le debía al gobierno. En Estados Unidos, como en cualquier país del mundo donde hay vagos, el único modo de sobrevivir y alimentar a una esposa que no habla el idioma del país y un hijo, es haciendo trabajos "ocasionales" que dejen suficiente dinero. En Estados Unidos hay trabajos ocasionales que dejan dinero como ese: recadero de gángster, pequeño comerciante de drogas... ladrón de pequeñas cosas. Algo de eso puede haber hecho Oswald en la laguna de junio de 1962 a febrero de 1963. También se gana dinero como soplón de la policía. En Estados Unidos, según el informe de 1962 entregado a Bob Kennedy por el departamento político del FBI, el partido comunista yanqui estaba compuesto de cinco mil miembros activos. De ellos, 1.576 eran soplones del gobierno. Oswald pudo ser uno de ellos.

En febrero de 1963, Oswald llegó a Dallas. A las cercanías de Dallas. Un pueblecito suburbano llamado Irving. Corresponde como San Bernardo a Santiago. En Irving había una señora, Ruth Paine, cuáquera, esposa de Michael Paine, que arrendaba piezas en su casa, y, lo más importante, profesora de ruso. Marina y Ruth simpatizaron, y la familia Oswald se quedó en casa de la

maestra de ruso. Marina, que habla muy poco inglés, le confidenció en ruso a Ruth Paine: "Mi pobre marido vive acoplejado... es muy raro... nunca gana lo suficiente para nosotros... pero dice que algún día, encontrará algo. Creo que lo que trae a casa es producto de algún sucio negocio".

En marzo de 1963, de acuerdo a informes perfectos, Oswald escribió una orden de compra a la Klein Sporting Goods Co. de Chicago, por un rifle italiano, marca Carcano, calibre 6,5, semiautomático, con mira telescópica de 4 aumentos. Valor: 12,78 dólares. Oswald no dio su nombre, sino "Mr. Hydell, Correo Central, Dallas".

En abril de 1963, exactamente el día 10, Oswald usó el fusil. El incidente es éste:

En Dallas vive el general retirado (retirado por Eisenhower, por causar escándalo en Alemania Occidental, al adoctrinar a sus hombres con las teorías de la John Birch Society, agrupación cabeza de serie del Klu Klux Klan, y que agrupa a senadores y jueces norteamericanos) Edwin Walker. Este general es una figura nacional por sus pensamientos conservadores ("Dice que los negros son esclavos de los blancos por creación de Dios... y que los comunistas son hijos de Lucifer"). La noche del 10 de abril de 1963, Oswald disparó desde lejos, a través de la ventana del escritorio de Walker, y falló lejos. Cuando llegó a su casa, Marina le preguntó qué le pasaba. Oswald le dijo que acababa de intentar matar al general Edwin Walker. "¿Por qué?", preguntó Marina. "Porqué quería ver la noticia en la televisión... a ver qué dicen los estúpidos policías", contestó Oswald. La policía de Dallas fue incapaz de atrapar al autor de los disparos sobre Walker.

Fue en esa fecha cuando Oswald se sacó una foto

armado de un revólver 38 (Marina no sabe de dónde lo sacó), su fusil italiano, y con dos periódicos comunistas. Como un explorador. Un siquiatra que examinó a Oswald en Nueva York, en 1953, cuando el muchacho tenía casi catorce años (nació el 18 de octubre de 1939, en Nueva Orleans), lo encontró "emocionalmente perturbado, de carácter difícil, fácilmente influenciado, inestable, y con necesidad seria de un siquiatra, para normalizar su conducta".

En la segunda semana de mayo de 1963, Oswald todavía cesante, se fue de Dallas a Nueva Orleans, su ciudad natal. Una semana después mandó a buscar a su esposa y su hija. En Nueva Orleans, el carácter, o la conducta contradictoria de Oswald se hace más evidente:

Primero, inundó de cartas el Comité Pro Justo Trato a Cuba, con sede en Nueva York, asegurando a sus directivos que él era un castrista convencido, un activo simpatizante del partido comunista, que había estado en Rusia viviendo, y que está trabajando fuerte para hacer propaganda a Fidel Castro. Pedía casi por favor que lo incluyeran en el Comité. Y al mismo tiempo que escribía esas cartas al Comité en Nueva York, en Nueva Orleans entraba en contacto con el Directorio Estudiantil Revolucionario (organización internacional anticastrista), ofreciendo su experiencia como marino, para enseñar tácticas militares a sus miembros, para la posible invasión a Cuba.

En junio de 1963, Oswald solicitó pasaporte al Departamento de Estado, diciendo que era fotógrafo, y necesitaba hacer una gira por Alemania, Francia, Rusia y España. Obtuvo el pasaporte. Esto fue en Nueva Orleans.

En agosto de 1963, exactamente el día 9 de agosto,

Oswald se instaló en una esquina de un suburbio de Nueva Orleans, para repartir panfletos con llamados a favor de Castro. Estaba en eso, cuando fue visto por algunos cubanos anticastristas, los mismos que pensaban usarlo como instructor militar. Hubo palabras y contrapalabras, y se armó una gresca. Oswald fue detenido. Y el día 13 de agosto fue multado con 10 dólares por "alterar la tranquilidad pública". Su viaje a Rusia, su pasado y su vociferante "yo soy marxista", como si estuviera empeñado en hacer creerlo a toda costa, salió en los diarios de todo Texas. Y la mejor cadena de televisión de Nueva Orleans, el día 15 de agosto, lo hizo aparecer en un foro sobre Cuba. Oswald era el personaje central. El entrevistador le preguntó si estaba de acuerdo con la apreciación de Fidel Castro, de que John Kennedy era "un rufián y un ladrón". Oswald respondió:

"No comparto la misma opinión en esas palabras en particular. Sin embargo, yo y el Trato Justo para Cuba, pensamos que el Gobierno de Estados Unidos, a través de ciertas agencias, principalmente el Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia, han cometido monumentales error en sus relaciones con Cuba".

Mientras esto declaraba en público Oswald, en privado estaba redactando sus memorias. Estas memorias iban a comenzar a ser dictadas a la señorita Pauline Bates, dactilógrafa pelirroja, de Fort Worth, Texas (lugar de residencia de la madre de Oswald, a quien visitó con frecuencia en julio y agosto). A la señorita Bates, Oswald le dijo que quería redactar sus memorias "porque soy agente secreto norteamericano". En las memorias, Oswald decía que "Rusia es un mundo de miedo y vigilancia. Un estado policial". No se sabe cuándo pensaba publicar esas memorias.

Pero Oswald seguía viviendo como vago, y su esposa escribió a su amiga Ruth Paine, en Irving, localidad suburbana de Dallas. El día 23 de septiembre de 1963, la señora Paine, en un station wagón, fue a Nueva Orleans y trajo de vuelta a Irving, a Marina de Oswald, y su hija de 22 meses. La señora de Oswald estaba embarazada de ocho meses. Oswald no llegaba a la pieza donde vivían desde hacía una semana. "Está desesperado por conseguir dinero, quizás qué se le habrá ocurrido hacer ahora", dijo Marina Oswald a la señora Paine.

Tres días más tarde, el 26 de septiembre de 1963, Oswald, junto con un grupo de turistas, atravesaba la frontera con México, en Laredo, Texas. El 28 de septiembre, Oswald fue a la embajada de Cuba, y pidió visa de tránsito por Cuba, para ir a Moscú. El cónsul general cubano le informó que le tomaría dos semanas chequear sus antecedentes con el gobierno yanqui. Oswald dejó el recinto gritando contra los cubanos "sucios comunistas". El día 29 de septiembre, fue Oswald al consulado soviético en Ciudad de México, para solicitar visa para entrar a Unión Soviética. "Le contestaremos en tres meses", le informaron. Oswald salió sin dejar su pasaporte.

(El día 26 de septiembre se hizo el anuncio de que Kennedy visitaría Texas, pero sin especificar lugares. Ese día, Oswald pasaba a México, de modo que es casi imposible que se haya enterado entonces de esta visita).

El tres de octubre, Oswald estaba en Dallas de nuevo. Sin dinero, sin chance de escapar otra vez a Unión Soviética, o a cualquier parte, para aprovecharse de la situación política mundial, Oswald era un hombre quebrado ... arruinado ... y tal vez enloquecido. Un

hombre con su oficio de vago, ¿donde iría en una ciudad como Dallas, para buscar una oportunidad? Naturalmente, a los cabarets, a los antros nocturnos... y ocurre que en Dallas había un tipo "que había ido a Cuba castrista". Un tipo "con muy buenas conexiones". Un tipo buena persona en los bajos fondos... se llamaba Jack Ruby. Ruby había ido a Cuba en 1959, para negociar en trastos viejos con el gobierno revolucionario... Oswald se ponía un cartel de castrista en el pecho, para que todos lo vieran... A lo mejor, con Jack Ruby.

Pero, ahora tenemos que describir al segundo personaje de esta trama:

Jack Ruby es el típico capo de barrio... el gángster menor "amigo del jefe", y buen contacto para trabajos especiales. Ruby, que se llama realmente León Rubinstein, nació en Chicago, en el ghetto judío del lado occidental, en 1911. Tiene cuatro hermanos. Una hermana, Eva Grant (divorciada de Mister Grant hace 18 años) regenta en Dallas su cabaret Vegas Club. Otro hermano, Earle Rubinstein opera el Cobalt Cleaners, en Detroit.

Rubinstein ha sido definido por los agentes del Federal Bureau of Investigations como "un asociado a los gangsters, no participando en grandes operaciones, pero sirviendo de nexo entre diferentes bandas".

Rubinstein era amigo del gángster Paul Labriola, que fue asesinado en 1954, y también amigo y socio del gángster Paul R. Jones, ahora en prisión, convicto de traficar en narcóticos.

El asesino de Oswald se fue a Dallas en 1946, por orden de la maffia (el sindicato del crimen), para servir de contacto entre la central de Chicago y Dallas, donde se iba a instalar el negocio del juego, los narcóticos y la

prostitución por medio de cabarets. Allí en Dallas, el sindicato del crimen compró el cabaret Silver Slipper (Zapatilla de Plata) para Rubinstein. Allí, los gangsters Paul Rowland Jones, Patrick Manno, Paul (nariz de aguja) Labriola y James Winberg, eran los "agentes viajeros" del sindicato del crimen, que llevaban "la carga" a Rubinstein.

En 1947, Jones fue sorprendido con un cargamento de opio en la ciudad fronteriza de Laredo. La misma ciudad por donde viajó Oswald a México en septiembre de 1963.

En 1940, Rubinstein fue expulsado de San Francisco, por amañar juegos de cartas en varios restaurantes con "sala trasera".

Antes, en 1927, fue sorprendido cuando trataba de amañar la pelea Dempsey-Tunney. Pero un abogado de los gangsters lo sacó del lío.

El mejor trabajo para el sindicato del crimen, lo realizó Jack Ruby en 1937, en compañía del abogado León R. Cooke. Ustedes saben que el sindicato del crimen, que tiene protección política y financiera de la mafia del gran dinero, se especializa en controlar los grandes sindicatos, desde que la Ford Motors le descubrió esa utilidad. Así, las agitaciones laborales son asfixiadas por los gangsters en los Estados Unidos, y al mismo tiempo, el sindicato del crimen tiene ganancias con las cuotas de los obreros.

En 1937, la Waste Material Handlers, una compañía recolectora de desperdicios y de material usado de cualquier tipo, no tenía sindicato laboral. El sindicato del crimen encargó a Rubinstein que hiciera el sindicato. Ruby eligió como socio al abogado Cooke. En 1939, Cooke apareció muerto. Nunca se descubrió quién fue el asesino, pero el rumor es que Ruby lo eliminó.

Meses más tarde, un dirigente del sindicato, James Weinber, apareció estrangulado en la maleta de su propio automóvil. Desde ese momento, Jack Ruby se transformó en el secretario del sindicato, controlándolo para los gangsters.

Sin embargo, el método de "sindicalización" de Ruby pareció demasiado escandaloso, porque la American Federation of Labour investigó el sindicato de la Waste Material Handlers Union, y decidió expulsar a Rubinstein. Pero, en ese mismo momento, el sindicato del crimen estaba maniobrando por medio de su mejor capataz entre los obreros: Jimmy Hoffa, dictador absoluto del sindicato unido de camioneros de Estados Unidos (la International Brotherhood of Teamsters).

A principios de 1940, fue liquidada la investigación de la American Federation of Labour, y Paul Dorfman, lugarteniente de Hoffa, tomó el control de la Waste Material Handlers Union. Hoffa habló con Ruby, le explicó que lo estimaba mucho, pero que no podía seguir en el trabajo aquel, porque sus métodos eran muy notorios. Además, lo podían "cargar" con los asesinatos de Cooke y Weinber. Ruby dejó el sindicato que había organizado, al final de 1940.

Paul Dorfmann vive actualmente en Palm Springs, California, y declaró que Ruby es "un tipo realmente simpático, con puntos de vista políticos verdaderamente liberales". Este Paul Dorfmann es uno de los capos del actual sindicato del crimen en Chicago, conocido como Cosa Nostra. Aun cuando se dice que Sam Giancana es el jefe heredero de la dinastía que fundó Al Capone, hay detrás de él un triunvirato, formado por Tony Accardo, Murray Humphrey y Paul Ricca.

Paul Ricca se especializa en el juego ilícito y tráfico de

estupefacientes. Ricca es protegido de Jimmy Hoffa, y en 1956, cuando Ricca necesitaba urgentemente dinero para pagar abogados para sacarlo de un lío, Hoffa le regaló 150 mil dólares... de los fondos de la International Brotherhood of Teamsters. La rama de Ricca provee de narcóticos los clubes nocturnos de Jack Rubinstein... y esta conexión es importante, como lo veremos después.

Jimmy Hoffa, también, cuenta con nueve millones de dólares al año "para fondos de influencia política", recolectados con una concesión "voluntaria" de 50 centavos al mes por cada camionero de su unión, que reúne 1.500.000 miembros. Con estos nueve millones de dólares, Hoffa ha logrado tal poder político, que se le sindicó como el punto de unión entre la mafia del gran dinero, de la cual hablamos largo en las dos primeras partes de este reportaje, y la mafia del pequeño dinero, cuyo nombre más conocido es Cosa Nostra.

Pero, sigamos con el pequeño y patriótico Jack Rubinstein, que llora cada vez que encuentra a los periodistas en la cárcel de Dallas.

En 1957, la Waste Material Handlers Union, hija de Rubinstein para servir a los gangsters, fue expulsada de la American Federation of Labour and Congress of Industrial Organizations (AFL-CIO), por cargos de corrupción.

Rubinstein parece tener una notable proclividad por tratar gente que después se muere. Ruby era muy amigo de Nathan Gumbin, un millonario asesinado en 1948. Gumbin y Ruby tenían negocios en sociedad, todos conectados con la "protección" que el sindicato del crimen daba a la Waste Material Handlers Union...

En 1959, cuando el Comité Senatorial McClellan comenzó a investigar a Jimmy Hoffa y a su International Brotherhood of Teamsters, Rubinstein

hizo algo extraño: se ofreció al Comité, cuyo principal investigador era Robert Kennedy, para servir de "informador". Rubinstein se ofreció para informar sobre el sindicato del crimen en las sesiones secretas, porque, dijo "yo he trabajado con ellos desde niño".

Antes, en 1949, fue investigado por el senador Kefauver.

No hay constancia que Robert Kennedy haya utilizado a Rubinstein. Pero la sospecha es que las informaciones de Rubinstein no sirvieron de mucho, si es que las hubo, porque Hoffa sigue libre, y sigue reinando entre los Teamsters, manejando millones de dólares para los gangsters y sus pandillas.

En suma: Rubinstein es una conexión entre el sindicato del crimen de Chicago y sus negocios en Dallas. Y por eso, está en un plano inferior a Jimmy Hoffa, pero conectado con él. Rubinstein distribuía el narcótico en Dallas, y desde allí hacia Nueva Orleans.

Una descripción bastante razonable del tipo de hombre que Jack Rubinstein es, lo dio Jeanette Conforti, nudista pelirroja de 27 años, proveedora de niñas alegres para Nueva Orleans, y que además trabajó en el cabaret Carrousel, en Dallas, regentado por Rubinstein. La nudista tiene el nombre artístico de Jada, y dijo:

"Es un tipo iracundo pero exhibicionista, cómico pero de mala entraña, siempre ansioso de obtener favores de la policía, y de impresionar a los tipos importantes".

Después, Jada dijo: "Peleador, pero cuidadoso... si tenía que pelear con alguien, siempre se aseguraba ventaja: el contrincante tendría que estar borracho; ser más chico que él, o una muchacha... siempre me dijo que no tenía nada de qué preocuparse, porque tenía amigos grandotes en la policía y en la oficina del

Procurador General de Texas... Todas las noches invitaba a beber a policías de Dallas, después les daba de comer, y los dejaba a ver el show... todo gratis".

Bill Demar, maestro de ceremonias del Carrousel Club, y quien arriesgó la vida al decir que había visto a Oswald en el cabaret en octubre, y se retractó después, aterrado, definió a Rubinstein como un tipo "realmente patriótico... por un dólar".

El día que Rubinstein entró inexplicablemente al subterráneo de la Estación de Policía donde mataría a Oswald, Rubinstein estaba encargado a la policía de Dallas, por "asalto y violencia", al armar una pelea en otro club nocturno de la ciudad.

En su cabaret Vegas Club, regentado por su hermana Eva, todo Dallas sabe que puede conseguir cigarrillos de marihuana. En el Carrousel, cabaret que él regenta, un policía encontró un cigarrillo de marihuana en la liga de la media de la nudista Candy Barr. Cuando la nudista salió libre, Rubinstein le regaló un perro. Todos saben que la marihuana sigue siendo producto de buena venta en el negocio de Ruby, pero la policía de Dallas es así... Se sabe que Candy Barr fue arrestada sencillamente porque se negó a acostarse con uno de "los tipos importantes" amigos de Rubinstein.

Dejemos hasta aquí a nuestro segundo personaje, y sigamos con el tercer personaje implicado en esto: la policía de Dallas.

Para conocer lo que pasa con la policía de Dallas, vamos a hablar de Chicago. Y al hacerlo, recurriremos al periodista norteamericano Bill Davidson, que en un reportaje sobre el sindicato del crimen escribió:

"En noviembre de 1957, después de la reunión de la mafia en Appalachin, la cual fue interrumpida por la policía de Nueva York, tuvo lugar la siguiente

conversación telefónica entre Sam Giancana, jefe supremo de la Cosa Nostra, como se llama ahora a la mafia, en Chicago, y Steve Magaddino, el jefe de la misma en Buffalo, Nueva York:

Giancana: "Bien, espero que estés satisfecho. Sesenta y tres de nuestros muchachos más importantes fueron identificados por los policías".

Magaddino: "Debo admitir que tú tenías razón, Sam. Si tú hubieras estado dirigiéndola, no habría ocurrido eso".

Giancana: "Yo les dije que la reunión debía ser aquí. Este es el lugar más seguro de todo el mundo para hacer una reunión en grande. Los muchachos podrían haberse alojado en mis hoteles; les podríamos haber facilitado carros de mis agencias de automóviles y podríamos habernos reunido en alguno de mis grandes restaurantes. Aquí los policías no nos habrían molestado. Los tenemos en los bolsillos".

"En estas cuantas frases está resumido el problema más grande y persistente de Chicago. Porque actualmente la situación es la misma que había en 1957 y aun la misma de 1930, en la época del gran reinado del terror de Al Capone".

Y esto que relata Bill Davidson es el corazón del sindicato del crimen, que Jack Rubinstein fue a instalar en Dallas en 1946. Rubinstein era el recadero entre Chicago y Dallas, para mirar a México, desde donde llegan la marihuana, el opio, las prostitutas y otro tipo de "alegrías de la vida".

De acuerdo a un dato proporcionado por Robert Kennedy, el sindicato del crimen mueve semanalmente 25 millones de dólares... unos mil doscientos millones de dólares al año. (Para que el lector no se impresione, le decimos que el imperio

del petróleo mueve 48 mil millones de dólares al año... con ganancias para unos pocos, los gigantes de la mafia del gran dinero... millones que John Fitzgerald Kennedy iba a cambiar de cauce, para dárselos al pueblo de Estados Unidos, representado por el gobierno).

En Dallas, matar no es gran cosa. Depende del precio del juez. Por ejemplo, Tom Howard, actual abogado defensor de Rubinstein, tomó el caso de una mujer que mató a su amante porque no quiso casarse con ella, estando embarazada. La mujer salió libre y se casó con Howard.

Además, la policía de Dallas demostró tener un capitán con mala suerte. Es el capitán de la Sección de Homicidios, mister Will Fritz.

Ocorre que este caballero, el capitán Fritz, iba en su automóvil encabezando la caravana de automóviles del presidente Kennedy. Detrás de su coche iba el del presidente Kennedy. Y asesinaron a Kennedy a la vista del capitán Fritz, que enfrentaba el paso a nivel desde donde salió el primer disparo. Dos días más tarde, el capitán Fritz caminaba delante de Lee Harvey Oswald... y también lo asesinaron en su presencia... sin amago de nadie por detener a Rubinstein.

El capitán de la Sección Homicidios de la policía de Dallas, mister Will Fritz, es un hombre que conoce a todos los delincuentes de su ciudad. Conocía a Jack Ruby. El capitán Fritz tenía a su cargo la custodia del paso a nivel que enfrentaba el auto de Kennedy en el momento de su asesinato. Y tenía a su cargo también la custodia de la librería desde la cual dispararon dos veces contra Kennedy. Allí había 1.600 policías repartidos por las calles adyacentes. Como si tuvieran que cazar a alguien. La librería y el paso a nivel eran los únicos

sitios que no estaban a cargo del FBI.

Se cierra el cerco

El asesinato de Kennedy pudo producirse en cualquier momento, a partir de mediados de 1963, cuando la mafia del gran dinero comenzó a recibir impactos directos del Departamento de Justicia, y cuando la popularidad de Kennedy le aseguraba totalmente la reelección en 1964. Sin embargo, el proceso se aceleró en octubre y noviembre, por todos los factores que examinamos en la segunda parte de este reportaje... y al parecer, la decisión final fue tomada, más que todo, porque el Senado norteamericano iba a ser fácilmente derrotado por Kennedy ante el público norteamericano, si pedía que las investigaciones por el escándalo de Bobby Baker se hicieran públicos. Varios políticos iban a morir definitivamente como figuras públicas... un afectado: Lyndon Baynes Johnson, el político más conocido de Texas.

El acuerdo de asesinar a Kennedy debe haber ocurrido en los primeros diez días de octubre. Desde Washington, vía Nueva York, y a través de Chicago, el acuerdo llegó a Dallas. En Dallas, el encargo de ejecutar el plan concebido en Washington tiene que haber sido confiado a la policía de Dallas (un par de personajes con gran mando en la policía de Dallas), que examinó el recorrido del presidente, y llegó a la conclusión que el mejor lugar para matarlo, con una pareja de buenos tiradores, era la avenida entre parques, que enfrenta un paso a nivel de tres vías y da la espalda a un edificio de seis pisos. La policía de Dallas, entonces,

pidió y obtuvo del FBI la custodia de esos dos lugares.

Pero el plan concebido en Washington era sofisticado. No quería "crimen perfecto", porque resulta imposible un "crimen perfecto" si la víctima es el Presidente de Estados Unidos. El asesino no podía burlar a un país de 200 millones de habitantes. Si eso ocurría, entonces resultaba claro para el mundo que el asesinato del presidente tenía conexiones con altos círculos protectores del criminal.

Por eso se le encargó a Jack Ruby, amigo personal y entrañable de la policía corrompida de la ciudad, que buscara entre sus amistades un tipo que se prestara, "por una buena cantidad de dinero", para el gran golpe. Oswald estaba quebrado. Ni un centavo. Además, como marxista de profesión pública estaba en un callejón sin salida. Fanfarrón como Ruby, su respuesta a alguna insinuación del pequeño gángster pudo haber sido: "Psch... yo soy excelente tirador... puedo matar a un tipo a doscientos metros con el fusil que tengo".

—¿Harías un trabajo por cien mil dólares?

La respuesta a una pregunta así de Ruby, dada por un vago insigne como Oswald, que nunca tuvo más de cincuenta dólares a la vez en sus bolsillos, con convicciones políticas totalmente confusas (es clásica su afirmación de la entrevista de televisión en Nueva Orleans: "¿Qué diferencia hay entre marxismo y capitalismo...? Pues, es una gran diferencia... eso es, una gran diferencia"), esa respuesta tuvo que ser afirmativa.

En el Departamento de Marina de los Estados Unidos, el record de tiro de Oswald como conscripto muestra que apenas se clasificaba en la segunda categoría (sharpshooter), de las tres que hay (marksmanship, la tercera, y expert, la primera). Su

puntaje en 1956 fue de 212, con un mínimo exigido para la segunda categoría de 210. En 1959, su puntaje apuntado es de 191, justo un punto más del mínimo requerido para la tercera categoría. Para la primera calificación se necesitan 220 puntos.

Jack Ruby quiso asegurarse de lo afirmado por Oswald y lo llevó (él no lo acompañó, por ser demasiado conocido en la región, sino algún hombre de confianza de la policía, o más seguro, un policía de civil) a tirar al polígono de Sportsdrome, de los suburbios de Grand Prairie.

De acuerdo a los testimonios de un mecánico de Grand Prairie, llamado Arland Black, y un vecino del polígono, Howard Price, Oswald iba al lugar acompañado por otra persona, y practicaba tiro al blanco desde gran distancia y "hacía fuego rápido y daba a menudo en los blancos". Los testigos se atreven casi a asegurar que practicaba con el mismo fusil italiano encontrado después en la librería.

El asunto marchaba bien. El policía encargado de disparar antes que Oswald, dándole la señal, sobre Kennedy, desde el paso a nivel, indudablemente fue provisto de un arma similar a la de Oswald, a fin de que las balas encontradas después del atentado parecieran ser de un mismo fusil.

Quedaba el problema de meter a Oswald en el Texas School Book Depository Building. Resultaba difícil, ya que era marxista declarado. Pero "algo allanó el camino", porque el 14 de octubre fue aceptado como "guarda-almacén", con 50 dólares a la semana. Resulta notable que el sindicato yanqui de los guarda-almacenes esté asimilado a la International Biotherhood of Teamsters, el imperio sindical de Jimmy Hoffa. El mismo día, Oswald arrendó una pieza de ocho dólares a la

semana, en el barrio bravo de Dallas, a cinco minutos a pie del departamento de Ruby. Lo arrendó con nombre supuesto: O. H. Lee, que es sencillamente su nombre al revés. Iba a casa de su familia, en Irving, solamente los fines de semana. En la última semana de octubre, nació el segundo hijo de Oswald.

Estaba todo listo: Oswald se ganaría cien mil dólares o algo así (según creía él) matando al presidente Kennedy, saliendo tranquilamente de la librería, y llegando hasta un lugar cercano a su casa, donde lo esperaría un policía en su radio-patruillas, que se encargaría de llevarlo "donde el del dinero", y después llevarlo a Irving. Oswald creía tener todas sus coartadas perfectas, porque nadie sabía que tenía un rifle (¿se olvidó de la foto?), y la policía de Dallas se encargaría de no hacerlo aparecer como sospechoso, al interrogar a los empleados de la librería, de modo que podría volver tranquilamente a trabajar después del fin de semana. Se sentía realmente "protegido" y próximo a ser rico por fin.

Pero el cuadro de la policía era otro. Una vez consumado el asesinato, había que enfocar toda la atención sobre la librería. Primero, dejar escapar a Oswald del edificio. Después, propalar de inmediato sus señas, para aplicar "la ley de la fuga", y resolver el caso de un solo tirón, dejando todo hasta Oswald, solamente, sin necesidad de investigar más allá. Con su profesión de fe marxista, estaba todo arreglado. Por eso, el policía que lo esperaría cerca de su casa estaba encargado de decirle que lo iba a detener, y matarlo en seguida.

La policía implicada en el complot había urdido disparar desde dos lados a la vez, porque el auto del presidente Kennedy, habitualmente era protegido con una burbuja de plástico en la parte trasera... si la

burbuja se la ponían en Dallas... sólo disparando de adelante se podría matar a Kennedy... pero era importante que Oswald disparara, para fijar en él la atención... matarlo... y perder el tiempo para siempre, buscando a un cómplice que era un policía.

Así, quedó todo dispuesto, y llegó el 22 de noviembre. El grado de inteligencia, bastante menor al promedio, de Oswald quedó demostrado por la serie de errores que cometió. Primero, salió de su casa con el fusil perfectamente envuelto... y aceptó que un vecino lo llevara en su auto al trabajo. Al vecino le dijo que llevaba marcos de ventana en el paquete. Oswald dejó el paquete en el sexto piso, en la misma pieza de la cual iba a disparar, que era un almacén poco o nada frecuentado... y al cual él tenía acceso, porque era guarda-almacén, precisamente.

Cuando al mediodía se anunció el arribo de Kennedy al aeropuerto, los 90 empleados de la librería bajaron al primer piso, donde está un "lunch room". Oswald bajó, y después subió... con ascensorista... Al llegar al sexto piso le dijo al muchacho que después mandara el ascensor solo para el sexto. El muchacho bajó, envió el ascensor, y salió a mirar el desfile.

Al frente de la caravana venía el automóvil del capitán de la Sección Homicidios de Dallas, mister Will Fritz, con su superior, Curry. En seguida, el automóvil de John Kennedy. En el paso a nivel, protegido por su automóvil de la policía y por su uniforme de policía, estaba un funcionario (posiblemente Tippit), apuntando con un fusil con mira telescópica. El presidente Kennedy había mirado hacia la izquierda, a un hombre que levantó un cartel, sobre un automóvil, que decía: "Por sus ideas socialistas, lo desprecio a usted, señor Kennedy". Después, Kennedy miró hacia la derecha, pero hacia

arriba, al parque que bordea la carretera, que está colocado casi dos metros sobre el nivel del asfalto. Entonces tenía la cabeza levantada.

Tippit (o un policía puesto en su lugar) disparó y atravesó la garganta de Kennedy, y la bala le destrozó la base del cráneo, destrozándola en un 45 por ciento. Tippit cambió de cartucho y volvió a disparar, pero esta bala, que se confundió con la primera de Oswald, sólo rompió el parabrisas del automóvil Lincoln. Oswald disparó después del siniestro aviso de Tippit (o alguien) dos rápidos tiros, sin "remirar", es decir, sin hacer puntería para el segundo disparo por la mira telescópica. Aquí Oswald demostró que los records de la marina eran exactos... ninguna de sus balas mató a John Kennedy. La primera le pasó sobre la cabeza y entró en la espalda de Connally, que se había vuelto de perfil, le salió por el pecho, le atravesó la muñeca derecha y quedó en el muslo izquierdo. La segunda bala entró en la espalda de Kennedy, empujándolo hacia el fondo del auto con el impacto. Kennedy, desde el instante de recibir el impacto en la garganta, quedó con la mano apretada sobre su cuello, inmóvil, como paralizado, y cayendo lentamente hacia la izquierda. La caída fue acelerada por el impacto en la espalda, procedente de Oswald.

Cinco segundos casi exactos, toda la escena, desde el disparo de Tippit (o alguien), hasta el impacto de la bala en la espalda de Kennedy.

El asunto fue así: primer segundo, estampido de Tippit. Tercer segundo, primer estampido de Oswald. Cuarto segundo, segundo estampido de Tippit. Quinto segundo, segundo estampido de Oswald.

Los testigos todos concuerdan en haber oído esto: un primer estampido que dio de lleno en Kennedy... una

pausa... y después dos o tres balazos casi pegados uno con el otro. ("Primero un estampido, seco, siniestro... y en seguida, como fuegos artificiales", dijo un hombre que no perdió la serenidad, como si hubiera estado preparado para sufrir tamaña emoción. Se llama Lyndon Baynes Johnson).

La conducta de Kennedy, que puede ser examinada a voluntad con los dos films tomados por aficionados en el instante del atentado, revela que la herida que lo mató fue la primera. Y esto se reafirma con el estudio realizado por el doctor Howard Rusk, asesor médico del New York Times:

"Si la herida es en la porción posterior del cráneo, el área por donde salió la bala que mató al presidente, queda dañado el cerebelo. Entonces, el individuo sufre de ataxia, evidenciado por el tipo de temblores que se ven cuando se quiere tomar un objeto o mover la boca o hablar (Kennedy se llevó la mano al cuello, la dejó ahí, y no hizo nada más, ni siquiera cerró los ojos, quedó como atacado por parálisis repentina). El daño en el cerebelo es también causa de pérdida del equilibrio (Kennedy quedó cayendo lentamente hacia adelante, sin intervención alguna de la voluntad, lentamente). Si la base del cráneo es la dañada, como fue el caso de la herida del presidente, se hieren los nervios y la médula. Entonces, el estado de inconciencia es instantáneo, y la muerte ocurre generalmente al cabo de unos minutos, porque esos centros controlan las funciones vitales de la circulación y la respiración".

Efectivamente, de acuerdo al testimonio del doctor Tom Shires, cirujano jefe del hospital de Parkland, John Kennedy llegó al hospital "técnicamente muerto". Otro médico, cuyo nombre se perdió en el huracán de noticias que se desencadenó, describió la herida con precisión:

"La bala entró bajo la manzana de Adán, y salió destrozando la parte posterior del cerebro". Poco después, los médicos de Texas se transformaron en simples estudiantes, porque dijeron: "Tiene dos balas... una en la garganta y la otra en la cabeza". Después: "Tiene una sola bala en la cabeza". Y por último, la cima de la más vergonzosa falta de seriedad con un hecho tan horrible: "los médicos de Dallas no se dieron cuenta que Kennedy estaba herido en la espalda". Eso lo descubrieron los médicos del hospital naval de Bethesda. Era como si hubiera prisa por cerrar las heridas, embalsamar el cadáver, meterlo a la urna... y que se acabara el caso pronto.

Por su parte, el motociclista de la policía de Dallas, B. H. Hargis, de 31 años, que resguardaba el auto de Kennedy por la parte izquierda (Kennedy iba a la derecha), relató así el fusilamiento:

"Cuando escuché la primera explosión, supe que era un balazo. Creí que el Gobernador Connally había sido alcanzado cuando lo vi volverse hacia el presidente, con una mirada sorprendida. El presidente parecía encorvado, o como si estuviera inclinándose hacia el Gobernador para decirle algo. Cuando el presidente se enderezó, la señora Kennedy se volvió hacia él, y entonces fue cuando le dieron de nuevo cayendo hacia la izquierda. Me saltó sangre. Luego sentí que algo me golpeaba (tal vez un trozo de vidrio del parabrisas). Pudo haber sido concreto o algo, pero yo pensé al principio que también me habían dado. Vi pararse el auto, estacioné mi motocicleta en el costado de la avenida, bajé y saqué mi revólver... El motociclista del lado derecho era Jim Chaney. El fue de inmediato hacia adelante, y avisó al jefe (míster Will Fritz) que el presidente había sido baleado".

William R. Matthews, editor del Arizona Daily Star, escribió a la mañana siguiente: "Fue un asesinato planeado cuidadosamente... parece como si hubiera tres asesinos, quienes dispararon un tiro cada uno, porque tres balas parecen haber llegado simultáneamente".

El sheriff Bill Decker de Dallas, explicó que un hombre acostumbrado a ese tipo de fusil, es capaz de disparar sin "remirar", con intervalos de 2 segundos.... "remirando" el tiempo se alarga a seis segundos por lo menos". Ni Oswald ni Tippit (o alguien) remiraron, y lo prueba el hecho que de cuatro balas, sólo dos dieron en el blanco (Kennedy), y sólo una fue mortal.

El corresponsal del Saint Louis Dispatch, junto a dos colegas, vio el parabrisas del auto de Kennedy perforado por un balazo, cuando estaba estacionado en el Hospital Parkland, y un agente de policía lavaba la sangre de Kennedy en el asiento.

El capitán Fritz, después del minuto de pánico en el público, ordenó a sus hombres rodear la librería desde donde él dijo que vinieron los disparos. Al entrar el primer policía al edificio, Oswald ya había bajado y estaba en el "lunch-room". Oswald quiso salir, y el policía lo detuvo. "Es empleado de aquí", dijo alguien, y Oswald fue dejado en libertad. Salió, dio vuelta a la manzana y tomó un bus. El tránsito se había paralizado totalmente... y todavía nadie sabía si Kennedy había muerto. El bus no se movía. "Y todo esto porque hirieron al Presidente", dijo Oswald, y se bajó. Tomó un taxi. El taxi iba manejado por Darryl Click. Le dio la dirección de su departamento en la ciudad, en el barrio de Oak Cliff, cerca del departamento de Jack Ruby, que compartía con un tal Senator. Se bajó tres cuadras antes de su dirección. Caminó hasta allá. Eran cerca de la una de la tarde. La señora R. C. Roberts, que trabaja

en la casa de arriendos, vio entrar a Oswald corriendo y salir también corriendo, pero ahora con una chaqueta con cierre relámpago. Es evidente que se la puso para esconder mejor el revólver que fue a buscar a su pieza.

Entretanto, Tippit (o alguien), después de disparar sobre Kennedy, se subió tranquilamente a su radiopatrullera, y atravesó el triple paso a nivel. Y mientras dejaba el infierno a sus espaldas, se fue lentamente al lugar de la cita con Oswald. Tendría que meterlo al auto y dispararle en algún lugar sin testigos. Así eran las instrucciones.

Oswald salió de su casa y caminó a pie hasta el lugar de la cita, desde la cual, él creía, lo llevarían a recibir el dinero por su "trabajito".

A la una y cuarto de la tarde, una señora, Helene Markham, vio a Oswald acodado en la ventanilla derecha del automóvil policial de Tippit, conversando con el policía. De repente, Tippit abrió la puerta del auto, salió. Oswald retrocedió, sacó su revólver y disparó sobre Tippit, matándolo en el acto, al destrozarle la cabeza. Oswald miró a la señora, pensó un rato y se fue corriendo.

La escena pudo haber sido así: Oswald llegó al lugar de la cita. Se acodó en el automóvil y le dijo a Tippit "hola que tal"... o algo así. Tippit, como es casi mecánico, tenía su radio encendida... y en ese instante, la policía volvió a dar la filiación de Oswald, como buscado por el asesinato de Kennedy. Oswald entendió de inmediato que estaba en una trampa. Retrocedió. Tippit quiso alcanzarlo abriendo la puerta de su coche. Oswald fue más rápido.

Desde ese momento, Oswald se halla en un lío. Sabe que la policía lo traicionó. Pero entiende que tiene algo que hacer. Camina, se deshace de la chaqueta, ya

que lo habían visto matar a Tippit, y reemplaza por balas buenas los casquillos vacíos de las tres balas que había gastado sobre Tippit. Desesperado, quiere pararse un momento a pensar. No puede hacerlo en la Calle. Se mete al Texas Theatre.

A las dos de la tarde y seis minutos del sábado, el capitán Fritz anuncia que "para mí, el caso está listo, Oswald es el que disparó sobre el presidente, y tenemos suficientes pruebas de ello". Pero Oswald seguía negando, a la espera de que un "contacto" llegará hasta él.

Ese mismo día, Jack Ruby se dedicó a otra tarea. Reunió a todos sus empleados en el cabaret Carrousel (hartos testigos), y les hizo un discurso. Primero, que cerraría el local por tres días, como señal de duelo. Y después, que "tengo la esperanza de que alguno redima el prestigio de Dallas, que ha ensuciado ese hijo de p... que disparó sobre el presidente". Lloró después de esto. Pero había dejado en la cabeza de sus empleados, la idea de que alguien pudiera matar a Oswald... como acto de redención para Dallas.

Esa misma tarde, a las seis, la policía de Dallas anunció que trasladaría a Oswald desde la cárcel urbana en que estaba, hacia la cárcel del condado "porque ofrecía mayores seguridades".

En la noche, Ruby siguió haciendo relaciones públicas. Reunió a varios dueños de cabarets "para conversar", y les dijo: "El presidente Kennedy fue víctima de una traición... me gustaría arreglar eso".

Respecto al traslado de Oswald, hay que dejar en claro esto: el plan original era dejar a Oswald en manos del sheriff, para que él y su gente lo trasladaran a la cárcel del condado. Sin embargo, en la noche del sábado llegó una orden: el traslado lo hará el capitán de

homicidios Will Fritz y su gente. Todavía no se sabe la razón de este cambio.

A las once de la mañana del domingo, los reporteros y técnicos de televisión fueron introducidos al subterráneo por donde saldría Oswald para subir a un carro blindado. Reporteros y técnicos fueron chequeados y hubieron de mostrar sus credenciales varias veces. Periodistas y cámaras de televisión quedaron detrás de una reja de acero, muy baja. Allí también se colocó Jack Ruby, con un traje oscuro y un sombrero gris-perla, de ala sobre los ojos (moda de los gangsters desde Al Capone). Nadie sabe por qué entró.

Oswald bajó en ascensor desde su celda en el cuarto piso, y pasó frente a la sala 317, donde había sido interrogado "en tercer grado" siete horas seguidas. La procesión apareció en el subterráneo de este modo: a la cabeza, el capitán Will Fritz, seguido de cerca por Oswald, esposado, y flanqueado, sujetándolo de los brazos, por los detectives J. B. Lavelle, en traje claro, a la derecha, y a la izquierda, en traje oscuro L. C. Craves.

De inmediato Jack Ruby se separó de la baranda de hierro, pasó junto al capitán Fritz, que no se movió. Llegó junto a Oswald... y los detectives Lavelle y Craves no hicieron amagos de bloquear a Ruby que llevaba su revólver recortado en su mano derecha, bien visible. Al revés... dio la impresión que sujetaban a Oswald, para que Ruby pudiera disparar mejor. Toda esta escena la presenciaron todos los periodistas del mundo destacados en Estados Unidos para cubrir el asesinato de Kennedy. Entre esos testigos, está el periodista autor de este reportaje.

Afortunadamente, la escena fue transmitida por televisión, de modo que hay constancia visual del descarado asesinato de Oswald, ocurrido a las 11.21

de la mañana del domingo 24 de noviembre de 1963... ante doscientos policías... y 40 millones de personas.

Siete minutos después de la una de la tarde del domingo, murió Lee Harvey Oswald. Así, es posible que los dos asesinos materiales del presidente Kennedy, estén muertos: Tippit (si no fue otro policía el que disparó desde el paso a nivel) y Oswald.

Queda Ruby todavía, que sabe bastante. Pero, para él puede estar reservado un "ataque al corazón", o algo así.

El capitán Fritz (otra vez), al saber la muerte de Oswald, dijo: "Por lo que a nosotros concierne... este caso está cerrado".

Esta frase suena como un suspiro de alivio.

Pero el suspiro de alivio del capitán Fritz tuvo su eco en Nueva York. En el mismo sitio donde apenas 72 horas antes, se vivía en el terror de la próxima acción antimonopolio, o anti maffia del gran dinero, de John Kennedy. En su edición del 29 de noviembre de 1963, una semana después del asesinato, la revista Time, comentaba sobre el "nuevo presidente" Lyndon Baynes Johnson:

"Los hombres de negocio saben que su familia tiene grandes intereses privados en ranchos y radioemisoras, que es muy amigo de los petroleros de Texas y otros grandes hombres de negocio, y que ha ayudado a Texas, usando su influencia para mantener los negocios privados y anular todos los ataques sobre la concesión por vaciamiento de 27,5 por ciento para los petroleros. Y no lo daña ante los ojos de los hombres de negocio, el hecho de que como senador de los Estados Unidos, haya votado "derecho" en leyes laborales menos del 50 por ciento, de acuerdo a una estimación de la AFL-CIO.

"Estoy seguro", dijo Albert Nickerson, presidente de la Socony Mobil Oil, "que él seguirá una senda por el centro del camino, y será amistoso para con el negocio privado".

Este cambio maravilloso y alegre para los hombres de los grandes negocios norteamericanos, comenzaba cuando se escribía este parte policial en Dallas, Texas:

Nombre: Kennedy John K. (Presidente de Estados Unidos); ciudadano blanco de 46 años.

Dirección: Washington D. C. (Casa Blanca) N° F. 85950.

Motivo de la ficha: deceso por asesinato.

Lugar del hecho: Calle Elm (aproximadamente a la altura del 150 Oeste de calle Houston).

Circunstancias del hecho: El occiso iba en un automóvil con su esposa y el Gobernador John Connally y la esposa de éste. Los presentes escucharon un disparo y vieron al extinto inclinarse hacia adelante. Se escucharon nuevos disparos y el extinto cayó en la falda de su esposa. El Gobernador Connally fue herido también en esta oportunidad".

Y todavía uno puede escuchar las palabras que llevaron a Kennedy a la muerte: "Me parece siniestro que 100 multimillonarios tengan en sus manos las riquezas de este país, que pertenecen a 200 millones de personas... lucharé contra eso cuanto pueda".

El golpe de estado había terminado.

Santiago de Chile, enero de 1964.

Apéndice para latinoamericanos

Cuando John Fitzgerald Kennedy estaba en medio de la batalla contra la mafia del gran dinero, el

imperio del petróleo dijo que no invertiría dinero en América Latina "porque es una región insegura". Pues bien, el 19 de diciembre de 1963, apenas 27 días después de ser asesinado Kennedy, América Latina, como "por arte de magia", se transformó en "región segura".

La Standard Oil de Nueva Jersey anunció que "el año próximo haremos las más grandes inversiones de nuestros 81 años de vida, en todo el mundo, por un total de 1.300 millones de dólares". De esas inversiones, 500 millones de dólares serán para América Latina y el Caribe, y otras regiones.

Para el imperio del petróleo, una inversión es "segura", cuando no hay peligro de "nacionalización". Es decir, repentinamente, al ser asesinado Kennedy, se esfumó el peligro de la nacionalización en América Latina. ¿Por qué? La Standard Oil de Nueva Jersey debe saberlo muy bien. Nosotros sólo sospechamos. Y para que ustedes entiendan esta súbita confianza del imperio del petróleo en que América Latina no pretenderá nacionalizar nada... vamos a enterarnos de quién se hizo cargo del gobierno de Estados Unidos, al ser asesinado John Kennedy.

Lyndon Baynes Johnson es texano. Pero más que texano, es presidente de los Estados Unidos ahora. Por lo menos eso se cree.

Mister J. A. Elkins, presidente del consejo del First National City Bank de Houston, dijo, cuatro días después de asesinado Kennedy: "El (Johnson) será amigo del negocio privado. Siempre ha sido justo con el negocio privado, y no veo razón ahora para que cambie... Además, siendo él un hombre de negocios, y entendiendo la importancia del negocio privado en nuestra economía para el país entero, él hará lo que

pueda por nosotros".

Mister George R. Brown, presidente de la Brown and Root, Inc. la más grande compañía constructora de Estados Unidos, y amigo personal de Johnson, dijo: "Creo que él siempre ha protegido toda clase de negocio privado, y no solamente el petróleo".

El periodista Sam Wainer, redactor económico del Houston Post, escribió para el Herald Tribune: "Sin embargo, conservador o liberal, los petroleros de Texas miran al nuevo presidente como el más grande amigo que jamás haya tenido la industria".

El periodista James Flanigan, explica: "Siempre fue protector de los intereses del petróleo y la bencina... es un abogado del aumento del poder militar". Y finaliza su artículo sobre el nuevo presidente Johnson:

"Finalmente, el señor Johnson ha votado consistentemente por aquellas medidas que benefician a los productores de petróleo y gas natural, y contra todas las medidas que amenazaron la concesión por vaciamiento (el 27,5%), o todo lo que sugiera un intento de control federal (del gobierno yanqui) de las industrias del combustible".

Johnson es considerado enemigo de los trabajadores, y él fue uno de los que apoyaron y pasaron la Ley Taft-Hartley, que liquidó todas las conquistas sociales de los obreros en tiempos de Roosevelt.

Uno de los más destacados reporteros de Estados Unidos, destacado en la Casa Blanca, Stan Opotowsky, definió a Johnson así:

"Johnson es un hombre acaudalado hoy día. El tiene inversiones en petróleo, y es dueño del inmenso rancho LBJ, justo en las afueras de Johnson City, Texas, una comunidad de 65, que fue fundada por su abuelo. Su

esposa (Claudia Alta), generalmente conocida como "Lady Bird" (señora pájaro), es presidente del Consejo de la LBJ Company, que opera estaciones de radio y televisión. Esa tenencia de televisión, es un agrio asunto en Austin. Mientras la industria de la televisión, en general sufre de falta de concesiones de canales, dos canales concedidos por la ley a Austin no han sido jamás refrendados por la Comisión Federal de Comunicaciones, a pesar de numerosas peticiones. El resultado es que la LBJ Company es un monopolio de la televisión en la capital de Texas, que es también asiento de la universidad estatal".

La estación es la KTBC, y ahora se afilió a la CBS. Las ganancias en el monopolio han permitido a Lady Bird comprar cuatro ranchos más.

Y el reportero Stan Opotowsky continúa:

"La moderación de Johnson cesa cuando se trata de la industria del petróleo y del gas natural. En estos asuntos, siempre Johnson está de lado de los grandes intereses del petróleo".

La revista Time, dijo:

"Siempre ha protegido a sus riquísimos electores petroleros, votando para dar a los estados las tierras con petróleo bajo el mar, y oponiéndose fieramente a cualquier intento de liquidar la concesión por vaciamiento del petróleo y del gas natural..."

También, Johnson se opuso siempre a fijar impuestos a las ganancias de capital, otra de las formas de hacerse ricos de los petroleros. Ejemplo: un petrolero compra un terreno en 100 mil dólares. Le abre cuatro pozos. La tierra sube a 1 millón de dólares. La vende. Entonces, el petrolero paga impuestos sólo por 100 mil dólares... y los otros 900 mil quedan libres de impuestos.

Explicación: el puesto de vicepresidente de los Estados Unidos es meramente decorativo. Se transforma en útil cuando el presidente muere (o es asesinado). Por ejemplo, el 22 de noviembre, a las doce del día, Johnson era una figura decorativa. A la una de la tarde, muerto Kennedy, era el presidente de Estados Unidos.

Un gran amigo de Johnson, bautizado como "Johnson man", es Fred Korth. Fred Korth era secretario de marina de Kennedy, hasta que lo echaron del puesto. El senador McClellan, uno de los pocos amigos de verdad de Robert Kennedy, descubrió que Korth estaba profitando de su puesto. Kennedy lo echó de inmediato. Se estima ahora que Fred Korth podría volver. El problema provocado por la corrupción de Fred Korth, se unió al de Bobby Gene Baker, en el Senado, otro "Johnson man". Esto, parece haber provocado una nueva línea de conducta en los hermanos Kennedy, respecto a Johnson. Pero no se alcanzó a ver, porque Kennedy fue asesinado poco después.

En 1960, Johnson declaró a sus amigos que al político que más admiraba en los Estados Unidos... era a Richard Nixon.

Johnson se casó con Claudia Alta Taylor (ahora Lady Bird Johnson), rica heredera de un rancho texano, después de diez semanas de violento asedio. Johnson ganaba entonces 275 dólares a la semana.

De acuerdo a los periodistas que lo conocen muy bien, Johnson es muy vanidoso. Sus iniciales LBJ aparecen en todas partes. En sus camisas, en sus pañuelos, sus joyas personales, en las iniciales de su esposa, de sus hijas (Lynda Bird Johnson, 19 años, y Lucy Baynes Johnson, 16), y hasta en las iniciales de su pequeño perro lebel (Little Beagle Johnson). Gasta

horas cada día leyendo todo lo que se escribe sobre él en el mundo. Tiene una secretaria especial para recortes de diarios y revistas de todo el mundo.

Cuando llega a su rancho LBJ (que tiene campo de aterrizaje para DC-3), se izan tres banderas, en tres mástiles de 60 pies de altura: la bandera de los Estados Unidos, la de Texas, y la de... Lyndon Baynes Johnson (cinco estrellas en fondo azul, con las iniciales LBJ).

En 1958, dijo a un periodista algo que resultó profético. Estaba definiendo su sistema de alcanzar el triunfo político, y lo explicó así:

"Mi padre me dijo que si no quería ser herido, debería estar siempre fuera de la línea de fuego. Eso es la política".

El 22 de noviembre de 1963 esto fue demostrado. Johnson alcanzó la más alta colocación política de su país, estando fuera de la línea de fuego.

Réquiem para un presidente

Poco después de la primera guerra mundial, el industrial norteamericano Henry Ford, afirmó: "Un ejército o una armada en este país, es un instrumento de protección de la mal aconsejada, ineficiente y destructora Wall Street" (del Drama de los Estados Unidos, del periodista John Gunther).

En enero de 1956, el portavoz del partido republicano, la revista Life, provocó un principio de escándalo internacional, al entrevistar a John Foster Dulles y reproducir sus declaraciones en el sentido de que los Estados Unidos habían estado "bluffeando" con

amenazas de guerra, desde hacía tres años, sin estar dispuestos ni preparados para ella. El secretario de estado Foster Dulles agregaba textualmente: "Este arte de asustar a la humanidad con la amenaza de la destrucción atómica obedece a estrictos propósitos estratégicos".

John Foster Dulles, cuyo record de vinculaciones con los grandes consorcios financieros norteamericanos detallé minuciosamente en la primera parte de este reportaje, no explicó sin embargo "para quien era beneficiosa esta estrategia de asustar a la humanidad".

El horror a la muerte atómica, diseminado en Estados Unidos desde el Departamento de Estado, tiene un paralelo en el informe del año pasado del First National City Bank, sobre las ganancias de las corporaciones financieras más grandes de ese país, en los últimos 15 años. En junio de 1953, cuando Foster Dulles comenzó su confesa política de bluff atómico, las ganancias corporativas habían llegado al más bajo nivel desde la segunda guerra mundial: 14.800 millones de dólares. En diciembre de 1956, después de tres años de dirigir el horror atómico, Foster Dulles podía leer la siguiente cifra: 24.900 millones de dólares de ganancias.

Aquí resultan válidas las palabras del reportero norteamericano Elliot V. Bell, del New York Times, que en su libro "Visto por Nosotros", explicaba "cómo Wall Street se mantenía en contacto con Washington, indicándole con brutalidad cuándo era necesario hacer lo que había que hacer".

El 22 de noviembre de 1963, John Fitzgerald Kennedy fue fusilado en las calles de Dallas, y ya he demostrado que eso fue simplemente la firma de un

contrato por la libertad de acción de los fabulosos intereses económicos de los grandes consorcios financieros norteamericanos, amenazados de muerte por la política de Kennedy.

Pero, al mismo tiempo que la gran empresa privada liquidaba de una vez el peligro, millones de personas veían escaparse junto con la sangre de Kennedy las esperanzas de conseguir por fin integrar un grupo de seres humanos viviendo como seres humanos.

Cuando John Kennedy, el cadáver de John Kennedy, recibió el emocionante homenaje militar de su hijo de tres años, en la escalinata de la catedral de Washington, el reportero autor de este libro, que estaba a veinte pasos del niño John-John, sintió de improviso una realidad física. Esta realidad física: no sólo es el cadáver de John Fitzgerald Kennedy el que está siendo enterrado: junto con él, hoy son los funerales de las esperanzas de desarrollo normal de América Latina.

Y ésta no es una afirmación emocional. Es una afirmación estrictamente intelectual. América Latina, para los grupos financieros que manejan el gobierno de los Estados Unidos, es una región para hacer negocio. Para hacer negocio con el cobre, el petróleo, el café, la carne, el hierro, el azúcar y los plátanos latinoamericanos. El negocio es tan simple como esto: obtenerlos a un costo de 10, y venderlos a un precio de 100 en el mercado mundial. Mercado Mundial que ellos manejan, como ya expliqué en el caso específico del petróleo.

Y en el nombre Kennedy, por un simple sentido histórico de su misión, surgió la idea de terminar con esto. Surgió la idea de la Alianza para el Progreso, con esta definición de John Kennedy:

"Será un vasto esfuerzo corporativo, sin paralelo en su magnitud y nobleza de propósitos, con el fin de satisfacer las necesidades fundamentales de todos los pueblos americanos, en cuanto a techo, trabajo y tierra, salud y escuela".

Este gigantesco esfuerzo lo había acuñado Kennedy, por una sola razón, que fue su manera de vivir casi siempre: PORQUE ERA JUSTO.

Pero lo que es justo, no siempre es bueno para los que gobiernan el gobierno de Estados Unidos. Recordemos la afirmación del principal ministro del general Eisenhower, Charles Wilson: "Lo que es bueno para la General Motors es bueno para Estados Unidos". Y lo que es bueno para la General Motors, no siempre es justo.

En un principio, es decir en 1961, la Alianza para el Progreso era apenas un bosquejo sentimental de John Kennedy, y hay una definición del periodista argentino Gregorio Selser, que resulta brillante para esa etapa de la idea:

"Un noble propósito y una lamentable equivocación. Porque Kennedy, que podía sostener un principio porque es justo, no tuvo en cuenta que la caridad no es justicia sino mimetismo, disfraz de la conmiseración. Y peor todavía, porque era una caridad dictada por el temor y la histeria. Lo justo es la no explotación de pueblos subdesarrollados, lo justo es pagar precios equitativos por las materias primas, lo justo es no armar hasta los dientes a las guardias pretorianas, que es lo que son los ejércitos hispanoamericanos; lo justo es no apoyar a regímenes políticos odiados por los pueblos; lo justo es permitir el desarrollo de las naciones sin imponerles precios políticos ni tasar la

ayuda; lo justo es impedir que reinen el hambre, la miseria y la desesperación en las masas del Continente; lo justo es construir represas, fábricas, universidades allí donde los pueblos lo requieren, y no casas de departamentos, hospitales, caminos y cloacas donde los políticos lo indiquen".

Pero John Fitzgerald Kennedy, como Roosevelt, era un hombre que aprendía en el poder. Aprendía a medida que gobernaba. Y aprendió que América Latina no necesita limosna, sino ser liberada. ¿Liberada de qué? Liberada de los poderes imperiales de los consorcios financieros que someten y ordenan a grandes ratos históricos la conducta del propio gobierno de Estados Unidos.

Y así, desde la segunda mitad de 1963, la Alianza para el Progreso, en la concepción de Kennedy, había cambiado fundamentalmente con respecto a 1961. Ustedes tienen que recordar el episodio de Harvey Poe, en Buenos Aires, en relación al petróleo argentino.

Kennedy, que estaba liquidando el poder del super-gobierno del dinero de mil norteamericanos en su propio país, planeaba hacerlo ahora en nuestra América.

Lo asesinaron cuatro meses más tarde del comienzo de este punto de inflexión en la política norteamericana con respecto a América Latina... y con el cadáver de Kennedy, los grandes consorcios financieros pretendieron asegurarse otro siglo de ganancias por medio de nuestras riquezas.

Pero la historia es más rápida que el balance comercial de los Morgan, los Rockefeller, los Guggenheim y sus herederos. El asesinato de John Kennedy no detuvo la historia.

Treinta días después de morir fusilado en Dallas, John Kennedy revivió en un desalentador informe de la

Comisión Económica para la América Latina, dependiente de las Naciones Unidas. Parte de ese informe tenía esta advertencia:

"El pronóstico para los próximos años, si no se introducen hondas y oportunas rectificaciones, es evidentemente desolador. Para fines de la presente década, el déficit de recursos externos tendrá proporciones incompatibles no sólo con un desarrollo a tasas aceptables sino hasta con el mantenimiento de la vida económica y social en condiciones de normalidad y orden".

¿Por qué la Cepal hacía esta admonición para América Latina? ¿Qué anda mal en América Latina? La propia Cepal lo explica, y desenmascara a los mil norteamericanos del supergobierno del dólar.

Dice Cepal: entre 1955 y 1961, América Latina sufrió pérdidas calculadas en más de 10 mil millones de dólares, debido al deterioro de los precios del intercambio.

Para nosotros, que ya conocemos qué significa comercio mundial, qué significa Wall Street y qué el gobierno norteamericano hasta antes de Kennedy, esto se explica mejor así:

Los precios de nuestro cobre, de nuestro café, de nuestro hierro, nuestros plátanos, nuestra carne y nuestro estaño, son amañados en el mercado mundial por los Morgan, Rockefeller y sus herederos, haciéndolos bajar a su antojo. Ellos ganan más, y los latinoamericanos, que son los dueños, se arruinan.

Pero, ¿quiénes ganan más? ¿El pueblo de Estados Unidos? ¿El gobierno de Estados Unidos? No, los mil norteamericanos que han concentrado en sus manos el poder de la libre empresa. Y para que ganen más dinero los mil norteamericanos, ocurre un contrasentido que el secretario general de las Naciones Unidas, U Thant,

señalaba así, en la víspera del asesinato de Kennedy:

"Hoy día existe una enorme brecha en el mundo. Una enorme brecha porque mientras los países ricos se hacen cada vez más ricos, los países pobres se hacen cada vez más pobres. Y este hecho es un peligro mucho más grande para la paz del mundo, que las bombas termonucleares".

Y la mecánica de la existencia de esta enorme brecha no hay que buscarla muy lejos, para lo que a América Latina se refiere. Está allí, en la calle del muro, que en inglés se dice Wall Street; o está en Texas del petróleo: o en Montana de las minas.

Lo sospecha la Cepal cuando afirma que "las medidas proteccionistas o restrictivas que han seguido las áreas industrializadas han sido severas en materia de productos agrícolas, menos acentuadas en relación con los combustibles y minerales, y prácticamente prohibitivas en cuanto a posibilidades de participación con exportaciones de manufacturas de origen latinoamericano. Todo esto ha determinado pérdidas apreciables de la participación latinoamericana en el comercio mundial y cambios en la composición de sus exportaciones tradicionales".

¿Quiénes dictan esas medidas proteccionistas en el mayor mercado potencial de América Latina? Lo hemos visto ya: los herederos de los Morgan y los Rockefeller. La superestructura que dirige al gobierno de Estados Unidos.

Y la Cepal cala hondo cuando explica que la asfixia de Latinoamérica se debe en no poca medida a "los problemas especiales que se derivan principalmente del control que ejercen sobre buena parte de la extracción, elaboración y comercialización de sus productos, las compañías extranjeras con sede

en los países desarrollados".

Para América Latina, esto significa las compañías del cobre, del petróleo, del hierro y del estaño, que tienen sus sedes en Estados Unidos. Y los dueños de esas compañías no son el pueblo norteamericano; son mil norteamericanos que ganan a costa de 180 millones de latinoamericanos.

John Kennedy, aprendiendo en el poder, entendió el camino de la historia, y la cada vez más insostenible posición de nuestra región, que tendría que estallar en caos y saltos en el tiempo. Eso es lo que se llama revolución. Entendió que el desarrollo real de América Latina, fuera del control de los mil norteamericanos, era beneficioso para los propios Estados Unidos, política y económicamente (ver el caso del petróleo en la segunda parte).

Y la Alianza para el Progreso, así, se transformó en otra arma de Kennedy contra los consorcios financieros. Esa es la explicación de que jamás ese programa pudo encontrar apoyo real del Congreso yanqui, y fue sabotado continuamente, hasta convertirse en un cadáver cubierto por la bandera de los Estados Unidos, en el Cementerio de Arlington: el cadáver de John Fitzgerald Kennedy. Cuando se trató de la Alianza para el Progreso, el más brillante gestor de mayorías parlamentarias en la historia norteamericana, Lyndon Baynes Johnson, falló lamentablemente, y nunca consiguió apoyo para Kennedy ni en el Senado ni en la Cámara de Representantes.

Hoy, asesinados Kennedy y la Alianza para el Progreso, Latinoamérica se enfrenta a su propio destino, estrangulado por los mil herederos de los Morgan y los Rockefeller. No obstante, la historia no se detiene planeando el asesinato más fantástico de los últimos cien

años. Porque América Latina, unida, pedirá en Ginebra, en la reunión mundial para el comercio y el desarrollo, trato justo en el mercado mundial de productos. Es decir, que nosotros los "nativos", estaremos juntos a los banqueros de los herederos de los Morgan y los Rockefeller, en el negocio mundial, protegiendo nuestras propias riquezas.

Y hay más todavía. Una de las exigencias de América Latina en Ginebra, será esta: "Los países desarrollados deberán abstenerse de todas medidas de represalia contra los países subdesarrollados, aun en el caso de que se refieran a modificaciones en el régimen de propiedad".

¿Entienden? Pediremos que si Guatemala nacionaliza la industria platanera, dañando los intereses de los Moors y Cabot y Foster Dulles de la United Fruit Company, Guatemala no sea invadida en nombre de la democracia. Pediremos que las negociaciones se hagan entre el gobierno de Guatemala y el Gobierno real de Estados Unidos, y no entre el gobierno de Guatemala, y el representante de la United Fruit Company en el Departamento de Estado.

Y ésta ya no es una petición de un loco nativo revolucionario. Es una petición de TODA LATINOAMÉRICA por consejo de un organismo de las Naciones Unidas.

Es que la historia se pretendió detener dando una orden de asesinato en Dallas, para beneficio de mil, cuando estaba en juego el destino de 400 millones de habitantes de este hemisferio. Y los hombres sabemos que la historia no se detiene a balazos. Su curso es inexorable... a pesar de que para nuestra región, el hombre que quiso adelantarse a ella, dañando a un grupo de sus compatriotas fue eliminado en Dallas,

estado de Texas, Estados Unidos de América.

Puede que este réquiem para el presidente John Fitzgerald Kennedy no resulte imparcial, para el sabor de un hombre de oriente, de occidente, del sur o del norte. Pues, ocurre que no es imparcial. Un réquiem para John Kennedy no puede serlo, si está escrito como éste por un periodista de la generación que reemplazará a la de Kennedy en el destino de nuestra región. No puede serlo, para un periodista cuya generación, a su vez, será reemplazada por sus hijos, que tienen la misma edad que John John y Caroline, los huérfanos de Washington. No se puede ser imparcial al juzgar al único norteamericano de la clase gobernante que quiso destruir el poder de mil norteamericanos que tienen una sola filosofía: la del dólar. No se puede ser imparcial al juzgar a un hombre que fue destruido por ellos. Por último, no se puede ser imparcial, cuando se escribe un réquiem para un presidente norteamericano, que hablando del negro, estableció:

"Este es un insulto constante que no debiera ocurrir en un país orgulloso de su herencia, la herencia del crisol de razas, de los derechos iguales, de una sola nación y de un solo pueblo. A nadie se le ha prohibido, por motivo de su raza, que combata y muera en defensa de su patria; no hay letreros para "blancos" y "negros" en las trincheras ni en las tumbas de los campos de batalla. En 1963, cien años después de la emancipación, no debiera ser necesario que ningún ciudadano norteamericano realice manifestaciones por las calles en defensa de sus derechos a residir en un hotel o comer en un restaurante situado en el mismo establecimiento donde realizó sus compras o asistir a una función de cine en igualdad de condiciones con cualquier otro parroquiano... En este año del

centenario de la emancipación, un deber de justicia nos exige que aseguremos las bendiciones de la libertad para todos los norteamericanos y para su posteridad, no meramente por razones de deficiencia económica, de diplomacia mundial y de tranquilidad interna, sino, sobre todo, PORQUE ES JUSTO".

Porque era justo, Kennedy luchó por destruir el poder fabuloso de los grandes consorcios financieros, que conforman un supergobierno, que tienen a Estados Unidos en una maraña de situaciones internacionales contradictorias, injustas, increíbles y a veces siniestras. Por eso, Kennedy, desde el exterior, apareció como un norteamericano más de los muchos puestos en la Casa Blanca por los herederos de los Morgan y los Rockefeller. El proceso de "aprendizaje" en el poder que sufrió Kennedy en sus tres años de gobierno, es notorio en los dos episodios de Cuba: la Operación Pluto y el episodio de octubre de 1962.

El lunes 17 de abril de 1961 es la primera señal de que Kennedy "estaba aprendiendo" en el poder. Para Cuba revolucionaria, ese día se conoce como la "victoria" de Bahía Cochinos. Para Estados Unidos y su prestigio del gran garrote, fue "la derrota" de Bahía Cochinos. Para los que conocieron íntimamente a John Kennedy, ese día fue la "primera lección" de bahía Cochinos. Y fue una lección trágica: la indecisión de John Kennedy causó la masacre de centenares de cubanos. Pero no se podía pedir más para ser la primera lección.

John Kennedy, empeñado en ganar la elección presidencial de 1960 con los votos del sur, que maneja Lyndon Baynes Johnson, prácticamente prometió la invasión inmediata de Cuba en sus discursos de la campaña. Resulta típico el alegato que se produjo entre Kennedy y Nixon, en octubre de 1960, en el

famoso debate por televisión. Las afirmaciones de Kennedy llegaron a tal extremo, que Richard Nixon le recordó que había una organización, con sede en el propio Washington, que se llamaba Organización de los Estados Americanos, que establecía claramente el principio de la no intervención.

En suma, Kennedy culpó al gobierno de Eisenhower de haber obligado a Castro a convertirse al comunismo y de, en seguida, haber permitido que Castro siguiera en el poder. Su política para con Cuba, fue calificada por el sur, con alegría, como ultraconservadora.

Al mismo tiempo, la Agencia Central de Inteligencia estaba entrenando a los cubanos contrarrevolucionarios en Nicaragua y Guatemala. Era la Operación Pluto, que estaba concebida de esta forma: una fuerza de desembarco constituida solamente de cubanos; una fuerza aérea de aviones de guerra norteamericanos, y un gobierno en el exilio dirigido por Miró Cardona. Estas tres piezas de la Operación Pluto actuarían de este modo: la fuerza aérea norteamericana bombardearía los aeródromos cubanos para liquidar el poderío aéreo de Fidel Castro; dos horas más tarde, los cubanos entrenados en Nicaragua y Guatemala desembarcarían en Bahía Cochinos. Con el apoyo aéreo norteamericano, establecerían una cabeza de playa en Ciénaga de Zapata, construirían rápidamente una pequeña pista de aterrizaje. En esa pista descendería un avión con los miembros del proyectado gobierno cubano contrarrevolucionario. Una vez en suelo cubano, este gobierno diría que Cuba estaba en guerra civil... Y PEDIRÍA PROTECCIÓN A LOS ESTADOS UNIDOS que enviaría su flota, sus infantes de marina, y Castro sería derrocado.

Pero Operación Pluto fue concebida en la

administración Eisenhower, y debía realizarla la Administración Kennedy. El nuevo presidente no tenía una concepción clara del problema Castro y Latinoamérica. Durante la campaña electoral, sus discursos sobre Latinoamérica fueron escritos por Richard Goodwin, un universitario de 29 años, de la Escuela de Leyes de Harvard. Cuando Kennedy llegó a la Casa Blanca y supo del plan de invasión de Cuba, entendió que Goodwin no podía ser su asesor en tan grave problema.

Llamó a Adolf Berle, viejo campeón del Nuevo Trato de Roosevelt y embajador en Brasil y subsecretario de Asuntos Interamericanos durante la administración de Franklin Roosevelt. Berle tenía una posición tajante respecto a Cuba. Advirtió a Kennedy: "Cualquiera acción armada contra Fidel Castro, tendrá el mismo resultado que la Doctrina Truman: será un paso negativo en la lucha contra el comunismo".

Como ustedes saben, la doctrina Truman tenía como base el secreto atómico, para impedir que Unión Soviética se transformara en una potencia atómica. Falló en toda la línea: Unión Soviética transformó en arma de guerra, un año antes que los Estados Unidos, la bomba de hidrógeno.

En realidad, ya en marzo de 1961, Kennedy tenía el propósito de no apoyar la invasión de Cuba por medio de la Operación Pluto. Pero no impidió que la Agencia Central de Inteligencia siguiera usando bombarderos B-26 y transportes militares C-54 para entrenar a la fuerza de choque cubana en Nicaragua y Guatemala. Y así hasta el mismo momento en que los cubanos anticastristas estaban disparando en la Ciénaga de Zapata, éstos creían que los bombarderos norteamericanos vendrían en su apoyo en cualquier instante.

Pero Kennedy, el día anterior, apoyado por su hermano Robert, había cancelado el plan entero en su parte norteamericana.

Si Kennedy se hubiera decidido antes, no habría habido invasión y el grupo de aventureros, en su mayoría ex batistianos, no habrían intentado el golpe. Esto, al parecer, provocó un sentimiento de culpa en el presidente, que aceptó de inmediato la negociación de los tractores por prisioneros, meses después. De nuevo, el encargo de la realización fue encomendado a Robert Kennedy.

El grado de confusión de Kennedy respecto a Cuba revolucionaria y a Latinoamérica misma, se ve claro en su reunión con los periodistas cuatro días después del fiasco de bahía Cochinos, fiasco que era exclusiva obra suya. Dijo Kennedy a los periodistas:

"Si las naciones de este hemisferio fallan en aceptar sus responsabilidades contra la penetración del comunismo internacional, entonces, este gobierno no vacilará en cumplir con sus obligaciones primarias, que son la seguridad de esta nación. Cuando este tiempo llegue, no pretendemos oír lecciones de no intervención por parte de aquéllos cuyo verdadero rostro quedó al descubierto en las ensangrentadas calles de Budapest. Los mensajes de Cuba, de Laos, de Latinoamérica, son todos iguales. Las sociedades complacientes, indulgentes y blandas serán pulverizadas por el paso de la historia... Estoy determinando a garantizar la supervivencia y éxito de nuestro sistema, no importa cuál sea su costo ni cuáles los peligros".

Estas palabras, dichas tres días después del fiasco de bahía Cochinos, semejan un aviso a corto plazo de la invasión de Cuba. Pero, entendidas ahora, eran más bien una advertencia para la serie consorcios financieros-

generales banqueros-política exterior tradicional de Estados Unidos. Porque Kennedy, en realidad, estaba pensando (como quedó demostrado en octubre de 1962) en los peligros que él enfrentaría al decidir que la existencia de Cuba, régimen comunista a 90 millas de Estados Unidos, era justa. Que Estados Unidos no tenía por qué cambiar, como hasta siempre, los gobiernos de América Latina, si no convenían a la estructura económica de libre empresa de la política internacional norteamericana.

Pero este pensamiento no se hizo realidad hasta mucho después, porque la indecisión de Kennedy era tan grande, su inexperiencia de tal grado, que solamente su extraordinario talento político lo salvó de cometer un grave error histórico. Lean ustedes con toda calma todos estos contrasentidos:

... Seis meses después de Bahía Cochinos, en octubre de 1961, el presidente Kennedy ordenó secretamente a la Junta de Estado Mayor, preparar un plan de invasión de Cuba... para ser usado cuando fuera necesario.

... En julio de 1962, el plan de invasión a Cuba estaba terminado. Se calculaba que las primeras oleadas de infantes de marina podrían estar luchando en tierra cubana ocho días después de dar la voz de partida en Washington. Cien mil infantes de marina serían enviados de golpe a las playas de Cuba, mientras docenas de bombarderos limpiaban la isla de aeródromos y emplazamientos militares. Se consultaba la participación de 456 navíos de guerra, desde portaviones hasta lanchas de desembarco. El presidente Kennedy, su gabinete y los altos jefes militares y civiles, deberían trasladarse a refugios antiatómicos en las montañas de Virginia y Maryland, una vez iniciada la invasión,

porque no se sabía qué actitud tomaría Unión Soviética. Para evitar sorpresas, para julio, ya estaba terminada una poderosa red de radares en la costa sur norteamericana. Esta red podía detectar cualquier movimiento aéreo en la parte norte de la isla de Cuba.

... El 15 de octubre de 1962, un vuelo de rutina de espionaje sobre Cuba, descubrió bases de cohetes en la costa norte de la isla. Eran cohetes de fabricación rusa, que podrían llevar en sus cabezas bombas atómicas, que podrían alcanzar Washington, y aun Nueva York. En realidad, los cohetes todavía no estaban montados, de modo que en ese momento eran inoperantes. Pero la noticia se filtró a los medios de información de Estados Unidos, y el norteamericano medio entendió esto: Fidel Castro tiene cohetes atómicos listos para ser disparados contra Estados Unidos.

... De inmediato, el Pentágono puso en marcha el plan de invasión de Cuba. El día 20 de octubre, el plan estaba listo en esta disposición: a las cero horas de la madrugada de la invasión, bombarderos rápidos ya basados en la península de Florida, arrasarían con fuego de ametralladoras y bombas livianas los lugares de emplazamiento de los cohetes. Se calculó en 15 minutos el tiempo necesario para barrer con los emplazamientos. Inmediatamente después, navíos de guerra y bombarderos pesados destrozarían las defensas costeras de la isla. Después de este primer golpe, tres divisiones (infantes de marina paracaidistas y la infantería) serían desembarcadas en la isla. Los paracaidistas asegurarían la defensa de un perímetro determinado para permitir el desembarco del resto de las tropas. En Florida, había cuatro divisiones de reserva. Se estimaba que en las primeras cuatro horas de combate,

morirían cinco mil soldados norteamericanos. Las bajas cubanas no se estimaron.

Pero el John Kennedy de la noche del 20 de octubre de 1962, no era el mismo Kennedy de 1961, y un sentimiento de horror, casi como de alta traición, recorrió a los generales del estado mayor, cuando John Kennedy y Robert Kennedy cancelaron la invasión de Cuba. "No hay invasión... sería un crimen peor que el de Pearl Harbour", les dijo Robert Kennedy a los generales. Y no hubo invasión de Cuba. En cambio, John Kennedy hizo un arreglo internacional en que, por primera vez en este siglo, jugó el término "porque es justo". Kennedy se comprometió a no invadir Cuba, si Unión Soviética sacaba de la isla los emplazamientos de cohetes. Unión Soviética y Kennedy cumplieron su palabra. Sólo que ahora hay un cambio; ya no está John Kennedy. Fue asesinado. Y el plan militar de invasión a Cuba está en los archivos del Pentágono, listo para ser usado en cualquier instante.

Al cancelar Kennedy en octubre la invasión a Cuba, se echó encima otro enemigo irreconciliable: los generales banqueros del Pentágono. En verdad, en ese momento, la superestructura de los consorcios financieros norteamericanos comprendieron con mayor claridad que nunca, que el hombre en la Casa Blanca era un político como sólo aparece uno cada cincuenta años. En lo interno, había comenzado su feroz maniobra de aniquilar el poder de la economía particular en las grandes decisiones internas y externas del gobierno de Estados Unidos; en lo externo, había terminado por aceptar la legitimidad de un gobierno comunista a 90 millas de su propio territorio.

Justo trece meses después fue asesinado.

Y la traición para los generales y los consorcios, fue

simplemente desvergonzada en agosto de 1963, cuando el presidente Kennedy firmó el Tratado de Moscú. Esa historia ya se las he relatado. Pero no les he relatado por qué firmó Kennedy ese tratado que le valdría el calificativo público de "socio de los comunistas". Kennedy pensaba así:

"A las naciones que podrían haberse erigido en adversarios nuestros, les hacemos no una promesa, sino una petición; que ambas partes comencemos la búsqueda de la paz, antes de que las negras fuerzas de la destrucción, desencadenadas por la ciencia, hundan a la humanidad entera en su propia destrucción, deliberada o accidentalmente... La guerra incondicional ya no conduce a la rendición incondicional. Ya no sirve para la solución de las disputas. Ya no concierne a las grandes potencias solamente. Un desastre nuclear, diseminado por los vientos y las aguas, puede sumir por igual al grande y al pequeño, al rico y al pobre, al comprometido y al no comprometido. El hombre tiene que acabar con la guerra, o la guerra acabará con el hombre".

Este deseo de eliminar para siempre las guerras era otro motivo más de traición, porque las guerras, frías o calientes, "convienen a los Estados Unidos"... es decir, convienen a los mil norteamericanos que rigen el comercio de este hemisferio y parte del otro. Recuerden al señor Ministro de Eisenhower, Charles Wilson: "Lo que es bueno para la General Motors es bueno para los Estados Unidos". Y esa no es una mera expresión verbal: lo demuestran los balances comerciales de la General Motors, de la Dupont de Nemours, de la Standard Oil de Nueva Jersey, del Chase National Bank, de la Anaconda Copper... en fin, de todos los miembros distinguidos de la honorable sociedad

internacional de los mil norteamericanos.

Y como el peligro para los mil estaba representado por la fuerza política de un hombre, la solución fue también única: el asesinato de ese hombre.

¿Qué enfrenta Estados Unidos, ahora que ha sido eliminado John Fitzgerald Kennedy? Enfrenta un momento histórico a gran velocidad, con una política histórica en retroceso. Sí, porque en el momento de agonizar Kennedy, agonizaba todo su nuevo concepto de lo que debería ser Estados Unidos en este tiempo, y volvía a los tiempos de Eisenhower, Truman... y el resto hasta la noche del pasado, que es más negra con Teddy Roosevelt, el sargento del gran garrote.

Estados Unidos tiene que recuperar América Latina, pero no como empleada doméstica del "patio de atrás" de la casa, sino como socio paritario. Era la idea de John Kennedy... ¿es la idea de Lyndon Johnson? No la es. Y lo demuestra un suceso reciente: la Conferencia Interamericana Parlamentaria celebrada en Washington. El 14 de febrero de 1964, el quinto editorial del New York Times, se quejaba de este modo:

"Sesenta senadores y diputados de ocho naciones latinoamericanas han asistido invitados por la Cámara de Representantes, a la Conferencia Interparlamentaria Panamericana de tres días, en Washington. La delegación parlamentaria de Estados Unidos estaba compuesta de 26 nombres, pero ningún senador asistió, y sólo tres diputados estuvieron en todas las reuniones. El presidente Johnson, que ha proclamado su interés en los asuntos latinoamericanos, y que recibió en la Casa Blanca al grupo interparlamentario canadiense el mes pasado, no prestó atención a los visitantes latinoamericanos. El secretario Mann creyó haber cumplido con su deber ofreciendo un coctel. El secretario

Rusk pronunció un discurso de 20 minutos sobre parlamentarismo, estimado elocuente, pero que no ilustraba acerca de la política americana".

"¿Y dónde estaban el senador Wayne Morse y el representante Armistead Selden, presidentes de los subcomités de asuntos latinoamericanos del Senado, y de la Cámara de Representantes? La situación la libró del desastre el representante republicano Bradford Morse, de Massachussets, que defendió la posición de Estados Unidos con conocimiento y celo. Los delegados latinoamericanos se fueron insatisfechos. El cuerpo diplomático latinoamericano en Washington está molesto y critica. Hasta donde se puede apreciar, la Administración prestó atención exclusiva a Cuba y Panamá. Eran los únicos que estaban importunando".

Todo esto, ocurrió solamente ayer, en febrero de 1964, y demuestra un grado de irresponsabilidad respecto a América Latina, que no sería grave si en ello fuera implícito sólo el orgullo diplomático. Pero ocurre que va implícito el destino de Estados Unidos, porque América Latina es la última región que Estados Unidos se puede dar el lujo de perder. El día que eso ocurra, habrá terminado un período en la historia: el período de los Estados Unidos. Y en ese instante, usted podrá leer ensayos con este título: "Nacimiento y Caída del Imperio Norteamericano".

Y este súbito regreso al pasado, al morir asesinado John Kennedy, es notable si usted lee un relato del periodista francés Jean Davidson, en su libro *Corresponsal en Washington*. Es un relato durante la Administración de Truman, que resulta como copiado de lo que leímos en el *New York Times*, poco más arriba. Este es el texto del reportero francés.

"En Chile acababa de morir el Presidente Ríos. Inme-

diatamente llegó a la agencia (France Presse) un cable de nuestra oficina en Santiago, pidiéndonos que hiciéramos un esfuerzo especial —grandes reacciones en Washington sobre la muerte de Ríos, comentarios, etc.— para alimentar la prensa chilena, en la cual esa noticia figuraría con grandes titulares".

"Yo me sentía un poco perplejo. Fuesen cuales hubieran sido los grandes méritos del presidente Ríos, a nadie parecían preocuparles mayormente en Washington. Por exceso de celo, interrogué a un empleado del gobierno sobre su impresión ante la muerte de Ríos. Me contestó: "No lo conozco". En las altas esferas inquietaba mucho más la actitud "poco cooperativa" de los rusos en la comisión interaliada de Berlín. En resumen, yo empezaba ya a desesperar pensando que sólo quedaba el edificio simbólico de la Unión Panamericana para llorar, también simbólicamente, la muerte del presidente Ríos.

"Fui a la Unión Panamericana y no me sentí defraudado. Ya tenía el *lead* ante mi vista: las banderas de las veintiuna repúblicas americanas estaban a media asta... sólo tenía que juntar algunos recuerdos del pobre Ríos entre los colegas que le habían conocido y "largaría" la información en los términos siguientes: "Las banderas de las veintiuna repúblicas americanas se hallan hoy a media asta —testimonio de la gran pérdida que sufre el hemisferio occidental entero, con la muerte del Presidente Ríos... En Washington, todas las personalidades que lo conocieron, consternadas, recuerdan con mil anécdotas las cualidades excepcionales del presidente de Chile, que tanto contribuyó a la causa de la paz..."

"Me sentía un poco avergonzado de "exagerar la nota" hasta tal punto, pero la competencia de la A.P. y

de la U.P. es terrible, y no quería que me aplastaran una información "tímida" (que, por cierto, habría correspondido más a la realidad).

"Aquella mañana, una agradable mañana de otoño, en que las hojas amarillentas eran recogidas por jardineros vigilantes conforme caían sobre los verdes prados de la Casa Blanca, el presidente Truman daba su conferencia de prensa semanal.

"Decidí postergar un poco mi información por si el presidente hacía declaraciones importantes sobre la muerte del Presidente Ríos.

"La conferencia de prensa, que en esa época tenía lugar en el gabinete en forma circular de la presidencia, se desarrolló como de costumbre. Todas las preguntas formuladas concernían a las noticias referentes a las relaciones con los rusos o a los problemas internos americanos. En aquel entonces yo me ocupaba únicamente de América Latina, por lo tanto no tomaba notas. Truman no había dicho una palabra sobre Ríos. Cuando la conferencia de prensa estaba por finalizar el corresponsal de la A. P. Norman Carrigan, armándose de valor, preguntó:

—Señor Presidente, ¿podría decirnos algo sobre la muerte de Ríos?

"Truman, visiblemente sorprendido y sin estar informado al respecto, se recuperó al cabo de un momento y respondió:

—¡Ah! ¿Ríos? (lo que significaba, cómo, ¿ha muerto?). Era todo un caballero, lo conocí mucho, y me siento consternado.

"Mentalmente yo tomaba nota de que tendría que agregar a mi comunicado un pequeño párrafo diciendo que el presidente Truman había lamentado la noticia de la muerte del Presidente Ríos, expresando

públicamente su condolencia durante la conferencia de prensa semanal.

"Envié pues mi "reacción" de Washington sobre la muerte de Ríos con el *lead* que ya había escrito en la Unión Panamericana, fue un fracaso total, uno de los más rotundos de mi carrera. Norman Carrigan y la A. P. ocuparon la primera página en todos los diarios chilenos, y nosotros apenas figuramos en tercera página en dos o tres periódicos.

"El *lead* de la A.P. decía así: "El Presidente Truman ha expresado el duelo de toda la nación americana interrumpiendo su conferencia de prensa para rendir homenaje al gran hombre de estado chileno, el presidente Ríos, fallecido anoche... etc...." Yo, con mis banderas a media asta, hacía triste papel".

Hasta ahí el relato de Jean Davidson, de la Agence France Presse. En él, nos enteramos de dos hechos que, para el autor de este libro, no son novedad, porque es periodista. Primero, la terrible negligencia con que Estados Unidos trata sus problemas latinoamericanos, dejando que actúen directamente y sin cortapisas los agentes de las compañías extranjeras que explotan sus riquezas básicas. En realidad, la política de Estados Unidos para con Latinoamérica (excepto en 1962 y 1963 con John Kennedy), no se resuelve en la Casa Blanca, por una razón muy simple: al presidente de Estados Unidos no le interesa saber nada de Latinoamérica, que es patio privado de los consorcios financieros norteamericanos. Deja que ellos hagan su propia política, y él, como presidente de Estados Unidos, sólo firma y lee los discursos que le escriben en la Plaza Rockefeller o en Dallas, Texas. Así, ahorra tiempo el hombre en la Casa Blanca.

El segundo hecho demostrado por Jean Davidson, es

el descaro con que agencias informativas internacionales deforman los sucesos para halagar a los vecinos del sitio a que va dirigida. Con el lead de la A.P., el chileno medio estuvo obligado a pensar: "Oh, el presidente Truman rindió homenaje a nuestro fallecido primer mandatario... interrumpió sus quehaceres para dedicarle su homenaje". Pero la verdad era otra: EL PRESIDENTE TRUMAN NI SIQUIERA SABIA QUIEN ERA JUAN ANTONIO RÍOS CUANDO LE PREGUNTARON.

Pero, de 1946 a 1964, hay mucho más que 18 años de tiempo... hay todo un proceso histórico nuevo en marcha, y la negligencia de los gobiernos norteamericanos que en 1946 era fácilmente remediada tergiversando noticias; ahora, en 1964, tiene un carácter grave.

Y es grave, porque la negligencia norteamericana, que John Kennedy quiso remediar, puede llevar a los pueblos latinoamericanos a buscar otra salida a su estancamiento económico y social, una salida en que los Estados Unidos no tengan participación. Y si eso ocurre, Estados Unidos no sólo dejará de tener participación en Latinoamérica, sino en la historia.

Quiero terminar este réquiem para un presidente, explicando un suceso personal: la razón de este libro. Para ello, necesito citar las palabras de otro chileno, de Humberto Díaz Casanueva, presidente de la Tercera Comisión de las Naciones Unidas, que en la Asamblea General de la ONU, en Nueva York, el día martes 26 de noviembre, dijo:

"Yo no quiero expresar sólo condolencias, simpatías u horror, ante el desaparecimiento del presidente Kennedy. Yo no inclino mi cabeza enlutada ante una tumba para balbucear un discurso fúnebre. Yo yergo mi cabeza ante esa tumba, fresca y terrible, expresando dolor e

indignación, y sobre todo protesta y esperanza. Yo no expreso sólo condolencias ni sólo silencio. Yo siento que desde esa tumba, alguien que está muerto, pero más vivo que todos nosotros, me dice: lucha...

"Yo no lloro, yo protesto. En mi corazón resuena el lamento de millones y millones de seres humanos. Acepto las declaraciones de los estadistas, las honras fúnebres, las músicas sagradas y los llantos de las muchedumbres, pero quiero que ustedes sientan el latido cortado del hombre común, de Pedro y de Juan, ante el crimen absurdo y tremendo. Juan, que manejaba el arado miró al cielo y besó la tierra. Pedro, que manejaba el martillo, miró al cielo y crispó los puños. Yo quiero hacerles brillar ante ustedes la lágrima del campesino o del obrero de todos los continentes, del hombre víctima de la persecución, de la injusticia, de la mujer esclavizada, de la familia sin techo ni pan, del niño sin porvenir..."

En esas palabras de Humberto Díaz Casanueva, está el fondo emocional del nacimiento de este libro: la necesidad de luchar. La necesidad de decir la verdad, sin importar lo que cueste o a qué peligros exponga. Este libro es una protesta, es un signo de indignación... y es una advertencia para doscientos millones de personas que viven en Estados Unidos. Ellos sospechan, sienten, presumen, pero no saben exactamente por qué John Fitzgerald Kennedy fue asesinado. Hay el imperial poder de mil norteamericanos que controla todo lo que sirve de información diaria para los norteamericanos, y ese poder imperial puede enterrar para siempre la verdad sobre el fusilamiento en Dallas.

Y contra eso, está escrito este reportaje en forma de libro, porque "yo siento que desde esta tumba, alguien que está muerto, pero más vivo que todos nosotros, me dice: lucha".

Cuatro días antes de ser asesinado, el 18 de noviembre, John Kennedy tuvo que hablar ante los empresarios periodísticos que conforman la Sociedad Interamericana de Prensa:

"... Decenas de millones de nuestros vecinos hacia el sur, viven en la pobreza con un ingreso anual de menos de 100 dólares; que los promedios de vida en casi la mitad de los países de la América Latina es de menos de 50 años; que la mitad de los niños no tienen escuelas; que casi la mitad de los adultos no pueden leer ni escribir; que decenas de millones de residentes urbanos viven en condiciones inaguantables; que millones más en las zonas rurales padecen de enfermedades que se podrían curar fácilmente, pero que no tienen esperanzas de recibir tratamiento médico; que en vastas zonas existen hombres y mujeres debilitados por el hambre, mientras que poseemos las herramientas científicas requeridas para producir todos los elementos necesarios...

"Estos problemas, que constituyen una realidad en gran parte de la América Latina, no se pueden resolver solamente con quejas contra Castro, o achacándole la culpa al comunismo, a los generales o al nacionalismo. La dura realidad de la pobreza y de la injusticia social no desaparecerá solamente con promesas de buena voluntad..."

Palabras como estas son claridad suficiente para entender el odio irracional que contra sí acumuló John Kennedy, de parte de los mil norteamericanos. Porque él estaba estructurando "no sólo palabras de buena voluntad" en su país, en su economía, en su gobierno: estaba montando la maquinaria física para aplastar el poder de los consorcios financieros, como un modo de ponerse a la velocidad de la historia social contemporánea. Pero fue asesinado en Dallas, y los doscientos

millones de norteamericanos vuelven a estar solos, a merced de los mil.

John Kennedy no fue un gobernante perfecto, simplemente, porque no podía serlo, ya que su oficio era en la Casa Blanca. Pero entre sus grandes errores, algunos trágicos para asiáticos y africanos, y su gran planificación de libertad para el propio gobierno de Estados Unidos, y Latinoamérica en seguida, hay un saldo positivo. Ese saldo positivo, en el fondo, fue la causa de su asesinato en Dallas.

Reflejo de este saldo causante de la muerte del presidente, es lo que dijo el delegado soviético ante las Naciones Unidas, Fedorenko, vicepresidente de la Asamblea General:

"El cobarde asesinato del presidente de los Estados Unidos de América, en momentos en que por los esfuerzos de los pueblos amantes de la paz ya se abrían perspectivas para el mejoramiento de las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, causa indignación al pueblo soviético en lo que tiene que ver con los culpables de este crimen repulsivo".

Fin

BIBLIOGRAFÍA

Además de los reportajes personales, que corresponden en su gran mayoría a la época de John Fitzgerald Kennedy, me he servido de la siguiente documentación:

- 1.—Oil for the lamps of learning. Senador Lister HUÍ. 1951.
- 2.—Investigación Senatorial del Programa Defensa Nacional, por un Comité Especial. Senado de U. S. A. 1942. Comité Traman. 77' Congreso.
- 3.—Patentes para Hitler. Guenther Reimann.
- 4.—Revista Fortune (octubre y noviembre 1951).
- 5.—John D. Rockefeller, ¿pirata o estadista industrial? D. C. Heath. 1949.
- 6.—Mellon's Millions. Harvey O'Connor.
- 7.—Control of the Petroleum Industry by Major Oil Companies. Roy C. Cook.
- 8.—Petroleum Facts and Figures. 11* edición norteamericana.
- 9.—America's 60 Families. Ferdinand Lundberg
- 10.—Recursos e Industrias del Mundo. Erick Zimmermann.
- 11.—Colecciones del New York Times; Time; New Republic; Newsweek; U. S. News and World Report; Wall Street Journal, y Fortune (diciembre 1952).
- 12.—Informes Anuales de la Secretaria del Interior de U. S. A.
- 13.—Foreign Oil and Imports. Del National Petroleum News.
- 14.—Falsehood in Wartime. Lord Ponsonbony.
- 15.—Freedom of the Press. George Seldes.
- 16.—El Drama de los Estados Unidos. John Gunther.

- 17.—Mil Norteamericanos. George Seldes.
- 18.—Artículo de Raymond Arthur Davis, del Magazine Digest, 1942. Toronto, Canadá.
- 19.—Monopoly Today (Labor Research Association Report, 1948).
- 20.—Life, enero 1956.
- 21.—La batalla de Guatemala. Guillermo Toriello.
- 22.—El juego de la muerte. Albert Kahn.
- 23.—El imperio del banano. Kepner and Sothill.
- 24.—Intervention of International Communism in Guatemala (State Department, Washington, 1954).
- 25.—Los Kennedy. Joe MacCarhy.
- 26.—Hearings of the Senate Committee on Banking and Currency. 1933. 73 Congress.
- 27.—Grand Inquest. Telford Taylor.
- 28.—Morgan the Magnificent. T. Winkler.
- 29.—Hearings of McClellan Committee (1958).
- 30.—El crimen en América (Estes Kefauver).
- 31.—A History of the United States. William Miller.
- 32.—The Folklore of Capitalism. T. Arnold.
- 33.—Woodrow Wilson and the politics of Morality. A. S. Link.
- 34.—The Power Elite. C. Wright Mills.
- 35.—The American Bussiness System. T. C. Cochran.
- 36.—Guia Negra de los Estados Unidos. Stetson Kennedy.
- 37.—A nation of sheep. William Lederer.
- 38.—The Cuban Invasión. T. Szulc.
- 39.—Fifty Major Documents of The Twentieth Century.
- 40.—Informes Mensuales del Chase National Bank, y del First National Bank of New York.
- 41.—Corresponsal en Washington. Jean Davidson.

¡ESTOS MATARON A KENNEDY! por *Róbinson Rojas*
Se terminó de imprimir la 2.a edición el día 20 de
marzo de 1965 en las
prensas de Imprenta Hispano Suiza Ltda. - Santa
Isabel, 0174
Santiago de Chile